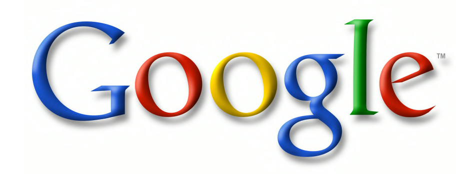



ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

EL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ.



MADRID.-LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO
Calle de Carretas, número 31
1876

LEYENDAS NACIONALES.

EL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ.

LEYENDAS NACIONALES.

EL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ

(EPISODIO DEL REINADO DE DON PEDRO EL CRUEL.)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



MADRID
LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO
Calle de Carretas, número 31
1875

Berenguillo, Huertas, 70, Madrid.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO NO HAY SOBERBIA QUE VALGA CONTRA EL AMOR.

Don Tello de Alvarado era primo del rey, á la manera que eran primos del rey los ricos-hombres.

Pero un primo bien extraño, porque decia que el rey don Pedro podia ser todo lo rey que quisiese en todas partes, menos en la villa de Alcalá.

Y no lo decia solamente, sino que hacía todo cuanto era necesario para que en la villa no se conociese á otro rey que á él.

Este alto y nobilísimo señor era el rico-hombre de Alcalá.

Ni áun de nombre le conocia el rey don Pedro, que andaba siempre de Ceca en Meca, de una punta á otra de su reino, cuidando de sus nego-

cios, que tenia harto embrollados porque las rebeldías de sus nobles le traian á mal traer.

Don Pedro nunca habia estado en Alcalá.

Ni don Tello de Alvarado habia estado jamás en la corte.

Cuando el rey habia convocado Córtes, don Tello, aunque era por su calidad uno de los del brazo noble, no se habia dignado acudir, porque decia que á él le importaban muy poco las cosas de Castilla; que con las de su señorío tenía bastante.

Era, en fin, un señor que se habia declarado por sí y ante sí independiente.

Le temian los de Alcalá y no osaban querellarse al rey contra él, porque temian que, si el rey no les hacía justicia, el terrible rico-hombre tomase en ellos una cruda venganza.

Los pocos hidalgos que en la villa habia, y que por su nobleza estaban exentos del mero misto imperio y derecho de alta y baja justicia que el rico-hombre tenía como tal sobre sus vasallos, eran unos pazguatos que estaban apegados al terruño y no se atrevian á provocar la ira de aquel soberbio señor, que creia que sobre Alcalá nadie tenia poder ni jurisdiccion, ni áun el mismo Dios.

Los receptores reales, cuando iban á cobrar el tributo, se volvian con las manos vacías y atemorizados, y si alguna vez se quejaron al rey, éste, ó anduvo moroso, ó se distrajo y olvidó la queja, ó

se propuso ver hasta dónde llegaba aquel su soberbio vasallo rico-hombre de Alcalá, para cobrarle despues, y con creces, la cuenta.

La verdad era que nadie habia estorbado sus tiranías á don Tello, y éste continuaba siendo el señor único en Alcalá y en su jurisdiccion.

No habia capricho que al noble señor se ocurriese que no le satisfaciera, aunque fuese contra toda razon y derecho.

No habia respeto que le atajase ni virtud que le detuviese.

Era, en fin, un azote de sus vasallos, que tenian perdida la esperanza de que Dios los sacase de tanta miseria.

Los pocos caballeros que en la villa vivian lo pasaban tal cual.

El rico-hombre se humanizaba con ellos, respetaba sus familias y áun solia llamarlos amigos.

Y decia que esto lo hacía porque su calidad de nobles los eximia de todos los pechos y derechos á que estaban sujetos y sometidos sus otros vasallos.

Entre estos caballeros, don Juan de Vargas era el que gozaba más de la confianza y áun de la honrosa amistad del altivo rico-hombre.

Hubiera podido decirse que don Juan de Vargas era el lugarteniente de don Tello de Alvarado.

Lo cual para los vasallos del rico-hombre era una doble desgracia, porque donde el rico-hombre no hacía daño iba á hacerlo don Juan.

Pero llegó un dia en que estos dos grandes amigos se convirtieron en enemigos formidables.

Don Juan, como caballero, estaba completamente fuera de la jurisdiccion del rico-hombre de Alcalá, porque un noble no podia ser vasallo sino del rey.

Era además tan rico, por lo ménos, como el rico-hombre.

Porque si bien don Tello tenía el castillo y los muros de la villa en señorío legado por sus ascendientes desde la conquista de Madrid, don Juan de Vargas tambien habia heredado de sus ascendientes que á la conquista de Madrid fueron, pingües territorios enclavados en la jurisdiccion de Alcalá, exentos completamente del señorío de don Tello.

Esto habia sido en gran parte causa de que don Tello tratase casi de igual á igual á don Juan, mientras que trataba con desprecio á los otros cuatro ó cinco nobles que en la villa habia, y que sólo poseian algunas exiguas propiedades.

Habia más allá de la cuesta de Zulema una gran casa de labor, con una torrecilla con humos de castillo y un muro rebajado y casi nulo que la casa de labor rodeaba.

Algunas cabañas de pastores rodeaban aquella especie de casa-fuerte rural, y allí vivia solo, en su solo cabo, un anciano caballero á quien la muerte habia arrebatado su mujer y sus hijos, y allí se habia ido con sus melancolías á morirse

lentamente rodeado de algunos antiguos criados casi tan viejos como él.

Era don Gaspar de Sepúlveda un hombre honradísimo de una cierta historia, porque habia servido muy bien en sus buenos tiempos al rey y ayudádole en sus guerras, y sirviendo á don Alonso el onceno habia perdido en batalla á sus dos hijos mayores.

Tenía algunos parientes lejanos, pero estaba desavenido con éllos y no queria que ni áun de éllos se le hablase.

Pero agravándose ya en su última enfermedad, un buen padre capuchino le redujo al fin á que legase su herencia á un primo lejano, que se lo agradeceria mucho más que el rey, á quien su hacienda habia de ir si moria sin testar, por ciertas condiciones y cláusulas que habia en el mayorazgo de don Gaspar por las cuales estaba establecido que aquel mayorazgo, cuyos bienes habian sido donacion del rey don Sancho II á uno de los ascendientes de don Gaspar, volviese á la corona á falta de hijos del poseedor difunto, ó si éste muriese sin testar.

De modo que si don Gaspar no hacía testamento en favor de aquel su lejano primo, sus bienes, que no eran cosa de poca monta, debian incorporarse al patrimonio de la corona.

Tanto trabajó el bueno del fraile, que al fin don Gaspar testó en favor de su primo don Pedro, nombrando sus ejecutores y testamentarios á aquel

mismo fraile que le habia confesado y á otros dos de su mismo convento.

Murióse al tercer dia de otorgado testamento don Gaspar, tranquilo porque al fin habia borrado de su corazon la saña que á sus parientes tenia, y se iba derecho al cielo á reunirse con su mujer y sus hijos.

Hiciéronle los frailes capuchinos unos muy honrados funerales; le enterraron en su misma iglesia á la parte del Evangelio, y enseguida los tres testamentarios con sus donados, provistos cada uno de unas alforjas en que llevaban la vitualla, se encaminaron por sus piés y sus jornadas contadas á Illescas, donde vivia, viudo ya y con una hija única, labrando unas tierrecillas y sosteniendo con mil afanes, á causa de lo reducido de su hacienda, su calidad de noble, don Pedro de Sepúlveda, que era el lejano primo á quien don Gaspar de Sepúlveda habia constituido su heredero universal.

Aquello fué una resurreccion para el pobre don Pedro, que no sabía cómo hacer para que los briales y demás adminículos del traje de su hija no desmereciesen de los de las otras damas de la villa.

Se encontraba nuestro hombre con una renta de veinte mil maravedís, que en aquellos tiempos, causa del gran valor de la moneda, eran una riqueza.

Hizo rabiar de envidia á todos los otros hidal-

gos de Illescas, y sin perder tiempo metió en una litera á doña Estrella y se fué á tomar posesion de su herencia, acompañado de los tres buenos frailes capuchinos, que bien pronto dejaron ver por qué el uno de ellos habia tenido tanto interes en que don Gaspar de Sepúlveda dejase sus bienes á su primo don Pedro.

Los capuchinos hicieron una pequeña mella en aquella herencia, obteniendo del agradecimiento de don Pedro, aunque no era muy generoso, la donacion de una huertecilla que lindaba con la del convento.

¿Y qué habia de hacer don Pedro sino donarla graciosamente, puesto que se le habia convencido de que si habia heredado lo debia á un fraile del susodicho convento?

Cuando don Pedro vió la extensa loma en que ondulaban las ricas mieses y que era su propiedad, amén de huertas y molinos y otras pertenencias, y en lo alto de la loma la gran casa rural con su homenaje almenado y su muro, aunque rapado, y con la cava casi cegada, y la alegría del sitio cerca de la parte más alta de la cuesta Zulema, aficionóse y se determinó á vivir allí, trasladar allí su solar, aunque él y su padre y su abuelo y sus ascendientes y su descendencia, representada por su hija, habian nacido en su casa de Illescas.

Vendió la hacienda que en Illescas tenia, y con su producto convirtió en viñedo una gran parte de las tierras que habia heredado.

La casa era amplia y hermosa.

Muchos pares de bueyes llenaban el establo.

Habia en la caballeriza seis buenos caballos y diez y seis ó veinte mulas que reventaban de gordas, y ocho ó diez mozos de labór con sus respectivas familias y seis ú ocho pastores con las suyas.

Establecidos en sus barracas alrededor de la casa, se esforzaron por servirle y complacerle.

Le tardaba al bueno de don Pedro lucir á su hija y pavonearse como caballero de buen linaje y gran fortuna en la villa de Alcalá.

Al fin, provista de cuanto era necesario doña Estrella, aumentada su hermosura por ricas joyas, conducida por una litera que para Alcalá era de gran lujo, aunque en Valladolid ó Búrgos hubiera avergonzado á quien la hubiera usado, se fué un Juéves Santo por la mañana á Alcalá y se entró en la iglesia á los oficios.

Doña Estrella fué una novedad.

Era una forastera que iba por la primera vez sin anunciarse, sin decir siquiera allá va eso, que se habia presentado en litera con mulas empenachadas con campanillas de plata y con criados que llevaban bonetes y vestas blasonadas con las nobles armas de su padre.

Á más de esto, la más rica, la más estirada de las damas de Alcalá no iba ni la mitad de bien prendida y bien vestida que doña Estrella.

Además, doña Estrella, que apénas si contaba

veinte años, sobrepujaba en hermosura á las más hermosas de una manera extraordinaria.

¿De dónde venía, á qué iba?

Hé aquí lo que la preguntaron las miradas de todas.

Hé aquí tambien que el rico-hombre don Tello y su grande amigo don Juan cebaron en doña Estrella, y á un mismo tiempo, el ojo codicioso.

Informóse en el mismo momento y del mismo don Pedro el rico-hombre de por qué estaba allí, llegado tan de improviso, sin que se tuviese de él antecedente alguno.

Don Tello se mostró afectuosísimo con él, como que queria obligarle.

Agradecióselo don Pedro, y de la misma manera agradeció sus buenos ofrecimientos á don Juan, que tambien habia acudido.

Fuése con su hija á la posada, ya cuidadoso y meditabundo, y entre el temor y la esperanza; porque habia visto que mientras hablaba con el rico-hombre y con don Juan en el atrio de la iglesia, tanto don Juan como el rico-hombre dirigian á su hija los ojos encarnizados de deseo.

Y habia visto don Pedro, que no era lerdo, que, si bien á las miradas de don Juan se mostraba indiferente su hija, cuando don Tello la miraba se la encendia el color y se ponia confusa.

Volvióse, al fin, el sábado de Gloria por la mañana á su casa fuerte el hidalgo con su hija, devanándose ya los sesos, acariciando la esperanza

de que el amor rindiese á los encantos de su hija al soberbio rico-hombre y la hiciese su esposa, y recelando á seguida que el poderoso rico-hombre pretendiese hacer suya á doña Estrella, y no de honrada manera.

Y volvíase su pensamiento á don Juan, y parecíale una desgracia el que don Juan no hubiese hecho mella en el corazon de su hija.

Porque al fin don Juan no era mas que un caballero, existia entre éllos paridad de linaje, y como doña Estrella era rica, la suposicion de un casamiento era lo más plausible del mundo.

No sabía el bueno de don Pedro que en libertinaje y soberbia se llevaban muy poco don Tello y don Juan.

No tardaron en conocerse los resultados.

Si ántes el rico-hombre, cuando salia á caza con sus monteros, sus ojeadores y sus jaurías, se iba indistintamente por acá ó por allá, desde que supo que en la torre de Zulema, que así se llamaba la casa de nuestro hidalgo, vivia la hermosísima doña Estrella, por allí enderezaba la turbamulta de sus cazadores, se detenia allí visitando, por más que esto no le placiese, á don Pedro, que estaba cada dia más receloso, y al volver por la noche repetia la visita, y semana habia en que tres veces salia á caza el rico-hombre.

Don Juan, por su parte, hacía lo propio.

De modo que el dia que los ojeadores y las trailas del rico-hombre no llegaban á la casa fuerte,

llegaban los de don Juan, que así al ir como al volver hacía al hidalgo y á su hija una visita, que el primer dia fué de un cuarto de hora, de media hora el segundo, al tercero de una y al cuarto ya la visita se iba haciendo tan larga que no parecia sino que adonde habia ido á caza don Juan habia sido á casa de don Pedro.

Y así era la verdad.

Porque lo que don Juan pretendia cazar era á doña Estrella.

Guiñó un ojo el padre á la hija.

Comprendió doña Estrella que aquel guiño la mandaba que se fuese, y como don Juan no era de su gusto, doña Estrella, en cuanto cogió el guiño, se levantó, hizo una fria reverencia á don Juan y se fué.

Entónces el hidalgo don Pedro dijo muy serio, con la cabeza alzada y los ojos algo caidos, como para dar autoridad á sus palabras:

—Señor don Juan, yo sé bien cuánto mi casa se honra con que vos la frecuenteis; pero en el caso presente, no honra sino deshonra sobre élla podria venir si gentes mal intencionadas quisiesen achacar vuestras visitas á una aficion vuestra por mi hija.

—Teneos y no prosigais,—dijo don Juan,—que en la llaga me habeis tocado, y quiero deciros que desde que ví á vuestra hija, admiré su hermosura y conocí su discrecion y adoré las buenas prendas que en la bondad y en el candor de su semblante

se mostraban, y ya no fuí mio, sino todo suyo, y tan suyo que hasta que mi esposa sea no viviré tranquilo, ni podré vivir mucho si algun tiempo tarda en serlo.

Fuésele alegrando la mirada al buen hidalgo al ver que con una tal facilidad entraba don Juan por el buen camino, y díjole:

—Áun así y todo, señor mio, no juzgo honesto ni prudente vengais tanto á esta vuestra casa, ni lo sería aunque me hubiérais ya pedido la mano de mi hija.

—Pues tenedla por pedida, señor don Pedro, —dijo don Juan,—y sabed que si me la concedeis me habreis dado más que la vida, porque me habreis dado el alma.

—No creo yo,—dijo don Pedro,—que la autoridad de un buen padre llegue hasta el punto de que pueda conceder la mano de su hija sin averiguar primero si élla consiente en ser esposa de quien la solicita; y como yo, dada una palabra, he de cumplirla, y no puedo dárosla sin saber si mi hija recibe de buena voluntad vuestra solicitud, ruégoos espereis tres dias, que yo os escribiré con lo que mi hija hubiere contestado.

—Mil eternidades van á ser para mí estos tres dias, señor don Pedro,—contestó don Juan,—pero porque veais hasta qué punto os respeto, tanto por lo que vos mismo mereceis como por ser padre de doña Estrella, á esperar esos tres dias me someto, aunque bien sé cuánto van á ser para mí de dudosa angustia.

Y tras esto se fué.

Al dia siguiente, aún no bien acabado de amanecer, las trompas de caza del rico-hombre atronaron la casa fuerte.

Salió á lo que podia llamarse la poterna don Pedro.

Pero de mal talante y decidido á cortar por lo sano con el rico-hombre.

Sin embargo, haciendo de tripas corazon, le dijo:

—Pase vuesa merced, señor mio, y descanse si le place.

El rico-hombre, que no deseaba otra cosa, pasó, y al entrar en la que podia llamarse cámara de honor, cometió la imprudencia de escudriñarla ansioso, como buscando en élla á doña Estrella.

Hay que advertir que en aquel tiempo á la salida del sol todo el mundo estaba de pié, y bien dormido y descansado, porque se acostaban las gentes poco ménos que con las gállinas.

Notó el escudriñamiento del rico-hombre don Pedro, y díjole:

—Mucho siento, señor, decir á vuesa merced que no honra sino deshonra á mi casa trae vuestra presencia. Bien sé yo que no por mí, sino por persona en quien no debiérais haber puesto los ojos, venís á mi casa.

Púsose pálido, verde, lívido el soberbio rico-hombre, y contestó:

—Pues dígoos yo que donde los ojos pongo por mio lo tengo, y ya que en vuestra hija los he pues-

to, mia ha de ser vuestra hija, áun cuando yo no sepa deciros cuándo ni cómo.

Y sin más palabra, y dejando á don Pedro transido de cólera, se fué.

Entróle inmediatamente al buen hidalgo un pavor frio, insoportable.

Habia oido hablar bastantemente de las violencias y de la tiranía del rico-hombre, para no temer con fundamento que el rico-hombre apelase tambien contra él á la violencia y á la tiranía.

Pero, en fin, se tranquilizó algun tanto al considerar que aquellas violencias que de don Tello se contaban habian caido sobre gente menuda, sobre siervos, sin que se diese un solo caso de que el rico-hombre se hubiese atrevido á ningun rico-hombre ni á su familia.

Por otra parte, contaba el bueno de don Pedro con la proteccion que necesariamente habia de prestarle don Juan de Vargas, enamorado como estaba de su hija y habiendo llegado al punto de pedirle la mano de ésta.

Verdad es que doña Estrella no habia puesto muy buena cara cuando su padre la habia dado cuenta de las pretensiones de don Juan.

—Si es vuestro gusto,—habia dicho élla,—tambien será el mio; pero, si os he de decir la verdad, ni quiero ni dejo de querer á ese caballero, ni de él me acuerdo mas que cuando le veo; y puesto que vos decís, padre mio, que vos no quereis que yo me case para no ser dichosa, esperemos, que

niña soy y tiempo hay, y puede ser que con el conocimiento y el trato, y con lo que don Juan haga por que yo le quiera, llegue á amarle. Entónces podré daros gusto, sin dejar de ser dichosa.

Doña Estrella sabía demasiado que en todos los dias de su vida no llegaria á amar á don Juan.

Además de que le era antipático, se habia aficionado á don Tello.

Las dificultades que su aficion encontraba la excitaban y la aumentaban.

Don Pedro habia arrojado de su casa á don Tello.

Don Tello se habia mostrado altivo con don Pedro, y habia inferido á doña Estrella la injuria de considerarla como una mujer cualquiera á la que se pretende por antojo ó por empeño.

Pero de una manera humillante cuando ni áun se tiene la más remota idea de unirse á élla.

Esto mismo exacerbaba á doña Estrella, que se propuso vencer al rico-hombre, rendirle á su voluntad, hacerle su marido.

Élla era inocente en amores.

La habia cuidado muy bien su buena madre.

Pero por intuicion comprendia, se lo decia ese sentimiento íntimo, que viene á ser como el espíritu del espíritu de los séres racionales, que don Tello la amaba como su alma.

Y así era la verdad.

Sólo que don Tello, endurecido en el libertinaje, don Tello, que jamás habia sentido por las muje-

res otra cosa que un capricho pasajero, no se daba cuenta, no podia dársela, de la mágica influencia que sobre él ejercia doña Estrella.

Ésta se habia sentido herida en el corazon cuando su padre la habia dicho que habia prohibido la entrada en su casa á don Tello.

Y don Tello, á los pocos dias de no ver á doña Estrella, empezó á caer en la cuenta de que doña Estrella le hacía sentir un deseo extraño que nunca habia experimentado por una mujer, y que pertenecia más al alma que á los sentidos.

Pero no habia llegado aún el momento de que se diese cuenta de que para ser feliz necesitába tenerla suya, completamente suya, y de una manera legítima.

Le irritaba su orgullo vencido, al verse arrojado de la casa de aquel hidalguillo.

Ansiaba volver á ver á doña Estrella, y su soberbia le impedia el valerse de artes para verla, para hablarla.

¿Qué se diria de él, que nunca habia respetado nada, si se veia que al fin respetaba algo, guardándose de aquel hidalgüelo de gotera, de aquel cualquier cosa, que, aunque riquillo, no podia en manera alguna ser comparado con él?

Se revolvia, se retorcia dentro de sí mismo el soberbio don Tello, no sabiendo qué partido tomar.

Ocurrióle romper por todo, irse un dia con sus escuderos á la torre de Zulema, apoderarse por

sí y ante sí, como lo habia hecho con otras, de doña Estrella, y llevársela á su castillo.

Pero un poder misterioso le contenia, le hacía respetar á la joven.

Un rapto debia ofenderla, lastimarla, humillarla, y él no queria hacerla derramar una sola lágrima.

¿Qué camino le quedaba, pues, al soberbio don Tello?

Irse á don Pedro y pedirle lisa y llanamente la mano de su hija.

Pero en el momento de concebir esta idea, únicamente como una suposicion, la rechazaba.

¿Cómo él, el altivo rico-hombre, el descendiente de cien reyes, cuyo árbol genealógico empezaba no ménos que en Melquisedec, habia de elevar á su ilustrísimo y casi regio tálamo á una pobre diabla de dama de la baja nobleza?

Esto no era posible.

No habia que pensar en ello.

Por consecuencia, no atreviéndose don Tello, á causa de su amor á doña Estrella, á llevar á cabo una determinacion violenta, y horrorizándole la sola idea de hacerla su esposa, no sabia qué partido tomar.

En tanto el amor le iba ganando de tal manera que ya no podia darse razon de sí mismo.

Si dormia, si velaba, no veia otra cosa que doña Estrella.

En ninguna otra cosa que en ella pensaba.

Se habia encerrado en su castillo, y para entretener su aburrimiento, por la más leve falta, con el más ligero pretexto, hacía poner en la picota ó en el rollo señorial, como mejor queramos, á este ó al otro pobre villano de sus vasallos, y hacía que los azotasen.

No habia quien pudiese resistirle.

Sus servidores más allegados, los más favorecidos, temblaban cuando á él se acercaban.

El señor estaba de un humor de Satanas.

No habia medio de no enojarle.

Al fin tanto apretó el amor á don Tello que le volvió loco.

Y decimos que le volvió loco, porque, sobreponiéndose á su soberbia jerárquica y sin reparar en nada, dió al fin en la resolucion de casarse con doña Estrella.

Tan irritado se habia ido de la torre de Zulema don Tello, tan combatido por sus dudas y sus vacilaciones, que se habia encerrado en su castillo y no habia vuelto á tener noticia de doña Estrella ni de nada que á élla concerniese.

Ni habia visto á su antiguo y grande amigo don Juan de Vargas, y, por consecuencia, no sabía que entre el padre de doña Estrella y don Juan se trataba del casamiento de éste con aquélla.

Ni sabía que don Juan no dejaba la ida por la venida á la torre de Zulema.

Habia pasado un mes desde el rompimiento, ó mejor dicho, desde la agria escena entre don Pe-

dro y don Tello, cuando, rendido por su amor este último, se propuso el siguiente dilema:

—Ó me caso con élla, ó de élla me apodero.

Discutió consigo mismo acerca de estos inflexibles términos, y encontró que la amaba tanto que no podia deshonrarla; que era tan su vida y su alma que no podia renunciar á élla.

La consecuencia lógica era el casamiento.

Todavía estuvo quince dias nuestro soberbio rico-hombre dándole vueltas al negocio, hasta que al fin se decidió y dijo:

—Podrán decir mis iguales que he perdido la razon; pero digan lo que dijeren, que mejor quiero perder la razon que no el alma mia, que es élla.

Y tranquilo y contento ya porque habia tomado una resolucion definitiva, se vistió lo más galanamente que pudo, y seguido por una lucida comitiva de servidores en mulas, se fué, como si dijéramos solemnemente, á la torre de Zulema.

CAPÍTULO II.

EN QUE SE PRESENTA UN MISTERIOSO RICO-HOMBRE DE ASTÚRIAS, QUE DOMINA LA SITUACION SIN IMPONERSE Á NADIE.

En doña Estrella se habia operado una revolucion necesaria.

Cuando élla supo que su padre habia echado á la calle al rico-hombre y la irritante contestacion de éste, esperó que don Tello hiciese cuanto le fuese posible por acercarse á élla.

Pero pasó un dia, otro dia, y ningun indicio de su amor, ni aunque hubiese sido de su empeño, habia dado el rico-hombre.

Esto exasperó á doña Estrella y aumentó su amor, porque aumentó su empeño.

¿Qué, tan poco valía élla que pudiese pasarse el rico-hombre, no ya sin verla, no ya sin procurar saber si élla le amaba, sino que tambien sin recibir noticias suyas?

¿Acaso la despreciaba?

¿Se habia olvidado de élla?

Doña Estrella era demasiado altiva para sufrir esto con paciencia.

Élla se sentia cada dia más enamorada.

Las ardientes miradas que en élla habia fijado el jóven y ardiente rico-hombre halagaban aún sus ojos.

No las habia olvidado.

Se desesperaba.

Lloraba á solas.

Se ponia pálida y pasaba el tiempo.

Para el que espera dominado por una vehemente pasion, la duracion del tiempo se hace insoportable.

No hay nada más largo, nada más afanoso.

Don Juan, como ya hemos dicho, no dejaba de ir ningun dia á la torre de Zulema, ni de pasar allí largo tiempo al lado de doña Estrella, acompañada siempre de su padre y de una respetabilísima dueña.

Doña Estrella, por complacer á su padre, trataba con afabilidad á don Juan, y, halagada á veces por las apasionadas galanterías de éste, se sonreia.

Don Juan iba cobrando esperanzas de ser amado.

No hay nada más difícil que descubrir lo que se oculta bajo la habitual sonrisa de una mujer.

No hay apariencias más engañosas que aquellas que á una mujer se refieren.

De improviso, un dia doña Estrella se mostró más expansiva, más afectuosa con don Juan.

Su sonrisa se hizo más dulce, su mirada más intensa.

Don Juan empezaba á ser ya una víctima, un medio de que usaba la inocente doncella.

Don Juan habia blasonado y áun enorgullecídose de su grande amistad con el rico-hombre, y habia asegurado que entre los dos no habia secretos.

—¡Ah! Pues si sois tan amigos,—dijo para sí doña Estrella,—y no hay secretos entre vosotros, ha de creer ese soberbio rico-hombre que me tiene tan sin cuidado por no haber dado señal de sí, que amo á otro.

Y desde aquel momento empezó á hacer creer á don Juan que le amaba.

Pero como por una parte don Juan andaba distraido con los amores de doña Estrella, y para ella sola tenía alma y voluntad, y por otra don Tello, aburrido, se habia encerrado á piedra y lodo en lo que podia llamarse su alcázar, la insidiosa conducta de la candorosa doña Estrella no daba resultados.

Doña Estrella acabó por sostener, al fin, un empeño á todo trance, y estimuló más, consintió más á su pobre víctima, que llegó á creerse adorado, y dijo á don Pedro:

—Por lo que vos mismo veis, doña Estrella paga mi amor con un amor no ménos grande que el

que yo tengo encendido en el alma por élla. Y siendo así que de tal manera nos amamos, bien será que vengamos á las bodas, y que de esta manera tengan fin dichoso nuestras amorosas fatigas.

Consultó á su hija el hidalgo, y élla, viendo que el asunto se formalizaba, respondió que sí, que élla queria bien á don Juan, pero que todavía era muy niña para casarse, y que no importaba se esperase un año, que así se conocerian mejor y se querrian más.

Desesperóse cuando supo esta contestacion don Juan.

Pero no hubo medio.

Don Pedro le aseguró por su honra y por su alma que en cosa que era de suyo tan delicada y tan de mirar como un casamiento no habia de obligar á su hija; y así élla, si le salia mal, no podria nunca acusarle.

Hubo de resignarse y tener paciencia don Juan.

Pero él, que era tan soberbio como el rico-hombre, y que no habia pensado en casarse con doña Estrella sino vencido por la pasion, empezó á torcerse y á arrepentirse de haberse presentado tan llano y tan de buena fe en sus pretensiones.

Parecíale cosa enorme el que doña Estrella no se apresurase á coger la buena dicha de ser su esposa.

Sin embargo, disimuló y siguió mostrándose más humilde y más rendido que nunca á doña Es-

trella, que se habia hecho más reservada viendo que don Tello convertia en sustancia su fingimiento más de lo que élla hubiera querido.

En esta situacion estaban nuestros personajes cuando, resuelto ya á atropellar por todo el rico-hombre don Tello, se presentó de improviso con sus galas y con sus criados en la torre de Zulema.

Encontró, como si dijéramos, *in fraganti* á doña Estrella, á don Juan, á don Pedro y á la inseparable dueña.

Doña Estrella, indolente, bellísima, estaba abandonada en el estrado tanto cuanto lo permitia la decencia de la actitud, y cerca de élla, casi á sus plantas, sentado en un escabel, tañia un laud y cantaba una trova de amor don Juan, que era gran músico, con ribetes de poeta.

Don Pedro escuchaba complacidísimo y sentado á poca distancia; la dueña aparecia grave é inmóvil.

Los mozos de labor que servian de criados á don Pedro no habian pensado, no ya en detener al rico-hombre, sino ni aun siquiera en que debian anunciarle.

Don Tello se entró de improviso, excitado ya por la música que al llegar á la puerta de la casa habia oido.

Quedóse hecho una estatua, y un color se le fué y otro se le vino, al ver el cuadro que de repente se presentó á su vista.

Doña Estrella miraba con los ojos un tanto ador-

midos, con la emocion que en élla causaba la música, á don Pedro.

Don Pedro miraba embobado al que ya miraba como su hijo.

Si doña Estrella hubiera sido esposa de don Tello, y éste la hubiera encontrado en una situacion semejante junto á don Juan, no hubiera sentido don Tello una emocion más poderosa ni más satánica.

Odio de muerte subió de su corazon á su cabeza contra don Juan.

No habian reparado en él, que no habia pasado de la puerta; estaban distraidos con la música.

De improviso los sacó á todos de su distraccion la voz ronca, sombría, convulsa de don Tello.

—¡Vos aquí, don Juan!—dijo,—¡y tañendo el laud á los piés de doña Estrella! Mucho camino habeis adelantado desde el dia en que yo salí de esta casa hasta ahora.

Don Juan y don Pedro se pusieron vivamente de pié.

Doña Estrella dió un grito, y se le alteró de tal manera el corazon que la acometió un vértigo y estuvo á punto de desmayarse.

Pero se repuso inmediatamente.

Se irguió y fijó su intensa mirada en el rico-hombre.

—Quisiera yo saber,—dijo con altivez don Juan, que habia arrojado su laud sobre el estrado,—con

qué derecho os entrometeis en lo que no os importa.

—Sí,—dijo don Pedro;—despues de haberos cerrado yo las puertas de mi casa, por razones que como sabeis he tenido bastantes para ello, no debíais haber vuelto, al ménos sin haberme pedido venia.

—Yo vengo por mi esposa,—exclamó en el colmo de su soberbia el rico-hombre.

En aquel momento un jóven caballero entró en la estancia.

Y entró muy á tiempo, porque, irritado don Juan por la altiva salida del rico-hombre, no habia encontrado para élla otra contestacion que tirar de la espada, y el rico-hombre á su vez habia tirado de la suya.

—En mala hora llego á una casa que no conozco,—dijo el recienvenido con una vibrante voz, timbrada de una manera singular, que impresionó á todo el mundo,—y yo os ruego, caballeros, que os tengais, y que por lo ménos continueis vuestra querella donde no deis susto á esta dama y á este anciano.

Hay séres que se imponen, que con su presencia, con una sola palabra, á veces con un solo gesto cortan una situacion.

Así sucedió entónces.

En vez de acometerse, permanecieron inmóviles don Tello y don Juan.

El caballero que acababa de entrar era de aspec-

to noble, en que habia un no sé qué de predominante y majestuoso, pero dentro de una gran naturalidad.

Se comprendia que era un gran señor.

Su hermosura, que no era grande, tenía algo de singular, de extraño.

Un gran birrete, de tela de oro en el borde y de velludo rojo en la parte superior, cubria sus cabellos rubios de un leve color de oro.

Era blanco, muy blanco, pero con una blancura mate.

Tenía la frente despejada y serena.

Los ojos grandes, garzos, pero tal vez demasiado redondos, lo que daba á su fisonomía no sabemos qué de fiereza.

La nariz acentuada y correcta.

La boca, de labios delgados y acentuada con algo de desdeñoso.

El corte del semblante algo determinado en punta en la barba.

En cuanto á la garganta, que dejaba descubierta desde su nacimiento la rica camisa que dejaba ver la descotadura del sayo, era hermosísima.

La hubiera envidiado una dama.

Se nos olvidaba decir que en su labio superior sólo aparecia un leve bigote muy rubio, que se hacía casi imperceptible.

Era de buena estatura, bien proporcionado y de actitud nobilísima.

Vestia un capotillo de velludo rojo bordeado de

oro y forrado de pieles de martas cibelinas, y sobre el sayo, que era tambien de velludo rojo guarnecido de oro, llevaba una media coraza.

Sus piernas estaban cubiertas por una espesa y rica malla de Milan, así como sus brazos.

Calzaba espuelas de oro, y la espada que pendia de su costado y el puñal que se aseguraba en el talabarte con la limosnera, tenian empuñaduras de oro.

Era indudablemente un magnate.

Ninguno de los tres le conocia.

Ciertamente don Tello y don Juan sólo habian salido algunas leguas de Alcalá, y en cuanto á don Pedro, todo el mundo que conocia se reducia á Illescas, á Toledo y á Alcalá.

—Halágame la esperanza, caballeros,—dijo adelantando el jóven recienvenido, que apénas si llegaria á los treinta años,—de que he de poneros en paz; que caballeros me pareceis, y los bien nacidos no pueden nunca ofenderse de tal manera que no puedan venir á un honrado acuerdo.

—Dejemos esta cuestion para más adelante,—dijo don Juan envainando su espada,—que tiempo tenemos sobrado, señor rico-hombre, para ajustar nuestras cuentas.

—¡Cómo!—exclamó el caballero recienvenido,—¿vos, señor mio, sois don Tello de Alvarado, rico hombre de Alcalá?

—Sí, yo soy,—dijo secamente don Tello envainando su espada.

—Pues ved ahí,—dijo el desconocido,—que os encuentro más pronto que esperaba.

—¿Á buscarme veníais?—dijo con una desdeñosa altivez don Tello.

—Sí, por cierto,—contestó el otro,—que sois tan famoso que no he podido resistir al deseo de conoceros. Pero dejadme que me disculpe con el dueño de esta casa, como cumple á mi cortesía, por haberme presentado tan de improviso. Yo soy ricohombre de allá de las Astúrias, de rancio abolengo. Me llamo don Lope Negramano. Si no lo sabeis, sabedlo; es un buen apellido, que viene de mis progenitores, que todos tuvieron una mano negra, pero negra como es negra la sangre cuando se seca, y voy á deciros de dónde trae orígen este apellido. Habeis de saber..... pero sentémonos, señores. Esa dama permanece de pié, y no hay para qué, Hablamos así como quien habla sobre la marcha y apremiándole el tiempo.

Y tomando un sillon, fué á sentarse.

—¡Vive Dios,—exclamó don Tello,—que ante mí no se sienta nadie, ni áun el rey, si yo no se lo permito, y que en mi casa ni áun para el rey hay silla!

—No vengamos á otra cuestion,—dijo tranquilamente don Lope Negramano,—cuando una cuestion acaba de cortarse. Y pláceme que hayais hablado así, porque veo que no me han engañado en lo que de vos se dice. En fin, yo os pido vénia para sentarme.

—Sentaos, pues,—dijo con una prosopopeya de todo punto ridícula el rico-hombre, ni más ni ménos que si hubiera estado en su casa.

Aquella extraña escena los dominaba á todos.

Menos á don Tello, á todos se imponia don Lope de una manera singular.

Se sentaron maquinalmente.

Don Lope Negramano dominaba la situacion.

El mismo rico-hombre, con toda su soberbia, se sentia impresionado.

—Mi buena señora,—dijo don Lope dirigiéndose á la dueña,—hacedme la merced de mandar que me den de beber, porque la ardiente sed que siento es la que me ha obligado á entrar en esta noble casa.

No faltó más sino que don Tello hubiera dicho entónces que no se podia dar de beber sin licencia suya.

Pero no lo dijo.

Y en verdad que le estaba fermentando la cólera al ver la lisura y el desenfado con que sin dar en descortesía hablaba don Lope.

Doña Estrella le miraba de hito en hito y aparecia pálida y conmovida.

Se levantó la dueña y salió.

—Cuando haya bebido y apagado esta sed que me tiene la boca seca, os diré en cuatro palabras la historia de mi apellido, hermosa señora, buenos caballeros. ¡Oh! la sed es una cosa horrible; no

hay un placer que se asemeje al que se siente cuando se la satisface.

Y los redondos ojos de don Lope, serenos, límpidos, se fijaban en el rico-hombre de Alcalá.

Entró la dueña, trayendo un jarro morisco vidriado y una copa de plata.

La llenó de un dorado vino y la sirvió á don Lope.

—Con vuestra venia, señores,—dijo éste.

Y bebió lentamente hasta apurar el vino, que no era en pequeña cantidad.

Devolvió la copa á la dueña con un movimiento que manifestaba que don Lope estaba acostumbrado á que le sirviesen altas personas.

Dejó la dueña la copa y el jarro sobre la mesa, y fué á sentarse de nuevo.

—El progenitor mio,—dijo don Lope,—que vivia allá, *in illo tempore*, cuando don Pelayo, peleó un dia con tal rabia contra los moros, que se tiñó de sangre la mano y el brazo hasta el codo, porque acostumbraba á remangarse para entrar en batalla.

Se alcanzó la victoria.

No tuvo donde lavarse la mano aquel mi ilustre pregenitor, y se le secó en élla la sangre, apareciendo negra.

Cuando le vió don Pelayo, le dijo:

—Muy negra traeis la mano, conde Gundemaro.

—Pues no es de tizne de sarten,—contestó

aquel mi abuelo,—sino de mala sangre sarracena.

—Pues Negramano os habeis de llamar desde hoy, para que, teniendo en cuenta vuestro apellido, vos y vuestros descendientes ensangrenteis siempre vuestra mano por la razon y por la justicia, sin respetar cabèza que deba ser herida, por alta y soberbia que sea.

Y los grandes y lucientes ojos garzos de don Lope continuaban abarcando á don Tello de una manera serena, pero imponente.

—¿Habeis recordado á propósito de algo esa historia de vuestro apellido?—dijo don Tello.

—No, ciertamente; pero, habiendo venido á caso hecho á conocer al alto y poderoso rico-hombre de Alcalá, he debido decirle quién soy yo, no por igualarme con él, que ya sé yo que con el rico-hombre de Alcalá no hay nadie que se iguale, sino porque me tenga en alguna estimacion.

—Yo no puedo ménos de estimar á los que vienen de buen linaje,—contestó don Tello.

—Pues con el rey vine ha dias á la villa de Madrid,—dijo don Lope.

—Yo me excuso,—contestó don Tello,—de ir con ningun rey á ninguna parte.

—¿Qué quereis? Nosotros los ricos-hombres que no tenemos un tal mayorazgo como el vuestro, nos vemos obligados á andar alrededor del rey y á servirle, para que con sus mercedes nos favorezca y aumente nuestro estado.

—Dios os ayude, pues, contestó don Tello.

Los otros callaban y oian, y no acertaban cómo aquello iba á acabar.

Porque, no estando ciegos por la soberbia, veian mucha persona en el rico-hombre astur don Lope Negramano.

Y aquella mano negra los inquietaba de una manera vaga.

De tiempo en tiempo, don Lope fijaba sobre doña Estrella su mirada serena, y doña Estrella se estremecia.

—Como es natural,—dijo don Lope,—hablando con los prohombres de Madrid de los prohombres de esta tierra, vino á caer la conversacion en vos, y tal de vos dijeron, que yo ardí en deseos de conoceros. Sin más, hace tres dias vino un receptor de tributos á Alcalá, á cobraros no sé qué alcabalas, que decian estábais obligado á pagar al rey, y con un valor capaz de maravillar al más curado de espanto, mandásteis azotar al receptor por si dió en desacato al hablaros ó no dió, y cuando le despachásteis bien zurrado le dijísteis:

—Contad al rey lo que aquí os ha acontecido; decidle que yo no debo nada á nadie más que á Dios el alma, y que si alcabalas de mí quiere, venga él mismo á cobrarlas.

—Ciertamente,—contestó el rico-hombre;—el rey de Castilla podrá ser todo lo que quiera, pero yo no conozco en Alcalá más rey que yo.

—Ved ahí por qué yo he querido conoceros,—contestó don Lope,—y más aún sabiendo lo que

hicísteis ayer con un alguacil que vino con un ordenamiento del rey á prender un homicida que se habia refugiado en vuestro señorío.

—Es lugar inmune,—dijo don Tello,—y si no lo fuera, haria yo que lo fuese. ¿Pues de dónde vienen los reyes mas que de los nobles que han sabido ganar una corona con su lanza? ¿Y he de ser yo ménos que esos reyes que de tal orígen vienen, cuando con brios me siento para arrancar al rey su corona? Pero ser rey no quiero, que con ser quien soy me basta, y el ser rey ni habia de quitarme ni ponerme.

No podia ir más allá la soberbia del rico-hombre.

—Zurrásteis al alguacil como habíais zurrado al receptor, y rompísteis el sello real, diciendo que sin vuestra licencia no habia de obedecerse en Alcalá la firma ni el sello del rey. Hé aquí, señor don Tello, por qué yo he querido conoceros, y de haberos conocido me doy el parabien y por ello me honro.

Don Lope habia hablado con una gran naturalidad, como aprobando y como pareciéndole cosa de loar la altivez del rico-hombre.

No parecia sino que don Lope era completamente de la opinion de don Tello, y que allá, en su tierra, en sus dominios, hacía él lo mismo que don Tello hacía en los suyos.

Hasta habia un no sé qué de complacencia en la manera de don Lope respecto á don Tello.

—Pues sí, señor mio,—dijo don Lope,—ya sabeis la causa de mi venida á Alcalá; ansiaba conoceros, estrecharos la mano, ser vuestro amigo; y me alegro de haber llegado á tiempo de cortar, ó de dilatar al ménos, la querella que sin duda teneis con ese caballero.

Y su mirada se volvió hácia don Juan.

Acontece á veces que dos hombres de pro, por una razon cualquiera, que suele no ser de grande importancia, se van el uno sobre el otro lanza en ristre. Pero ántes de que se encuentren, en aquel mismo momento se interpone un amigo, aparta las lanzas, contiene con las manos generosas y llenas de noble intencion á los dos combatientes, interviene en la querella, las cosas se explican, las dificultades se allanan; y los que, sin la intervencion de un buen amigo se hubieran destruido, vuelven á darse las manos y reiteran una amistad más valedera que nunca.

Apesar de su altivez, que no conocia límites, don Tello se sentia preocupado por la expresion, la mirada serena y la palabra reposada y sensata de don Lope.

En cuanto á don Juan, sentia, sin poderse explicar la causa, un cierto espasmo cuando don Lope fijaba en él sus serenos ojos, y un despecho que le excitaba, sin ser bastante á lanzarle á una manifestacion, cuando la mirada de don Lope se fijaba acaso en doña Estrella, y doña Estrella, al choque de aquella mirada, bajaba los ojos y se le

encendia el semblante, dejando ver involuntariamente, aunque de una manera vaguísima, una especie de fruicion inefable.

Indudablemente el hermoso, sereno é insinuante don Lope dominaba la situacion.

El viejo hidalgo don Pedro decia para sí:

—Pues mejor, mucho mejor; antójaseme que á mi rapaza no le parece costal de paja el recienllegado, y antójaseme tambien que el recienllegado no es un bergante; con esa mansedumbre y esa tranquilidad que muestra no tiene para empezar ni con el rico-hombre de Alcalá ni con don Juan. El rico-hombre se nos habia venido como quien se viene á terreno propio, seguro de que puede hacer lo que quiere, y sabe Dios por dónde hubiéramos salido. En cuanto á don Juan, cierto es que yo tengo con él empeñada una palabra; pero esta palabra es de todo punto condicional. Estrella continúa diciendo que es muy jóven para casarse, y ¿quién sabe? bien puede suceder haya un buen motivo para que yo me vea libre de mi palabra y en disposicion de dar la mano de mi hija á aquel que á élla no le desplaciere, siempre que sea un buen caballero y con una honrada hacienda. Y antójaseme que el niño Amor, el dios vendado, ha flechado á don Lope con mi Estrella. En fin, ello será lo que Dios fuere servido.

—Caballeros,—dijo don Lope;—cuando yo entré os encontré á punto de acuchillaros. No creo ser indiscreto pretendiendo constituirme en mediador

de vuestra querella. Los bien nacidos, y que en un momento de cólera se olvidan del respeto que deben á la casa ajena, se reconocen pronto. Por lo mismo, señores, yo soy de opinion que los dos os salgais conmigo; yo he satisfecho mi sed, y me regocijo de que mi sed me haya dado ocasion para conocer esta noble y honrada familia; aquí y en Astúrias, caballero, donde quiera que yo esté, y gobierne, y mande..... (Y don Lope pronunció estas palabras de una manera singular) podeis contar, así como vuestra noble y hermosa hija, con toda mi estimacion.

Pero don Lope, á pesar de estas palabras, no ofreció su mano á don Pedro.

Éste se apresuró á decirle:

—Señor mio, no sé si en lo que mis ojos y mi entendimiento juzgan de vos, por lo que en vos veo y por lo que os he oido, me engaño; pero yo creo que nada arriesgo y que mucha honra gano en ofreceros esta mi humilde casa.

—Yo estimo vuestro ofrecimiento en lo que vale, —contestó don Lope.—Y por Dios que en el tiempo que la corte estuviere en Madrid, no he de olvidarme de que el vino de vuestra casa es limpio y claro (y posó su mirada sobre doña Estrella), y de que vos sois un buen hidalgo, cuyo trato merece frecuentarse. Ahora bien, mis buenos amigos,—añadió dirigiéndose á don Tello y á don Juan,—si os place, salios conmigo á cielo abierto; allí veremos si se puede dirimir vuestra querella;

y de no, campo hay bastante en toda la tierra de que podemos disponer, desde donde el sol nace hasta donde se pone, para que, como caballeros, os deis razon de vuestras injurias.

Don Tello no sabía lo que le acontecia.

Impulsos le daban de echarlo todo á rodar, como vulgarmente se dice, y de protestar contra toda inmiscuicion, viniese de donde viniese, en sus asuntos.

Pero le contenia un no sé qué misterioso, algo que no podia explicarse, y que emanaba de aquel don Lope, á quien él, sin embargo, en su soberbia, creia en todos conceptos muy inferior á él.

—Pues sea como vos decís,—exclamó don Tello con voz campanuda,—y salgamos, que en verdad, en verdad, hambre tengo de entenderme con este mi antiguo amigo y saber á qué hemos de atenernos. Pero ántes permitidme; yo he venido aquí con un intento deliberado, y jamás me he vuelto atras de un intento mio. Señor don Pedro,—añadió irguiéndose y dando una acentuacion más imperiosa á su potente y majestuosa voz,—yo he determinado casarme con vuestra hija, y á anunciaros esto habia venido. Despues de habéroslo manifestado, nada más tengo que decir sino que considero ya á doña Estrella mi esposa, y que dentro de ocho dias habrán de celebrarse las bodas.

Y como si el rico-hombre hubiera creido que aquella su manifestacion era un mandato inapela-

ble, se volvió hácia la puerta sin decir ni una palabra más.

—El hombre propone y Dios dispone, mi hermosa señora,—dijo don Lope acercándose á doña Estrella, cogiéndola una mano y besándosela, ántes de que la aturdida doncella hubiera tenido tiempo de retirarla.

Y tal fué el beso, tan candente, tal la mirada que al alzarse el hermoso don Lope fijó en los ojos de doña Estrella, que ésta se acongojó, palideciendo mortalmente, se pintó en sus ojos una extraña expresion de dulce agonía, y se dejó caer sobre el canapé del estrado.

Podrá parecer extraño que don Juan, que estaba enamorado de doña Estrella, y don Pedro, que en su hidalguía calzaba unos puntos que iban más allá de lo creible, no tuviesen nada que decir á aquella galante é incalificable audacia del rico-hombre blanco y rubio, de ojos garzos y de sonrisa espiritual, epigramática y dominadora.

Pero estaban, como podria decirse hoy, cohibidos.

Les dominaba su genial inexplicable, y se callaron.

Despidióse cortésmente del castellano de la torre de Zulema el rico-hombre astur, saludó á la dueña, que aparecia impasible como una estatua de yeso, porque á nadie olvidaba en su cortesanía el rico-hombre rubio; bajó la dueña la cabeza de una manera estúpida, porque no estaba acostum-

brada á tratar con cortesanos; y nuestro hermoso caballero, tomando el brazo de don Juan, que estaba como quien ve visiones, le volvió hácia la puerta, le impulsó, y saliendo con él le dijo:

—Ahora falta que los tres nos entendamos.

—¿Que nos entendamos, me decís?—dijo don Juan.

—Yo lo creo,—contestó el de Astúrias,—y bien sé yo quién va á pagar la costa.

CAPÍTULO III.

DE LA NEGRA AVENTURA QUE EL RICO-HOMBRE ASTURIANO HIZO SUFRIR Á DON TELLO Y Á DON JUAN.

Al salir vió don Juan unos cuarenta jinetes que estaban inmediatamente despues del muro mocho que rodeaba aquella malparada fortaleza de Zulema, en que imperaba el hidalgo don Pedro, y que se habian puesto en movimiento al aparecer el señor don Lope.

Uno de éllos, que al pié de su caballo estaba algo separado de los otros, atlético, barbudo, con fisonomía de lobo y mirada rápida, fiera y perseverante, dijo con voz acentuada, breve y dominadora:

—¡El señor! ¡Á caballo la guarda!

É inmediatamente avanzó hácia don Lope con el magnífico caballo que tenía de la brida.

—¡Mucho hombre es éste!—dijo para sí don Juan, á quien continuaba asido del brazo el ricohombre de Astúrias.

—Ó ha echado la casa por la ventana para venir á Castilla el de Astúrias,—habia dicho el ricohombre de Alcalá al ver la comitiva de don Lope,—ó muy gran señor es. No importa; él verá que no hay rey, por poderoso que sea, que me gane á gran señor.

Pero se sintió mortificado.

Él se habia ido á la torre de Zulema con media docena de escuderos que tenian arneses heterogéneos, usados ya por cuatro ó cinco generaciones, remendados cuál más, cuál ménos, en fin, gran cosa para Alcalá, y montados en rocines, que en Alcalá podian parecer corceles, pero no en ninguna otra parte donde se tuviese costumbre de ver gentes bien montadas.

Por el contrario, cada caballo de los cuarenta de la guarda de don Lope era una maravilla, ya se considerase su alzada, ya su ardor, su juventud y la figura y limpieza de sus remos.

Llevaban cuberturas de malla de Milan, pretal, silla, grupa, cervilleras y frontal de acero.

Verdaderos corceles armados de batalla y, por una singularidad, todos tordos y de un mismo tono.

En cuanto á los jinetes, llevaban relucientes capacetes de bellota con amplias carrilleras. La loriga con capuz bajo el almete, coraza brillante y

redoblada, magníficos brazales, guanteletes, martin-galas y pernales; todo á lo que podia llamarse la última moda, todo bien apuesto, todo brillante, y sobre los hombros y la espalda una pequeña cota de armas de rico paño granate, bordada de oro.

Y en esta cota de armas, sobre el pecho y sobre la espalda, un escudo con yelmo coronado por timbre liso y llano, campo de oro, y en el centro una mano negra.

Don Juan no habia llevado hombres de armas, sino unos cuantos cazadores á caballo y algunos perreros con las traíllas.

Porque se habia propuesto, despues de hacer la visita cotidiana á su adorada doña Estrella, correr liebres.

Soltó el brazo de don Juan aquel extraño don Lope, se fué al caballo que el atleta barbudo le presentaba, y don Tello y don Juan vieron, no sin extrañeza, que aquella especie de Hércules forrado de acero, sin dejar el freno del caballo, al que hizo humillar la soberbia cabeza, al tener á su señor el estribo, dobló la rodilla en tierra.

Montó don Lope.

Se alzó el hercúleo servidor.

Dejó el freno del caballo, y se fué á tomar el suyo y su lanza y su escudo, que otro de los de la guarda le tenía.

Don Lope hizo botar su caballo, caracolear, piafar, todo en honor de doña Estrella, que se

habia asomado, toda sonrisa, á una ventana.

Habiendo cabalgado ya en sus rocines el rico-hombre de Alcalá y don Juan, les dijo don Lope:

—Amigos mios, vámonos hácia la villa, donde pienso aposentarme en la mejor hostería, que dicen que allí las hay buenas, por ejemplo, la del Lobo Blanco, de la que me han contado maravillas, y allí, si sois servido, comeremos juntos, que ya se acerca la hora del yantar.

Efectivamente, era cerca del mediodía.

—El rico-hombre de Alcalá,—dijo éste,—come en su casa, y siempre tiene cubierto de oro para los caballeros cortesanos.

—¿Y qué quereis?—contestó don Lope;—á mí me gusta más la salsilla de los hosteleros y el ruido de las hosterías, y andar entre la gente llana, que así sobrevienen las aventuras; y dígoos en verdad que las aventuras que nos salen delante de los piés, como las liebres, son las más sabrosas. Dígalo sinó la que, á causa de haberme acometido la sed, se me ha puesto delante en la casa de ese buen hidalgo.

Iban ya marchando por el camino hácia Alcalá, es decir, descendiendo por la cuesta Zulema, los tres caballeros: don Tello en el centro, que por nada en el mundo hubiera él cedido á nadie el lugar preferente, y, por sostener su privilegio, se hubiera batido personalmente con el mismo Satanas en persona.

Don Lope iba á la derecha, puesto que por cortesía le habia cedido don Juan, que, aunque altivo, no era tan extremado como don Tello.

Y acontecia que cualquiera, por perdulario que hubiera sido quien los hubiera visto, hubiera dicho que no era don Tello el que ocupaba el lugar preferente, sino que él y don Juan daban la derecha á don Lope, que á todas luces aparecia mucho más señor.

Iban detras los del rico-hombre de Alcalá.

Á seguida los cuarenta magníficos escuderos de don Lope, y despues los cazadores montados y las traíllas de don Juan.

—¿Aventura llamais,—dijo don Lope,—á vuestra llegada á casa del hidalguillo don Pedro? ¿De cuándo acá se puede tener por aventura el entrar á pedir de beber en un lugar habitado que se encuentra á mano?

—¿Sois hombre vos de aventurar una apuesta de gran cuantía, señor rico-hombre de Alcalá?—dijo don Lope con una voz extraña que, sin encarnar el desprecio, irritó á don Tello.

—¿En apuestas os meteis conmigo?—dijo el soberbio rico-hombre de Alcalá.

—¡Ira de Dios!—exclamó don Lope.—¿En cuánto estimais vos vuestra cabeza, don Tello?

—¡Ah! ¿Sabeis cómo me llamo?—dijo el rico-hombre, lanzando una grave y poderosa mirada á don Lope.

—Pues por supuesto,—dijo don Lope,—como

que yo no he venido á Alcalá mas que para visitaros, movido de vuestra fama.

—¿Y me preguntais en cuánto estimo yo mi cabeza?

—Cierto que sí.

—Quiero tomarlo á divertimiento. ¡El valor de mi cabeza! ¿Pues sabeis vos si hay tesoros en el mundo que á la valía de mi cabeza alcancen?

—Si vos creeis inapreciable vuestra cabeza, sea en buen hora. Pero veamos en cuánto apreciais la mia.

—¿Y qué quereis que yo os responda,—dijo el rico-hombre,—sino que hableis claro y os dejeis de preñeces? ¿Quereis acaso significarme que vos poseeis más haberes que yo?

—¿Cómo he de creer yo eso,—dijo don Lope,—cuando yo sé que todo el mundo sabe que vos os estimais más rico que el rey de Castilla?

—Decís bien: don Pedro, á pesar de que mata á sus tesoreros y les confisca los bienes, reina en un reino pobre, donde no hay mas que pigricia. ¡Qué diablo de rey don Pedro! Pues que le servís, decidle que cuando necesite un cuento de maravedises de oro, daréselo yo, y sin gabela.

—Pues, hermano de Alcalá,—dijo don Lope,—yo os apuesto dos millones de maravedises de oro contra vuestra cabeza, si, ganada la apuesta, no me pagais la cantidad antedicha en el término de tercero dia. Ya veis si os honro, puesto que estimo vuestra cabeza en un doble más de lo que

vos estais dispuesto á dar graciosamente al rey de Castilla, mi señor, si no el vuestro, á fin de que alguna vez se vea ese pobre rey con dinero.

—¿Sabeis,—dijo refrenando de repente su caballo el rico-hombre de Alcalá,—que me vais llenando el capacete de guijas?

—Seguid y oid,—dijo don Lope, sin cambiar su entonacion tranquila y volviendo su serena mirada al rico-hombre.

No sabemos cómo fué, pero don Tello siguió y oyó.

Don Juan tambien seguia y oia, y además callaba.

—Cuando se hace una apuesta,—dijo don Lope,—es por algo; y aquí entramos, caballero, en la cuestion de vuestra querella, que, á mi modo de ver, nace de esa hermosísima dama de la torre de Zulema, y por la cual, mi entrada en su casa ha sido para mí una aventura deliciosa, yo os lo aseguro.

—¡Eh! ¿qué?—exclamó el rico-hombre, mientras don Juan, cediendo á un espontáneo impulso de irritacion, daba un frenazo á su caballo.

—Fiar en mujeres,—dijo don Lope,—es fiar en el viento, cimentar en arena, pedir inmovilidad á las aguas del mar.

—¡Eh! ¿qué?—repitió el rico-hombre con el acento más acre y más irritado.

Don Lope metió las espuelas al caballo, que se encabritó.

—Voy á deciros lo que yo ví cuando entré en casa de ese hidalgo,—continuó don Lope.

Vuestro amigo, don Tello, tenía toda la actitud de un hombre que está en la casa de una mujer de quien se cree amado, y élla, la hermosísima doncella de los cabellos de oro, os miraba á vos, don Tello, como una mujer que, á su despecho, ama á un hombre.

—¡Eh! ¿qué?—dijeron á un tiempo don Lope y don Juan.

—No os altereis, caballeros, no hay por qué tanto,—dijo, siempre con acento reposado y naturalísimo, don Lope.—Entre vosotros ya no hay motivo de querella, porque los dos os habeis quedado de un mismo color.

—Explicad sin dilacion vuestras palabras,—exclamó, ya á punto de estallar, el rico-hombre.

—Sí, hablad claro, señor mio,—exclamó don Juan con la voz trémula de enojo.

—Pues todo está explicado, mis amigos, con deciros que el corazon de doña Estrella és mio; y aquí la apuesta. Si ese otro caballero, cuyo nombre ignoro, quiere tomar parte en élla, en buen hora.

—La tomo,—exclamó don Juan.

—¿Empeñando vuestra cabeza si no satisfaceis la suma?

—Mi cabeza, señor mio,—dijo don Juan,—está siempre desempeñada por mi espada.

—Y ¡ay de aquel,—exclamó el rico-hombre, ya

en entonacion homérica,—que crea que entre mi cabeza y yo no está la muerte!

Don Lope soltó una carcajada tan espontánea, tan natural, que sus dos interlocutores se quedaron sorprendidos.

Continuaba el extraño y poderoso influjo que don Lope ejercia sobre éllos.

—No tomeis á descortesía, amigos mios,—dijo don Lope con acento que hasta era cariñoso,—el que yo me haya reido; que no me he reido por despreciaros, sino porque, á la verdad, ésta es una cuestion que entre tres personas como nosotros, que, sin jactancia, no tenemos que rebuscar amores, no puede ser una cuestion seria. Se trata de la hija de un pobre hidalgo, así, lo bastantemente agraciada para que se la codicie, pero no hasta el punto de perder por élla la razon. Y en verdad que vosotros, sin duda más por amor propio que por amor á la rapaza, cuando yo llegué estábais á punto de acuchillaros por élla. ¡Locura! Seamos francos. Si no fuera porque yo me aburro, y cualquiera aventurilla que me sale al paso la cojo para entretenerme, ni áun siquiera hubiera reparado en esa hermosa doncella que os ha puesto á punto de destruiros. ¡La hermosura! La hermosura está en todas partes. ¿Qué importa poseer una y otra y otra hermosura, si incesantemente hermosuras que nos cautivan más, por la sola razon de que no las hemos poseido, se nos ponen delante de los ojos? ¡Bah! Quédese para los necios

el cifrar su felicidad en rendir su alma, el buscar su vida en una sola hermosura. Vengamos á lo que es razonable, caballeros; esa niña es una garza de rico plumaje, y por esa garza estamos empeñados tres halcones. Aquí la apuesta. Si yo soy el halcon que devora la garza, cada uno me pagais dos cuentos de maravedises de oro, y si no me los pagais, como el dinero es más serio que las mujeres, conmigo sois en batalla; que no soy yo un hombre que encargue á nadie el cobro de lo que le deben.

—Pues van apostados los dos cuentos,—dijo el rico-hombre.

—Yo no apuesto mas que por veinte mil maravedises,—dijo don Juan,—no por el miedo de que me pidais la cabeza por el resto, sino porque yo no contraigo empeños que no pueda satisfacer. Por lo demas, yo os digo, señor rico-hombre de Astúrias, y lo mismo á vos, señor rico-hombre de Alcalá, que si alguno de vosotros logra que le mire siquiera complaciente la que otorgada me está por esposa, y que por esposa tengo, cuestion será de que yo os arranque á vosotros el corazon ó vosotros me lo arranqueis á mí.

—Vos mentís como un villano,—exclamó el rico-hombre de Alcalá, volviéndose de improviso á don Juan.

—Y vos como un malandrin ladron,—contestó don Juan, revolviendo tambien su caballo.

—Ténganse, señores,—exclamó don Lope,—y

ved que ninguno estais en lo justo, y que, por consecuencia, no deben tomarse en nada las feas palabras que indebidamente os habeis dicho, porque la cuestion es ésta que á los dos os iguala; y dígoos yo que, mal que os pese, á quien ama doña Estrella es á mí.

—Mentís vos,—exclamaron á la vez el rico-hombre y don Juan.

—Vamos, estais verdaderamente locos,—contestó don Lope;—y como el loco por la pena es cuerdo, cuidando de vuestra salud, yo voy á volveros la razon al cuerpo. ¡Hola! ¡Álvar García de Sedano! agárrame á estos dos, llévamelos á uno de esos robles, desnúdalos y azótalos, á fin de que se curen de su locura.

Y no pudieron hacer nada ni don Tello ni don Juan.

Porque el atlético Álvar García, en el momento en que su señor fué provocado con el mentís del rico-hombre y de don Juan, lanzó su caballo con tal violencia sobre el del rico-hombre, que era un mediano rocin, que, no pudiendo resistir el empuje, rodó con su señor, dejándole cogido por el muslo izquierdo; y, rápido como una exhalacion, tendió su lanza sobre don Juan, que del varapalo cayó desapoderado en tierra.

Los del acompañamiento del rico-hombre y los cazadores de don Juan bien hubieran querido hacer algo.

Pero los cuarenta sayones, que así podian lla-

marse, del rico-hombre don Lope se dividieron en dos hileras, los cogieron en medio, y les entró tal pavor que no se atrevieron á decir palabra, permaneciendo inmóviles y sin dar ni áun siquiera muestra de enojo, de miedo de ser tratados como lo eran sus señores.

Alvar García se habia arrojado sobre el rico-hombre, que rugia de cólera, le habia arrebatado la espada y el puñal, y tirando de él bruscamente, le habia sacado de debajo del caballo.

Habian acudido otros cuatro escuderos del de Astúrias, y en un santiamen el rico-hombre y don Juan se encontraron desnudos.

La cólera no dejaba hablar al rico-hombre, y don Juan gritaba, debatiéndose entre las manos de aquellos formidables sayones:

—¡Vive Dios! que esto lo haceis porque os acorre más gente que la que nosotros traemos; y os aconsejo que aquí nos mateis, que de no, yo al ménos por mí lo digo, en las entrañas de la tierra habeis de meteros, y allí he de ir á buscaros para castigaros.

—Callad vos,—dijo don Lope;—que si no anduviérais al lado del rico-hombre de Alcalá, ó más vergüenza tuviérais y le hubiérais castigado por su insolente soberbia, no os viérais en el mal trance en que os veis; que yo no os buscaba á vos, sino á este hombre; que no puedo yo sufrir á quien diga que no hay otro como él en el mundo. Y digoos yo, el de Alcalá, que tan poca persona sois para zur-

rar á los receptores de tributos y á los alguaciles de los alcaldes del rey don Pedro, como lo sois para poneros delante de mí, aunque os auxiliase un ejército más grande que el que se necesita para tapar las llanuras de Castilla. Y oid lo que os digo: por primer advertimiento vuestros vestidos me llevo y en cueros os dejo en medio del camino; pero si de hoy en adelante, continuando vuestra soberbia, osais decir que para vos no hay rey ni Roque, ni ley ni santa María; y otrosí, si para vos no es respetable como si estuviera guardada por endriagos la hija del hidalgo de la torre de Zulema; y otrosí, si volveis á desobedecer las órdenes del rey vuestro señor, ó á cometer desacato contra cualquiera de sus ministros, chicos ó grandes, cuando ménos lo penseis junto á vos me veis, y no son ya vuestros vestidos los que me llevo, sino vuestro pellejo, para hacer con él una odre y colgarla en las almenas de vuestra torre señorial, llena de viento, para que vean esto los que por vuestro viento habian llegado á ser vuestros vasallos. Ea, y suéltenlos, y á Alcalá nos vamos, que el apetito me aprieta y esta aventura ha dado fin y remate.

Y arrancó con su caballo camino adelante.

Alvar García se fué á su caballo, metió en las alforjas los vestidos del rico-hombre, se sujetó en su talabarte la espada y el puñal del mismo y montó á caballo.

Otro de los escuderos hizo lo mismo con las ro-

pas y las armas de don Juan, y al fin aquellos cuarenta demonios siguieron á media rienda á su señor, que iba ya muy delante.

Quedáronse en medio del camino, no azotados, pero sí en cueros, el rico-hombre y don Juan.

Se miraron, y no hay medio de describir la expresion de sus miradas, que se chocaron terribles.

—¡Vos teneis la culpa,—exclamó el rico-hombre,—y me la habeis de pagar con vuestras entrañas!

—¡No! ¡la culpa es vuestra! ¡el trance en que me habeis puesto me lo habeis de pagar con el corazon!

—Vos os habeis atrevido á doña Estrella, sabiendo que yo la amaba,—exclamó el rico-hombre.

—Vos, en vuestra soberbia, habeis pretendido quitarme mi prometida,—dijo don Juan.

Estuvieron á punto de llegar á las manos en el ridículo estado en que se encontraban los dos antiguos amigos.

Sus gentes, acostumbradas á la servidumbre, ni áun tenían el pensamiento de interponerse.

Ahora bien, si ambos hubieran apellidado á los suyos, se hubiera librado allí mismo un combate, cuyo resultado hubiera sido difícil de prever, porque estaban equiparadas las fuerzas.

Pero contuvo al rico-hombre y á don Juan la paridad en que ámbos se encontraban en cuanto á la ofensa que sufrian, respecto al rico-hombre asturiano.

En el fondo debian ser, y lo eran, aliados.

Debian unir sus esfuerzos para vengarse de aquel insolente.

Así es que cada uno se dirigió á los suyos, se cubrieron tomando las prendas que necesitaron de las que vestian sus vasallos, recobraron sus caballos, cabalgaron, y mohinos y silenciosos tomaron el camino de Alcalá.

Pero al llegar á una arboleda cerca de la villa, don Juan dejó el camino, para meterse en la arboleda.

—¿Adónde vais,—dijo el rico-hombre, que se habia llevado un cuarto de legua sin hablar una palabra, así como don Juan.

—¿Qué?—dijo éste,—¿quereis que yo entre con este pelaje mientras sea dia claro en la villa?

—Teneis razon,—dijo el rico-hombre.

Y se dirigió tambien á la arboleda.

Se internaron en élla seguidos de los suyos.

—Don Juan,—exclamó el rico-hombre echando pié á tierra donde mejor le pareció,—nosotros debemos ayudarnos mutuamente.

—Ayudémonos,—dijo don Juan;—pero se me antoja que todo lo que pretendamos hacer será inútil. Yo os aconsejaria, si se os pudiera aconsejar, os alejáseis de Alcalá, por lo que os pudiera sobrevenir.

—¡Cómo! ¿me proponeis una fuga vergonzosa?

—¿Sabeis, don Tello, que se me figura que ese don Lope no se llama don Lope?

—¿Pues cómo creeis que se llama?

—Yo creo que se llama don Pedro.

—¿El rey?—exclamó, no abatiéndose, sino irguiéndose, el rico-hombre de Alcalá.

—Sí, el rey,—contestó don Juan;—pues qué, ¿no habeis visto lo lucido de su gente, lo magnífico de sus caballos, lo inmejorable de sus arneses?

—¡Bah!—dijo don Tello;—un rico-hombre palaciego, un cortesano sin vergüenza que se humilla al rey, y para lucir, por vanidad, malgasta su renta en todo ese lujo. Los ricos-hombres que conocemos nuestra valía, que sabemos que nuestros vasallos son nuestros vasallos independientemente del rey, que no tenemos ni áun la obligacion de pagarle tributos sino cuando queramos, no tenemos que humillarnos á señor alguno. Nosotros somos en nuestra tierra tan reyes como el rey lo es en los lugares realengos. Por mi parte, yo me desdeño áun de llamar primo al rey. Sobre mí no hay nadie mas que Dios, y yo mantendré mi derecho á todo trance.

—Ved, don Tello,—contestó don Juan,—que el rey es terrible, que sus fuerzas son incomparablemente mayores que las nuestras, y que yo no puedo dejar de aconsejaros, por vuestro bien, porque, aunque me habeis ofendido, me acuerdo de la buena amistad que nos hemos profesado, y no quiero que os acontezca alguna negra aventura.

—Dejadme á mí,—exclamó el rico-hombre,—

que si yo me sintiera capaz de tener miedo, á mí mismo me mataria avergonzado; y si es él rey, ya veis que con nosotros no ha hecho lo que del rey don Pedro se cuenta, pudiendo haberlo hecho, puesto que su gente era en mayor número y estaba mejor armada. ¡Ah! no; eso no ha pasado de ser un insulto de un hombre dejado de la mano de Dios; de un loco; y no ha pasado de ser un insulto, porque un atentado contra nuestra vida le hubiera puesto bajo las leyes del rey, que, por respeto á los ricos-hombres, á quienes necesita y sin los cuales nada sería, le hubiera castigado á sangre.

—Podrá suceder que yo me haya engañado,— dijo don Juan,—pero os aseguro que no las tengo todas conmigo.

—¿De manera que vos renunciais por vuestra parte á los amores de doña Estrella, solamente porque ese hombre os ha mandado que no volvais á poneros delante de élla?

—Eso es aparte, don Tello; habia de ser, como yo creo, el mismo rey, y yo no dejaria de buscar á doña Estrella, que es ya para mí como si fuera mi esposa.

—Pues yo no he de dejarla tampoco ni por vos ni por ese hombre.

—Hagamos un pacto, don Tello,—dijo don Juan.

—¿Y cuál?

—Bien sabeis que aunque yo en Alcalá no tenga

señorío como vos, tengo hacienda, y mucha, y como caballero que no puedo ser vuestro vasallo, y caballero de mayorazgo, tengo vasallos que no pueden serlo vuestros. Si contamos nuestros vasallos, allá nos vamos, don Tello; y si medimos nuestra hacienda, tambien nos vamos allá. ¿Qué haríamos, decidme, si un enemigo cualquiera acometiera la villa de que vos sois señor y en la que yo habito por juro de heredad, independientemente de vuestro señorío? El interes comun nos uniria para la defensa; unámonos, pues, y cuando hayamos castigado á ese insolente, volveremos á nuestra cuestion, á doña Estrella, y aquel que más pueda aquel la obtendrá. Entretanto hagamos pleito homenaje respectivo de no volver á ver á doña Estrella.

—Convengo lealmente en lo que decís,—exclamó el rico-hombre,—pero que esto no sea una artimaña para ganarme por la mano, aprovechándoos de la lealtad con que yo cumpliré mi palabra.

—Os juro,—dijo don Juan,—que yo no me acercaré á doña Estrella en tanto que no hayamos obtenido completa venganza de ese hombre.

—Pues si esta noche permanece ese hombre en Alcalá, nuestra venganza se cumplirá terrible.

—Francamente, don Tello, esos cuarenta hombres que don Lope lleva consigo no tienen para empezar con nuestros vasallos armados. Apénas si vos teneis veinticinco rocines, y yo no paso de otros

tantos. Es gente baldía y asustadiza, y nos exponemos á que don Lope nos venza en nuestra propia casa y aumente el escarnio que estamos sufriendo. Dejad, dejad; paciencia; esperemos y Dios dirá. Hay que espiar á ese hombre.

—Qué, ¿creeis que él no irá á la torre de Zulema en busca de doña Estrella?

—Dejadle venir, y cuando un dia le encontremos mal apercibido, ó á lo ménos en iguales condiciones, embestiremos con él.

—En buen hora,—dijo el rico-hombre de Alcalá. —Me parece bien vuestro consejo, y como ya va oscureciendo, tomemos el camino para la villa.

En efecto, montaron á caballo y se pusieron en marcha.

Se habian pasado el dia sin comer.

Pero de tal manera los habia alimentado la rabia, que no sentian necesidad alguna.

Poco despues de oscurecido entraron en la ya casi desierta villa, y, sin ser de nadie reparados, se fueron, el uno á su castillo, el otro á su casa.

CAPITULO IV.

ALGO ACERCA DE LO QUE ERA EL REY DON PEDRO, Y DE LO QUE VIÓ RONDANDO POR ALCALÁ.

Era, en efecto, don Lope Negramano el rey don Pedro I de Castilla, el Cruel ó el Justiciero, como mejor quieran nuestros lectores.

Andaba entónces el rey don Pedro recorriendo las principales poblaciones de su reino, levantando gente y captándose voluntades de ricos-hombres y señores, para emprender la guerra contra su buen primo el rey don Pedro el del Puñal, el IV, el Ceremonioso, rey de Aragon, conde de Barcelona, señor de Mompeller, etc., etc.

Su excursion iba produciendo excelentes resultados al rey don Pedro.

Cuando llegó á Madrid, convocó á todos los ricos-hombres de la tierra, para manifestarles sus

propósitos, y pedirles le acompañasen con las gentes que pudiesen á su nueva empresa.

Asimismo les pidió un servicio de dinero, que los grandes se apresuraron á ofrecerle.

Pero, habiendo echado de ménos al rico-hombre de Alcalá, preguntó por él, y si por acaso sabian si por estar enfermo no habia acudido á su llamamiento; á lo que los ricos-hombres allí presentes, todos los cuales estaban ofendidos de la soberbia del rico-hombre de Alcalá, le contestaron diciéndole lo que el rico-hombre de Alcalá era, y que de Dios abajo no reconocia señor á quien prestar obediencia.

Callóse don Pedro.

Llamó á su tesorero, Samuel Leví, y le mandó enviase su receptor al rico-hombre de Alcalá para cobrarle los tributos que á la corona debia, y á más el servicio que le correspondia para la empresa que se preparaba.

Ya sabemos lo que sucedió.

El receptor volvió apaleado y con el irreverente mensaje que ya sabemos.

El rey calló.

Poco despues uno de los alcaldes de su casa y corte se le presentó, quejándose en justicia del rico-hombre de Alcalá, que habia tambien maltratado al ministro de justicia que se habia enviado á la villa á prender á un malhechor.

El rey dió entónces órden á uno de sus escuderos de maza, á Alvar García de Sedano, de que

inmediatamente se armasen y cabalgasen, como para entrar en batalla, cuarenta de los más bravos ballesteros, y tomó el camino de Alcalá, y, acometido por la sed, entró, como sabemos, en la casa del hidalgo don Pedro.

Ya hemos visto con cuánta serena grandeza, con cuánta calma, don Pedro habia sufrido al ricohombre de Alcalá, y de qué manera le habia castigado en un momento de irritacion, en que no habia podido contenerse.

Pero si hasta entónces don Pedro habia tenido dominio sobre sí mismo, no lo habia tenido, aunque habia ocultado completamente su emocion, para librarse del candente efecto que habia causado en su alma la cándida hermosura de doña Estrella.

Estaba don Pedro por aquel entónces ya viudo, tanto de doña Blanca de Borbon como de doña María de Padilla.

Quedaba, en verdad, una dama que se daba título de reina: doña Juana de Castro.

Pero esto importaba muy poco á don Pedro, que habia estado casado á un tiempo con tres mujeres, incluyendo la sobredicha doña Juana.

La emocion que en don Pedro habia causado doña Estrella habia sido extraordinariamente profunda.

Sin pretenderlo, la jóven habia hecho nacer en el corazon del rey un sentimiento intenso, delicioso, puro y candente á la par.

El rey don Pedro, que era un tirano perfecto, que no conocia más Dios ni más ley que su voluntad, no era hombre que se detuviese en dificultades ni midiese la desigualdad de rangos.

Habia codiciado muchas mujeres.

Las habia obtenido.

Podia decirse que sólo habia amado á doña María de Padilla.

La muerte de ésta, que sólo databa de hacía dos años, habia dejado en su corazon un inmenso vacío.

Pues bien, don Pedro sintió que este vacío se llenaba de improviso á la vista de doña Estrella.

Y, conociéndose como se conocia, vió que aquel nuevo amor no podia satisfacerle sino con un amor completo, legítimo, que en nada empañase, que en nada hiciese desmerecer, ni á sus propios ojos ni á los de nadie, aquella dulce jóven que tan sin pretenderlo se habia apoderado de su alma.

Don Pedro era vehementísimo.

Por consecuencia, se impresionaba de una manera poderosa y rápida.

Así es que, cuando salió de la casa del hidalgo, llevaba ya un enamoramiento mortal de doña Estrella.

Además, doña Estrella, á pesar de aquel que habia creido amor por el rico-hombre de Alcalá, se habia sentido poderosamente impresionada, como ya lo hemos manifestado, por el rey, y, sen-

cilla y cándida, no habia podido disimular, ni lo habia querido, ni áun habia pensado en ello, la poderosa emocion que el rey en élla habia causado.

El rey, al partir para Alcalá, no habia pensado en manera alguna en sostener por mucho tiempo su incógnita.

Si habia mandado á sus ballesteros se pusiesen una cota de armas con un blason convencional, habia sido temeroso de que si, como de costumbre, sus ballesteros hubiesen llevado al pecho el blason de Castilla, hubiese podido ser advertido el rico-hombre de Alcalá.

Aquello era un medio para penetrar sin dificultad en el castillo del rico-hombre.

Tal irritacion habia causado éste con su insolencia en don Pedro que don Pedro habia ido en persona á castigarle.

Pero cuando, por su encuentro con doña Estrella, se habia enamorado de ésta, el rey se alegró de su incógnito, y se propuso mantenerle, ansioso de experimentar hasta qué punto le correspondia doña Estrella.

No queria que nada la deslumbrase, sino que, colocada entre dos ricos-hombres en iguales circunstancias, se decidiese por aquel á quien se inclinase su corazon.

Don Pedro queria ser amado por sí mismo.

Por esto conservó su incógnito, y dió á su burla contra el rico-hombre de Alcalá y don Juan

el carácter de la injuria de un igual en calidad y fortuna.

Don Pedro fué á dar en la hostería del Lobo Blanco, donde se le recibió con un gran rendimiento, porque no era para ménos un tan gran señor que se presentaba con una tan lucida gente.

Tomó para sí toda la hostería el rey, que, por ser Alcalá pueblo de poco tránsito, estaba casi sin huéspedes; comió, se encerró en un aposento, y, al cerrar la noche, siguiendo su antigua costumbre de rondar, para ver en qué estado de órden se encontraba la poblacion donde paraba, y, más que por esto, por amor á las aventuras, mandó á Álvar García de Sedano le diese un tabardo oscuro, un birrete oscuro tambien, y le acompañase.

Se apercibió muy pronto el rey don Pedro de que en Alcalá habia una gran licencia; que las tabernas estaban abiertas cuando debian estar cerradas; que las gentes, en vez de recogerse para levantarse temprano á sus tareas, andaban de huelga y dando escándalos, y que pululaban por todas partes mujeres deshonestas.

Esto era natural.

El señor de Alcalá era un libertino, y habia hecho un lupanar de la villa de su señorío.

En don Pedro se realizaba un fenómeno.

Atropellado, violento, antojadizo, impuro, desordenado, libertino, capaz de todo por satisfacer sus deseos, no podia sufrir en los demas las fal-

tas ó los excesos en que él incurria á cada paso.

Para gobernar á sus vasallos, usaba de una rectitud cruel, y castigaba en éllos faltas que cometia, sin reprendérselas á sí mismo.

Le irritó la licencia de Alcalá.

En dos ocasiones, él y Álvar García se tropezaron con riñas, y en las dos riñas quedó un hombre muerto, y los homicidas se retiraron tranquilamente, sin miedo alguno, como quien hacía cosa por la cual no esperaba ni podia esperar castigo.

Es más, estos homicidios habian sido alevosos, porque se habian cometido por tres ó cuatro hombres sobre un hombre á quien nadie auxiliaba.

Dejó pasar el primer lance don Pedro.

Pero al segundo, al ver el asesinado, no pudo contenerse y dijo á Álvar García:

—Cógeme á esos.

Álvar García se fué hácia los asesinos tranquilamente, como si se hubiera ido hácia una buena moza, y les intimó se dieran presos.

Pero aquellos hombres le contestaron con una carcajada de escarnio, y acometieron espada en mano los tres á un tiempo, por desventura suya, á Álvar García.

Tiró éste una estocada, de que resultó uno muerto.

Le hendió á otro el cráneo hasta las narices, y como el tercero se pusiera en fuga, le siguió, le alcanzó á los cinco pasos, le cogió por el cogote y le tiró al suelo.

Fieras de esta especie eran la mayoría de los ballesteros de maza del señor rey don Pedro.

—Aquí le teneis vivo, señor,—dijo Álvar García;—que no le he enviado á cenar con el diablo, como á los otros, por si quereis hacerle alguna pregunta.

Cuando don Pedro iba de ronda con algunos de sus ballesteros, sabian éstos que no debian darle tratamiento.

Mandó don Pedro á aquel hombre se pusiera de pié; le interrogó, y sacó en claro que en el señorío de Alcalá faltas, delitos y crímenes se redimian por dinero.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo, el rico-hombre de Alcalá habia hecho un fuero especial para su señorío.

De una paliza á muerte dada por un vasallo del rico-hombre á otro vasallo suyo, escapaba el apaleador con una multa de cuatro maravedises de plata.

Si se trataba de un robo y el ladron era cogido, con dar al señor la mitad de lo robado, quedaba exento de culpa y autorizado para conservar la otra mitad.

El adulterio era cosa de poco momento.

Si el marido se quejaba, algunos maravedises de plata eximian al delincuente.

Si, irritado por los celos y por la honra ofendida, asesinaba á su ofensor, se iba á don Tello, le contaba el caso, le entregaba diez maravedises de

oro y quedaba en aptitud para cometer el crímen que mejor le conviniese, con arreglo á tarifa.

Don Tello no hacía en esto nada de más.

Conservaba una antigua costumbre feudal, ó más bien mantenia fueros, ya en desuso, que habian estado en ejercicio en ciertos señoríos, particularmente en Galicia, en Astúrias, en Cataluña y áun en Castilla; leyes infames que la civilizacion habia abolido.

¿Y qué mucho?

¡Pues qué! ¿no tenian los señores derecho de vida y muerte sobre sus siervos de la gleba?

Pero esto habia pasado, á lo ménos en Castilla.

El progreso inevitable habia abolido muchas leyes bárbaras, habia acrecido el poder de los reyes, y ya los pobres siervos encontraban algo de proteccion en el fuero real.

En cuanto á violencias á solteras, desacatos y atrevimientos de todo género, los vecinos de Alcalá tenian carta blanca.

De manera que se encontraban reducidos á una especie de estado salvaje, en que cada cual, para defenderse, no tenía más garantía que sus propios puños.

—Pues por esta vez,—dijo el rey á Álvar García,—no han de valerle á éste los diez maravedises de oro. Despáchale, y adelante.

Álvar García sacudió un reves en el cuello á aquel miserable, y rey y ballestero continuaron su ronda.

De improviso una pobre mujer, que llevaba en los brazos un niño que lloraba de hambre, se acerco al rey, y le dijo:

—¡Una limosna por amor de Dios, señor mio! ¡Mi hijo se muere!

—Seguidme,—dijo el rey.

Y, dando ya por bastante lo que habia rondado, se volvió á la hostería, seguido de aquella pobre mujer.

CAPÍTULO V.

EN QUE SE DICE LO QUE HIZO DON PEDRO ÁNTES DE SALIR DE ALCALÁ, Y CÓMO SE QUEDÓ CERCA DE ÉLLA.

Se trataba de una jóven como de diez y ocho á veinte años.

Su traje aparecia miserable por lo gastado, roto y deslucido.

Pero tenía el corte de los trajes de las damas.

En toda élla, á pesar de su miserable estado, se notaba una gran distincion.

El estado de flacura en que se encontraba no amenguaba su grande hermosura.

Por el contrario, la hacía más grande y más conmovedora.

Sus grandes y febriles ojos negros lucian más á causa de lo pálido de su semblante.

Sus cabellos, negros tambien, abandonados en

desórden, aumentaban el efecto de aquel hermoso semblante, en que aparecia la expresion de un dolor intenso, insoportable.

El niño, en verdad, estaba exánime.

No era aquella ocasion de interrogar á la desgraciada, sino de socorrerla.

Don Pedro hizo se buscase inmediatamente un médico, y que se llamase una mujer para que cuidase á los dos enfermos.

Acudió la mujer del hostalero.

Pero al reconocer á la pobre jóven, se negó rotundamente á socorrerla, y áun añadió que ninguno de los tres médicos que en la villa habia se atreveria á auxiliarla.

—¿Y por qué esto?—preguntó don Pedro.

—Porque traeria sobre nosotros la cólera del rico-hombre de Alcalá.

—Pues vive Dios,—exclamó don Pedro,—que en el momento habeis de socorrer á esa desventurada, ú os cuelgo á vos y á vuestro marido.

—Ved lo que haceis, caballero,—exclamó el hostalero,—qué aquí no hay más voluntad que la de don Tello, y que el mismo rey habíais de ser vos y no os obedeceríamos.

—Alvar García,—dijo el rey don Pedro,—que la gente tome las avenidas de esta casa, y tú, sin dejar salir á los que en élla hay, la préndes fuego. Venid, señora mia,—añadió presentando su mano á aquella desdichada,—que yo os juro no ha de faltar quien os socorra.

Como la hostalera habia visto que los cuarenta escuderos de aquel señor eran todos terribles, malencarados, aviesos, de pocas palabras, y por su apariencia capaces de destruir é incendiar la villa, entró aterrorizada, se arrojó á los piés de don Pedro y le dijo:

—Yo, señor, soy caritativa; y ya hubiera yo socorrido á doña Ines ántes de que vos llegárais, si me hubiera atrevido á tanto, porque habeis de saber, señor, que el rico-hombre la ha sentenciado á morir de hambre con su hijo, prohibiéndonos á todos sus vasallos que la socorramos, so pena de ser muertos por traidores.

—¿Y quién es el rico-hombre de Alcalá para atreverse á tanto?—exclamó don Pedro;—¿y cómo vosotros, infames y cobardes, no os habeis rebelado contra él y le habeis muerto? ¿Cómo, en fin, no habeis acudido al rey pidiéndole justicia?

—El rey no puede nada contra el rico-hombre,—dijo la hostalera.

—Pues yo os digo que, sin ser yo el rey, tanto ó más que el rico-hombre de Alcalá puedo, como que yo os juro que no habeis de tardar en verle castigado por mi propia mano. En fin, socorred en el momento á esta desdichada, ó con vuestra casa y con vuestra familia ardeis, sin que os valga para libertaros todo el poder de vuestro rico-hombre.

Y sabía la hostalera que todos los escuderos ú hombres de armas del rico-hombre, juntos con los de don Juan su grande amigo, no eran cosa que

sirviese para resistir á los cuarenta demonios con que se habia metido en la villa aquel caballero que tan tieso hablaba, y que, á pesar de ser hermoso, tenía una cara que metia miedo.

En efecto, los magníficos ojos de don Pedro arrojaban relámpagos de muerte, y le temblaba la barba, señal clara de su cólera.

—Sí, sí, yo la socorreré, señor,—dijo la hostalera,—yo la socorreré, la socorreremos todos; pero por Dios, señor, no nos dejeis desamparados, que si el rico-hombre sabe que hemos socorrido á doña Ines nos matará.

—No os matará,—dijo don Pedro,—que con élla y con vuestra familia os sacaré de la villa cuando de la villa salga, que será ántes del amanecer.

—¿Y nuestra hacienda, señor?

—Hacienda tendreis, y sobrada, en mi señorío, y mejor que la que por el momento perdais; que por el santo nombre de Dios yo juro que no ha de continuar mucho tiempo el rico-hombre siendo el tirano de Alcalá.

—Pero, ¿quién sois vos, señor, que os atreveis á tanto?—exclamó el hostalero.

—Yo soy el diablo,—respondió el rey.

En resúmen, se socorrió á doña Ines.

Vino un médico, al cual don Pedro se vió obligado á aterrar, como á los hostaleros, y declaró que á pesar de que era grave el estado de la madre y del hijo, podian ser trasladados á Madrid en una litera.

Don Pedro mandó que la litera se buscase, y dijo tanto á los hostaleros como al médico que, puesto que tanto temian quedarse en la villa, se preparasen para seguirle pasada una hora, con sus familias y los objetos de valor que pudiesen llevar consigo.

Se preparó todo.

La hostería estaba en silencio y oscura.

Exteriormente podia creerse descuidados á los que dentro de la hostería estaban.

Pero velaban todos los ballesteros de maza al pié de sus caballos, agrupados en el patio.

De improviso el hostalero se presentó á don Pedro y le dijo:

—Por las casas inmediatas han pasado á los tejados de la hostería y han penetrado en el granero algunos hombres armados de los del señor.

—¡Ah, los infames traidores!—exclamó don Pedro;—nos han creido descuidados y vienen á sorprendernos. ¡Sus, Alvar García! ¡á éllos, hijo! escarmiéntalos; mata los que puedas; ahuyenta á los otros y en seguida en marcha.

Alvar, con una media docena de ballesteros, acudió al lugar por donde se acometia la casa.

Se oyó ruido de espadas, ayes de moribundos.

Dos ó tres hombres cayeron del tejado al patio, y á poco sobrevino un profundo silencio.

Don Tello y don Juan habian convenido en enviar á algunos de sus escuderos para que asesinasen á aquel terrible hombre que los habia injuriado.

Si era el rey, ¿qué importaba? Mejor.

La tranquilidad y la oscuridad que en el exterior mostraba la hostería los habia engañado.

Perecieron seis ú ocho.

Huyeron los otros.

Cuando Alvar García y sus compañeros volvieron, don Pedro se puso en marcha con su gente, llevando consigo al hostalero y al médico con las familias de ambos, y además á doña Ines y á su hijo en una litera.

Al llegar á la puerta de la villa, los hombres que la guardaban opusieron dificultades.

Alvar García se encargó de éllos, les quitó las llaves con las vidas, abrió y salieron.

Ya muy avanzado el dia, Alvar García con veinte escuderos y los protegidos del rey entraban en Madrid.

El rey don Pedro, con otros veinte ballesteros, se habia quedado cerca de Alcalá, á las márgenes del Henares, en un molino.

Allí se habia ocultado.

El molino estaba fuera de camino.

Pero aunque no lo hubiera estado, nadie hubiera podido saber que en él se ocultaba el rey don Pedro con veinte de sus ballesteros hidalgos de maza.

CAPÍTULO VI.

DE CÓMO EL REY DON PEDRO ERA HOMBRE QUE NO SE PARABA EN INCONVENIENTES PARA SATISFACER SUS PASIONES.

Se veia desde el molino, allá en lo alto de la cuesta de Zulema, la casa fuerte del hidalgo don Pedro, á la luz de una luna clarísima.

Apénas don Pedro, comprando con oro é imponiéndose con amenazas á los molineros, se aposentó en el molino y ocultó en él á su gente, cuando, tomando un laud que en el molino habia, se fué solo, y á guisa de trovador, á la torre de Zulema.

Pero como don Pedro no habia dicho á ninguno de sus ballesteros de maza le acompañase, éstos, que le eran lealísimos y que le adoraban, le fueron siguiendo á distancia, recatándose de él, ocultándose en las ondulaciones del terreno.

Pero habiendo dejado cuatro de éllos para que retuviesen á las gentes del molino y no pudiesen avisar á Alcalá.

Llegó don Pedro á lo alto de la cuesta.

Despues, junto al muro mocho de la casa fuerte, le salvó con suma facilidad y se acercó á la casa.

Por una de las ventanas del piso bajo se dejaba percibir una luz á traves de los resquicios de las maderas.

¿Quién podia velar á aquellas horas en la casa del hidalgo?

Don Pedro se acercó, y mirando al interior por una de las junturas, vió parte de una estancia.

En aquella parte habia un reclinatorio, en el cual, alumbrando una imágen de talla de la Vírgen, ardia una lámpara.

Arrodillada delante del reclinatorio, dejando ver su perfil bellísimo, estaba doña Estrella.

Rezaba sin duda.

Cuando á tan altas horas de la noche rezaba, era evidente que su pensamiento habia estado combatido por una idea fija, y que no habia podido descansar, que habia sufrido, que habia abandonado, en fin, el lecho, para buscar en la oracion, en la adoracion á Dios, un consuelo á sus penas.

Habia más aún.

Estaba completamente vestida.

¿Para qué se habia vestido, si estaba segura, ó debia estarlo, de que nadie podia verla?

Indudablemente doña Estrella no se habia desnudado.

Se habia retirado á su cuarto preocupada, inquieta.

Sólo la influencia de una gran pasion podia determinar un tal resultado.

Don Pedro la habia visto estremecida bajo su mirada, ya encendida, ya pálida, fija por intervalos la mirada en el suelo, ó enamorada y fija en él con un asombro delicioso.

Doña Estrella estaba, pues, enamorada del rey.

Éste no podia dudarlo.

Y el rey se sentia violentamente impresionado, satisfecho, de una manera más grave de lo que él hubiera querido, de aquella sencilla criatura.

No recordaba don Pedro una mujer que le hubiera dado más paz en el alma, que más dulcemente y de una manera más intensa le hubiera atraido.

Ni áun la difunta doña María de Padilla, que habia sido el amor de los amores del rey.

Don Pedro, vivamente sensual, que divinizaba en las mujeres la materia, sentia, alegrándose de ello, que el enamoramiento que le inspiraba doña Estrella se relacionaba vivamente con su espíritu.

Gozaba lo que nunca habia gozado: la pasion del alma, sin mezcla alguna de materia corrompida.

Para aquellos amores estaba completamente vírgen el alma de don Pedro.

Don Pedro, sin embargo, se conocia demasiado.

Toda aquella pureza, que era bastante por el momento para hacerle gozar de una manera inefable el sentimiento de aquel amor puramente ideal, puramente espiritual, debia ser bastardeada muy pronto por el ansia por lo candente, por la avaricia de ser amado en cuerpo y alma.

La nitidez de los amores de don Pedro por doña Estrella habia sido instantánea.

Á poco de estar observando por la rendija, aquel sentimiento, puramente abstracto, inexplicable, se habia ido concretando.

Muy pronto don Pedro reparó en que no podia darse una cabellera más bella en su agrupacion en largas y pesadas ondas sobre aquella bellísima cabeza de niña, de perfil correcto y gracioso, con una fuerza de pureza en las líneas inconcebible, extraordinaria, sostenida por una garganta larga, elegante, mórbida, nacarada, de una modelacion tan delicada como robusta y poderosamente sensual.

Los velados hombros, el seno, el talle, todo esto iba labrando en don Pedro un hambre que no destruia lo íntimo, lo inmaterial que le inspiraba el alma pura, dulce, poética, misteriosa que se manifestaba en las miradas, en la fisonomía, en el sér entero de doña Estrella.

—¡Ah, poder de Dios,—exclamó el rey,—que, buscando un miserable para castigarle, he dado en la mejor aventura de toda mi vida! Hé aquí

que el ángel, el sér superior que yo he soñado sería bastante para satisfacer mi sed de amor, y que yo creia imposible, se me presenta de improviso; y hé aquí que es tal el encanto que ese arcángel de luz ejerce sobre mí, que se me figura que élla es algo mio que pertenece á mi sér; algo que, ántes de ser, yo he amado y á que he estado unido en la eternidad. ¡Oh! Podré engañarme, podrá esto ser un sueño; pero la verdad es que estoy contento como no lo he estado jamás; que soy feliz como no esperaba serlo; que me parece que soy un elegido del Señor para encontrar sobre la tierra venturas que sólo pueden suponerse en el cielo.

En aquel momento, y como si la mirada del rey, que á traves de la rendija continuaba posada en doña Estrella, hubiese llamado la mirada de ésta, doña Estrella se volvió y don Pedro vió en los dilatados, en los lucientes ojos de la jóven algo infinito, algo de más allá de la vida.

Pero esta mirada de doña Estrella sólo duró un momento.

Dejó de mirar en la direccion del rey, y se volvió al libro de rezo, dejando ver de nuevo al rey su perfil encantador.

Don Pedro ardia en deseos de aproximarse á doña Estrella, de hablarla, de oirla.

Y era necesario llamarla la atencion.

Don Pedro dejó de mirar por la rendija; se irguió, requirió su laud y se puso á templarle.

Á la primera vibracion de las cuerdas, doña Es-

trella volvió la cabeza hácia la ventana y se estremeció.

Don Pedro era muy músico y un poco poeta.

¿Y qué caballero bien educado en aquellos tiempos no era un tanto trovador?

Muy pronto don Pedro afinó el instrumento y empezó á tañerle de una manera diestrísima.

Cantaba, gemia, suspiraba el laud.

Era una improvisacion que el rey ejecutaba distraido en el sentimiento de su amor á doña Estrella.

Y parecia como que la situacion de su alma, pasando por sus dedos, se comunicaba al laud y le prestaba una armonía sentida, insinuante, conmovedora, seductora.

Don Pedro, que miraba á la ventana esperando á que se abriese, notó que se apagaba el reflejo de la luz del interior que ántes se percibia por las rendijas de la vieja madera.

Indudablemente doña Estrella habia apagado la luz.

Esto significaba que queria llegar á la ventana, abrirla silenciosamente, y, protegida por la sombra de la noche, observar sin ser vista al músico.

Don Pedro continuaba con la mirada fija en la ventana, con toda su vida en sus ojos y en sus oidos.

Pero pasó algun espacio y nada sintió, nada vió.

Si doña Estrella habia abierto la ventana, lo ha-

bia hecho de una manera completamente silenciosa.

Don Pedro continuaba tañendo dulcísimamente, y piano, muy piano, pianísimo, su laud.

No parecia sino que pretendia que nadie le oyese mas que doña Estrella; que el sonido de su laud no llegase á aquellos que debian reposar en las habitaciones más separadas.

Esperó don Pedro á que un indicio cualquiera le revelase si doña Estrella estaba en la ventana, abierta ó no.

Y no tardó este indicio.

Porque, á pesar de la tenue vibracion del laud, llegó hasta don Pedro un profundo suspiro, uno de esos suspiros que se escapan del alma ántes de que la razon ó la conveniencia puedan contenerle.

Don Pedro dejó de tañer.

Se puso el laud bajo el brazo y se acercó á la ventana hasta tocarla.

Entónces, á pesar de la oscuridad de la noche, y á causa de la blancura del traje de doña Estrella, distinguió, aunque confusamente, su bulto.

—¡Ah, que ahí estais, señora mia!—la dijo con aquel su acento galante, conmovido, persuasivo, respetuoso, y al par audaz, que tan peligroso hacía á don Pedro para las mujeres.

—He oido el laud,—contestó despues de algunos segundos de silencio y como de duda, con la voz tímida y entrecortada, doña Estrella,—y he creido que érais vos.

—¿El rico-hombre de Alcalá? ¿No es esto, señora mia?—dijo el rey.

—Si lo hubiera creido,—dijo doña Estrella,—vuestra voz me haria conocer claramente que no era él; pero no lo he creido cuando sólo oia la voz de vuestro laud. Yo no puedo explicaros por qué, pero os he conocido ántes de que me habláseis. Bien sabía yo que érais ese caballero que hoy ha llegado á nuestra casa, muy á punto por cierto para evitar que nuestra casa fuese injuriada con un lance que dos caballeros honrados sólo pueden tener en campo abierto.

—Teneis razon, señora mia,—dijo don Pedro;—el que falta á los respetos que se deben á una casa tan honrada como la vuestra faltará á todos los respetos del mundo. Y decidme: ¿si hubiérais creido que era el rico-hombre de Alcalá el que cerca de vos tañia su laud, os hubiérais asomado á la ventana?

—No,—contestó de una manera breve y altiva doña Estrella.

—Pues, ó yo entiendo poco de achaques de amores,—dijo don Pedro,—ó cuando yo entré vos os mostrásteis inquieta, como se inquieta una mujer que ama al ver en un lance grave al hombre de su amor, y vuestra inquietud era indudablemente por el rico-hombre de Alcalá.

—Puede ser,—dijo doña Estrella;—pero despues no era inquietud lo que yo sentia por don Tello; no, yo no sentia nada. Me parecia que ni

conocia á don Tello ni á don Juan: yo no sé lo que por mí pasaba. Yo temia que, en vez de salvarse aquel lance enojoso, se hiciese más y más grave.

—Es decir,—exclamó el rey,—vos conoceis sin duda lo temerario de la soberbia del rico-hombre, y recelábais que yo estuviera en peligro.

—¡Ah, señor! ¡yo no he dicho eso!—exclamó con un acento en que acrecia su timidez doña Estrella.—Es necesario que sepais que no sé mentir, que no sé ocultar lo que siento. Os repito que desde que entrásteis vos, y desde que os ví, yo no ví ni á don Tello ni á don Juan, ni á mi padre, ni á mi dueña. No veia mas que á vos, y yo no sé lo que sentia; no puedo explicármelo; por consecuencia, no puedo decirlo. Si yo hubiera creido que era don Pedro ó don Juan el que el laud tañia cerca de mi aposento, yo no hubiera venido á la ventana, ni sé tampoco por qué á la ventana he venido: ha sido un impulso; yo no queria que me sintiéseis; yo sé bien que al acercaros he debido retirarme y cerrar la ventana. Pero no lo he hecho. ¿Y por qué? No lo sé. Me habeis hablado, y no he debido responderos. ¿Por qué os he respondido? No lo sé tampoco. Nada de lo que os estoy diciendo debia deciros, y no sé por qué os lo digo; ó sé demasiado, señor, por qué os digo todo esto: os lo digo porque os conozco, porque os creo noble y grande y generoso y caballero; yo os suplico, señor, os aparteis de aquí, os ale-

jeis y no volvais más, porque os amo y no puedo ser vuestra esposa.

Aturdióse don Pedro.

Nada tenía ya que decir para lograr una confesion del amor que él sabía ya sentia por él doña Estrella.

Esta misma ingenuidad de doña Estrella le asustaba.

Era la ingenuidad de un alma fuerte.

Acreciósele á don Pedro de una manera inconmensurable el sentimiento que doña Estrella le hacía experimentar.

—¿Que no podeis ser mi esposa?—exclamó.—¿Es decir que no podeis librarme de una desesperacion horrible?

—Dejad en paz, señor, á la pobre criatura que habeis encontrado en vuestro camino y que ningun mal os ha hecho.

—Pero ¿quién creeis que soy yo?

—El rey,—contestó sin vacilar doña Estrella.

—¡El rey! ¿Y quién os lo ha dicho?

—Vuestro semblante, vuestra persona.

—¡Cómo! ¿Me conoceis?

—Sí, señor.

—¿Habeis, pues, estado en la corte?

—No, señor, nunca,—contestó doña Estrella;—he nacido en Illescas, en el reino de Toledo; allí me he criado, allí he vivido hasta hace poco tiempo, que me trajo aquí mi padre, por haber heredado á un pariente nuestro. Yo no conozco más

tierra que la que hay desde Illescas á aquí, y de aquí á Alcalá.

—Pues yo, señora mia, nunca he estado en Illescas,—dijo el rey;—y en cuanto á estos sitios, es la primera vez que á éllos vengo. ¿Cómo, pues, me conoceis hasta el punto de no haber dudado? ¿Ó es que en la manera que yo he tenido de hablar delante de vos al rico-hombre de Alcalá habeis adivinado por sutileza de inteligencia que yo era el rey?

—Os repito, señor, que nunca he mentido,—respondió doña Estrella,—y no mentiré jamás, aunque en ello me vàya la vida. Voy á deciros por qué y cómo os conozco, aunque nunca os he visto.

—Si anduvieran retratos mios por el mundo, comprendo que me conociérais, señora,—dijo el rey;—pero las tablas en que yo me he hecho representar están en mis alcázares, en los cuales vos no habeis entrado; y un busto mio, que recuerda cierta aventura de mi vida, está donde jamás vos habeis estado, allá en la Andalucía, en Sevilla, en la esquina de una calle que ántes se llamaba de Pero-Gil, y que ahora se llama calle de la Cabeza del rey don Pedro.

—Oidme,—dijo doña Estrella,—y vereis cómo he podido conoceros.

Un dia (era el amanecer), al abrir mi dueña la puerta de la calle para ir á misa conmigo, cayó dentro del portal exánime una pobre jóven, una gitana.

—¡Una gitana!—exclamó el rey.

Y se estremeció.

En aquella frase doña Estrella habia concretado uno de los recuerdos que de tiempo en tiempo molestaban la conciencia del rey.

—Sí,—dijo doña Estrella,—una gitana de catorce á quince años, y de esto, señor, aún no han pasado dos meses.

—Continuad, señora, continuad,—dijo el rey.

—¡Bah! ¿no sabeis la historia?

Jacinta, desesperada, habia salido de Madrid. Habia tomado por un camino.

Le habia seguido.

Habia mendigado.

Habia llegado de noche á Illescas, cansada, enferma, desesperada.

Habia encontrado una puerta cuando la faltaron las fuerzas.

Se habia sentado en su dintel.

Habia perdido el conocimiento al rigor de su desventura; cuando la faltó la puerta que la sostenia, cayó.

La recogimos.

Mi padre siempre ha sido caritativo.

La guardó en casa.

Se llamó á un médico.

Se la cuidó.

Se la volvió á la vida.

¿Qué ha sido de élla?

No lo sé. Cuando recobró la salud partió, par-

tió tranquila. Parecia curada, sinó completamente del alma, lo bastante para que el dolor de su alma no la matase.

—Yo no miento tampoco, señora,—dijo el rey;—ni sé disculparme de lo malo que hago, ni por lo que hago bueno pido elogios.

Yo encontré á Jacinta en Madrid una noche de aventuras.

Me enamoró.

La enamoré.

Pretendió esclavizarme á sus amores.

Me resistí.

Pasó.

—¡Perdida y desventurada!—exclamó doña Estrella.

La jóven crecia más y más á los ojos de don Pedro.

—En fin, señora,—dijo éste,—élla era violenta, antojadiza.

Se alejó.

Yo la perdí de vista.

Yo no la hubiera abandonado.

Y me huelgo en gran manera de lo que me habeis dicho; que salió de vuestra casa curada del cuerpo y del alma.

—¡Dios la favorezca!—dijo doña Estrella.—¿Quién sabe lo que una criatura, cuando es altiva, guarda en su corazon? En fin, señor, élla me contó su lamentable historia.

Y como yo la preguntase, curiosa de saber cómo

era el rey, por vos, por vuestra figura, por vuestra persona, me lo dijo de tal manera, con tales señales, cabellos, color, ojos, boca y estatura, y con tal encarecimiento y pintándome de tal manera lo peligroso que para las mujeres érais, que yo desde entónces pensaba en vos y deseaba conoceros, á pesar del peligro de que me habia hablado Jacinta. Porque decia yo: «¡Pobre de mí! ¿Y qué peligro puedo correr en conocer al señor rey?» Cuando de improviso os ví, conocí el peligro, como le conozco ahora; os reconocí, señor, y temblé. No, no porque mi honra esté en peligro por vos, yo os lo aseguro, sino porque habeis conturbado mi alma. Así, señor, yo os lo ruego, pasad, pasad, dejadme en paz: el tiempo gastará esto que por vos he sentido, que siento. No, yo no puedo verme como aquella desventurada Jacinta, arrojada de su casa por su padre, indignado; que los pobres tambien tienen honra, señor. No, yo no daré jamás lugar á que, indignado mi padre, me mate ó me arroje de su casa.

—Pues mirad,—exclamó el rey,—será lo que Dios quisiere. No que vuestro padre de vuestra casa os arroje ni os mate, que yo no seré la causa de que la indignacion de vuestro padre caiga sobre vos; pero esto de que yo pase, que os deje, que no pueda haceros mia, ¡ah! eso no, no, jamás; eso será lo que Dios quiera.

—Ved, señor, que me habeis ofendido.

—Os digo, doña Estrella, que mia habeis de ser

do en mi corazon el encendido recuerdo vuestro. Adios.

—Adios, señor,—exclamó doña Estrella.

Y temerosa del rey, cerró la ventana.

Adelantó á tientas hácia el reclinatorio.

Le encontró.

Se arrodilló en él.

Dejó caer sobre él su cabeza y rompió á llorar.

Don Pedro era el mismo hombre que siempre.

Pero por aquella vez habia hablado de buena fe.

Tal era la poderosa impresion que en él habia causado doña Estrella.

Y como era antojadizo y violento y miraba poco en respetos humanos, ni áun divinos, se habia dicho al comprender hasta qué punto se habia apoderado de su alma doña Estrella:

—Y bien, en todo caso la sufrirán reina; ¿qué más da? Harto levantada, harto ennoblecida está por mi amor. Y sobre todo, ¿qué hay que por élla no pueda en lo que es posible mi voluntad?

Don Pedro se retiró de la casa del hidalgo.

Salvó el bajo muro y se volvió al molino.

Antes en el declive sorprendió, por lo silencioso de su marcha, sobre un terreno blando, á sus ballesteros que de *motu proprio* habian ido á guardarle.

—¡Eh! ¿qué diablos haceis ahí?—les preguntó el rey, que al acercarse á éllos los habia oido hablar.

—Hemos creido, señor,—respondió uno que se llamaba Jimeno Perez,—que no quitábamos ni poníamos nada á vuestra señoría con guardarle las espaldas. Y crea vuestra señoría que no nos faltaba razon para ello, porque cerca de nosotros ha pasado un bulto.

—¡Un bulto!—dijo el rey.

—Sí; señor; un bulto que se encaminaba al lugar donde estaba vuestra señoría.

—¿Qué bulto era ese?

—No lo sabemos, señor; le seguimos, pero se nos desvaneció en lo oscuro.

—¡Bah! aprensiones vuestras,—dijo el rey.

Y continuó su marcha.

En efecto, álguien habia seguido al rey desde su salida de Madrid.

Habia preguntado por el camino.

Habia llegado mucho más tarde que el rey á Alcalá.

Habia visitado la hostería.

Habia seguido hasta el molino al rey.

Aquel álguien era una gitana.

Aquella gitana, Jacinta.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO LA DESVENTURA PUEDE EVITAR LA CONSUMACION DE OTRA DESVENTURA.

Aún no habia amanecido cuando el rey, al frente de los ballesteros que con él habian quedado, tomó el camino de Madrid.

Bien hubiera podido el rey, porque los caballos eran admirables, haber llegado á Madrid, sin sorprenderlos la noche, en tres ó cuatro horas.

Pero no queria entrar de dia y con aquel aspecto entre sus escuderos en una villa en que le conocian demasiado.

Así es que hizo la jornada al paso.

Se detuvo por la tarde en una venta solitaria cerca de Canillejas.

Comió del repuesto que para él llevaban los criados de su servidumbre íntima, los pocos que le acompañaban en sus aventuras secretas; y

luégo se puso en camino, llegó poco despues de escurecido á la puerta del Sol, y rodeando la villa llegó al campo del Moro y entró en el alcázar por un postigo.

Nadie se apercibió de su llegada.

Sus ballesteros se quitaron sus cotas de armas y se fueron á sus posadas.

Porque los ballesteros de maza del rey don Pedro eran hidalgos, caballeros, tenían buen sueldo y vivian donde mejor les convenia.

Apénas entrado en su cámara el rey llamó á Alvar García.

—¿Qué es de la dama que te entregué en Alcalá? —le preguntó.

—Señor,—contestó Alvar García,—yo tenía en Madrid un compadre, y cuando aquí vine con vuestra señoría fuí á visitarle; hemos continuado tratándonos, y á su casa, que está en la Morería, junto á San Pedro, he llevado á esa pobre dama; y dice Abraham Kalema, que es un famoso médico judío que hay en Madrid, que la tal señora está muy de cuidado y que su hijo no vale mucho más.

—Que se cuide á esa dama, que no se perdone gasto alguno,—dijo el rey.—Y oye, Álvar García: tú eres á un mismo tiempo un lobo y un zorro; te se puede encargar cualquier negro negocio para el que se necesite astucia. Componte como puedas, pero ello es necesario que, sin ser conocido ni áun visto, vigiles la casa del hidalgo de la cuesta de Zulema, y asimismo al rico-hombre de

Alcalá y á aquel su amigo. Para esto toma los hombres que te parecieran á propósito, en número necesario, y que yo tenga noticias dia por dia. Además, no te vayas sin dejarme por escrito el nombre de ese tu compadre y las señas de la casa donde vive. Tenlo dispuesto todo para irte mañana á cumplir con lo que te he mandado.

—Muy bien, señor,—contestó Álvar García.

Y se retiró.

El rey estaba preocupado y triste, como dominado por un grave sentimiento.

Doña Estrella se le habia hecho demasiado peligrosa.

Pero, fuera de la influencia de su encanto, no se sentia tan decidido á hacerla su mujer, aunque esto fuese secretamente, tan secretamente como habia estado con doña María de Padilla.

Luchaba, en fin, el rey entre su conveniencia y su pasion, y como era receloso, (todos los reyes que conocen perfectamente el mundo lo son, y don Pedro lo era en alto grado) temió haberse engañado respecto á doña Estrella, y que en ésta hubiese habido más de sagacidad y astucia que de sinceridad.

La sola idea de que doña Estrella se hubiese propuesto engañarle le irritó.

Habia sido demasiado ingenua la jóven y de una manera imprudente, dada la movilidad y la suspicacia del carácter del rey.

Estaba don Pedro dominado por la múltiple

influencia que sobre él ejercia doña Estrella.

No pudo dormirse hasta ya cerca del amanecer, en que la misma fuerza de sus cavilaciones le rindió.

Se levantó, sin embargo, como de costumbre, una hora despues de la salida del sol, y volvió á dar en sus cavilaciones por doña Estrella.

Almorzó con muy mal apetito.

Recibió algunos de sus ricos-hombres.

Se ocupó algo del gobierno.

Se desembarazó y llamó á Álvar García.

—He variado de propósito por el momento,—dijo.—No partirás hasta mañana, pero partirás conmigo. Ahora amanece á las seis; á las ocho de la noche se toca á cubre-fuego; desde el toque de cubre-fuego al amanecer, diez horas; de aquí á la cuesta de Zulema, cinco leguas. Busca dos caballos fuertes, que puedan hacer sin reventarse en tres horas la ida, en tres la vuelta; te procuras un buen laud; al toque de cubre-fuego, al pié de la torre de la Bruja, junto al postigo, armado de todas armas.

—¿Yo solo, señor?

—Tú solo, vé.

Pasó el rey lo que quedaba de dia inquietando á los de su alta servidumbre por la mala cara que les ponia y por el mal humor de que daba muestras.

Llegó la noche.

Cenó.

Se recogió á su cámara y mandó á sus camareros le vistiesen un rico traje de camino y le ciñesen un ligero arnes.

Mandó además á uno de éllos tuviese abierto el postigo de la torre de la Bruja á la hora del cubre-fuego.

La baja servidumbre del rey, baja en relacion con los magnates de la corte, era de hombres de lealtad tan probada y tan adictos á él, que jamás vendian los secretos de su señor.

Bajó el rey al postigo al sonar en la torre del homenaje del alcázar el toque de cubre-fuego.

Mandó al camarero que allí estaba le esperase al amanecer; salió é inmediatamente encontró á Álvar García, que allí estaba con dos caballos y un laud á la espalda.

La noche era oscura.

Rodearon la villa al trote.

Llegaron al camino de Alcalá.

Lanzaron los caballos al galope, y, entre trote y galope, llegaron en ménos de tres horas á lo alto de la cuesta de Zulema, junto á la casa fuerte del hidalgo don Pedro.

Todo estaba sumido en sombra y silencio.

De improviso Álvar García dijo:

—Señor, sobre aquel mogote se ve un bulto, y puede ser que sea uno del que me habló Jimeno Perez y que se le apareció anteanoche.

—Pues mira, Álvar García, echa pié á tierra, dame las riendas, y á ver si tú eres más listo para

cogerme ese bulto que á los de anteanoche se les escapó.

Desmontó Álvar García.

Entregó las riendas de su caballo al rey, y allá se fué rápido, ni más ni ménos que si no hubiera ido armado de todas armas, ó como si su arnes hubiera sido de papel.

El rey veia el bulto inmóvil sobre una pequeña eminencia, á la derecha del camino, frente á la torre de Zulema.

Pero aún no habia tenido tiempo de llegar á él Álvar García cuando el bulto desapareció.

Álvar García desapareció tambien, trasmontando la eminencia.

—No, pues Álvar García le agarra,—dijo el rey;—ese maldito ve, como los gatos, de noche.

Pero ocho minutos despues volvió Álvar García solo, y dijo al rey con acento contrariado:

—Se me ha desaparecido, señor.

—Pues buen viaje,—dijo el rey.

Pero le dió en qué pensar aquel bulto tenaz.

¿Era algun servidor de la casa del hidalgo?

¿Sabía el hidalgo que su hija habia hablado con un hombre en la ventana hacía dos noches?

En tal caso, debian recelarse las consecuencias.

El hidalgo era soberbio y tieso en su dignidad.

Así lo habia conocido don Pedro.

No le creia capaz de tolerar que su hija tuviese entrevistas en altas horas de la noche por una ventana á poca altura, y que no tenía reja.

—Llévate los caballos á la vuelta de la torre, Álvar,—dijo el rey desmontando.—Dame el laud.

El ballestero dió el laud al rey.

Éste se fué al muro, le escaló y se acercó á la silenciosa y oscura casa, deteniéndose muy cerca de la ventana por donde dos noches ántes habia hablado con doña Estrella.

No se veia absolutamente luz por los resquicios.

Don Pedro se acercó hasta tocar las maderas de las ventanas, y, despues de templar el laud, se puso á tañerle tan levemente como la noche anterior.

Poco despues sintió un leve ruido como de andar en las maderas de la ventana, y ésta sonó sordamente al abrirse.

Don Pedro vió muy cerca una dama blanca.

Allí estaba, pues, doña Estrella.

Ántes de que el rey pudiese hablar, la jóven exclamó con acento severo:

—¿Pues no decíais que no volveríais sino á la faz del sol?

—¡Ah! Yo hubiera muerto,—exclamó don Pedro,—si no me hubiera decidido á volver á veros; he pasado ayer un dia del infierno; yo no puedo vivir sin vuestro amor.

—Yo os esperaba,—exclamó doña Estrella,—y os esperaba con miedo; porque el volver vos de noche y procurando hablarme á trasmano debia ser para mí una señal clara de que os habíais

engañado, de que habíais creido que yo os engañaba ó pretendia engañaros.

—¿Por qué esa dureza para quien tanto os ama, señora de mi alma?—dijo el rey;—vestida estais, lo que prueba que creíais posible que yo viniese, y tan pronto habeis acudido á abrir la ventana que claro se entiende que no dormíais, ántes bien que os desvelaban vuestros amorosos pensamientos.

—No os habeis engañado del todo, señor,—contestó doña Estrella;—ni yo me habia engañado al recelar que volveríais. Por esto yo no me habia desnudado; por esto me desvelaban mis cuidadosos pensamientos; amorosos tal vez, pero no antojadizos ni livianos. ¿Qué puedo yo esperar de vos, que, áun siendo rey, faltais de tal manera á vuestra palabra? ¿Ni cómo puedo yo continuar amándoos si veo claros indicios de que no quereis de mí otra cosa que mi perdicion y mi deshonra? Y despues de pensado maduramente, ¿cómo quereis que yo crea que, habiendo tantas y tan hermosas hijas de rey, como debe haberlas, que se darian por muy contentas de que vos las tomáseis por esposa, habíais de casaros conmigo? En mal hora os he visto; pero miento, á despecho mio, cuando digo que os he visto en mal hora; que este amor traidor que por vos se me metió en el alma yo sabré vencerle y hacer de modo que, aunque ahora es imposible, sea más imposible todavía.

Y de tal manera estaba conmovida doña Estrella, de tal manera se sentia que contenia las lágrimas, de tal manera la conocia el rey enamorada y combatida que se alentó, y, sin contestar á doña Estrella, se afianzó con una mano al alféizar de la ventana, y como era fuerte, ágil, impulsando á doña Estrella, se entró en el aposento.

Éste era el rey don Pedro, permitiéndose, ejecutando aquello mismo para lo que no encontraba castigo bastante cuando incurrian en ello los demas.

¿Qué otra cosa podia haber hecho el libertino, el soberbio, el monstruoso don Tello, rico-hombre de Alcalá?

Esto se explica teniendo en cuenta que en don Pedro habia una terrible exuberancia de vida, una pasion indómita por lo candente, por lo embriagador, por lo sensual.

Cuando se excitaba, se determinaba en él un verdadero estado de embriaguez, de locura, que le llevaba á atropellar por todo.

Pero cuando sus pasiones no estaban exasperadas, cuando una mujer acudia á él á pedir justicia, por un atentado cometido contra su pudor, el rey, en plena razon, juzgaba en justicia.

Era terrible en el castigo.

Don Pedro habia encontrado tan enamorada ó tan insinuante á doña Estrella que habia perdido

de todo punto la paciencia, y se habia propuesto la satisfaccion de su deseo de úna manera inmediata.

Habia dado, en fin, en la locura.

Sorprendida doña Estrella, no perdió, sin embargo, la sangre fria; no se dejó dominar por la situacion, no gritó, no apostrofó á don Pedro.

No hizo, en fin, nada de lo que hubiera hecho en iguales circunstancias una mujer vulgar.

—¡Ah, señor mio!—exclamó.—¿Qué habeis hecho? ¡Cuán bien conoceis el encendido amor que os tengo, y hasta qué punto soy sin voluntad vuestra esclava! ¡Ah! ¡sí! ¡yo os amo, yo os adoro! para mí no hay más voluntad que la vuestra. Pero estoy estremecida de miedo, señor. Esperad, esperad; yo me considero vuestra esposa; pero yo no sé si álguien vela en la casa. Yo no me consolaria si por mi amor os aconteciese alguna desgracia. Esperad, por Dios, señor mio, que yo vea si todos en la casa duermen.

De tal manera dijo doña Estrella estas palabras, con tal sumision, de una manera tan enamorada, que engañó al rey.

Y mientras aquellas palabras decia, se iba acercando á la puerta.

Don Pedro no podia juzgar de esto, porque el aposento estaba completamente á oscuras.

Á más de lo seductor, de lo insinuante, de lo rendido de su palabra, aquella oscuridad habia defendido en gran manera á doña Estrella.

De improviso, por un movimiento rápido, ganó la puerta y la cerró.

Y como la habia cerrado de una manera apresurada, don Pedro oyó el golpe y se apercibió del engaño.

Corrió á la puerta.

No tenía llave.

Sólo un cerrojo para afianzarla por dentro.

Doña Estrella no podia impedir con sus solas fuerzas que el rey abriese aquella puerta y la siguiese.

Doña Estrella mantenia cerrada la puerta apoyándose en élla con la espalda y afirmando un pié en la pared del estrecho corredor á que la puerta daba.

Esto oponia una fuerza bastante grande al rey.

Pero no tanto que el rey, que era forzudo, no pudiese, al fin, anular las fuerzas que doña Estrella hacía para impedir que el rey pasase.

Si hubiera gritado, hubieran acudido su padre y los mozos que había en la casa.

Pero doña Estrella no queria de una parte comprometer al rey si habia ido solo, por más que la conducta del rey para con élla hubiese sido ruin y miserable; de otra, no sabía, aunque debia presumirse, si el rey habia ido con un resguardo semejante á aquel con que se presentó por primera vez en la casa.

En tal caso, teniendo en cuenta la notoria irascibilidad del rey y su tiranía, el comprometido

era su padre, á no sabía doña Estrella qué desgracia ó qué vergüenza.

Por esto doña Estrella no gritaba.

Pero decia á don Pedro, en voz no tan alta que los de la casa pudieran oirlo, pero lo bastante para que don Pedro oyese:

—Yo os amo, sí, yo os amo; pero no seré vuestra ni ahora, ni luégo, ni nunca. No empujeis de esa manera, señor; porque si veo que no puedo contrarestar vuestra fuerza, por una puerta que frente á mí tengo al patio, salgo, gano el brocal del pozo, y si pretendeis apoderaros de mí, al pozo me arrojo; que prefiero una mala y desastrada muerte á la deshonra.

El rey callaba y redoblaba sus esfuerzos.

Se oía su respiracion agitada, rugiente.

Doña Estrella se estremecia.

Comprendia que la era imposible, de todo punto imposible, impedir el paso al rey.

De improviso, y sintiéndose ya impotente, ganó la puerta que, en efecto, ante sí tenía, se lanzó en el patio, llegó al pozo y subió á su brocal.

Don Pedro se lanzó al patio.

Al entrar en él vió cerca de sí un bulto.

Le tomó por doña Estrella, extendió los brazos y rodeó con éllos aquel bulto.

Continuó su engaño.

Sentia unas formas mórbidas, deliciosas.

Aspiraba un aliento que le hacía sentir esa fragancia particular de la hermosura.

—¡Ah, sí, sí!—dijo de improviso una voz que crispó al rey;—¡tú siempre, maldito! ¡tú, siempre olvidado de Dios! ¡tú, siempre el esclavo de tus pasiones!

—¡Jacinta!—exclamó el rey.

—Sí, sí, Jacinta, Jacinta, aquella que tú llamabas la luz de tus ojos, la vida de tu vida, el alma de tu alma; Jacinta la gitana, Jacinta la errante, Jacinta la mendiga, Jacinta, que te ama aún; Jacinta, que sigue ansiosa el camino donde deja impresas las herraduras tu caballo; Jacinta, que no quiere hagas tan desventurada como á élla á la noble criatura que la recogió exánime á las puertas de su casa; Jacinta, que te perdona; Jacinta, que nada te pide sino que respetes á la que la ha salvado la vida, una vida que tú la habias quitado.

Jacinta hablaba alto.

Doña Estrella habia oido perfectamente sus palabras.

Y no decimos bien, no las habia oido todas, porque apénas conoció que la gitana habia acudido á su socorro, que detenia al rey y que le contenia por el asombro natural que en el rey debia causar la presencia allí de Jacinta y en aquellos momentos, escapó.

Ganó de nuevo la puerta del patio, que era fuerte, y la cerró de una manera tan apresurada que sonaron el cerrojo y la llave.

Al sentir este ruido el rey exclamó:

—¡Ah! ¿Quién te ha traido aquí?

—¡Inútil, todo inútil! ¡imposible!

—¡Ah! ¡Y tú, Jacinta!... ¡al diablo con el amor de las mujeres! Si no me amaras no me siguieras; si no me siguieras no hubieras podido llegar á tiempo de contrariarme.

—Una víctima más,—exclamó Jacinta;—una hermosura más deseada, que te se hubiera hecho enojosa tan rápidamente como por élla te has empeñado. ¡Ah! ¡ingrato y mentiroso y pérfido! ¿Pues no decias tú no ha seis meses, (aún yo no sabía lo que era amar): Jacinta mia, tú eres mi contento, mi felicidad, la paz de mi alma; tú en medio del misterio haces para mí un paraiso de esta ingrata tierra donde sólo se encuentran miserias y traiciones. ¡Ah! Y yo te creí; yo te amé y aún te amo, ¡Oh! sí; cuando se ama, se ama de una vez para siempre, y tú no has amado jamás, rey mio. Pero ven, ven, sígueme. Por esta vez la tórtola se te ha escapado de entre las garras. No puedes tampoco cometer una de tus violencias, porque te has venido sólo con ese lobo de Alvar García. ¡Ah, el miserable! Bueno sería que mandases por lo ménos azotarle hasta que á puros azotes cayesen los pedazos de su carne al suelo. Pero sígueme, sígueme; la noche está fria y yo tengo para tí un hermoso albergue; sí, un albergue rústico, que embellecerá el amor que renacerá en tí cuando de nuevo me veas.

Tal era la movilidad del carácter de don Pedro,

que le iba interesando aquella aventura y consolándole del mal éxito de su aventura anterior.
Habíale acontecido con mucha frecuencia recordar á Jacinta, y sentir no sabemos qué despecho por la ignorancia de su paradero.
—¿Y cómo saldremos de aquí?—dijo el rey.
—De una manera muy fácil: ¿ves esas tapias? Dan á una pequeña huerta; son bajas y se las salva con facilidad. Despues se da la vuelta y se llega á la parte del muro por donde tú has penetrado. Sígueme.
Y desasió al rey.
Habia estado hasta entónces arrojada en sus brazos.
El rey la siguió.
—Ten cuidado no tropieces en el brocal del pozo, —dijo Jacinta;—inclínate á la derecha.
El rey tembló al ver que no le habia engañado doña Estrella.
En efecto, habia un pozo en el patio.
Consideraba que si no hubiera venido tan á tiempo Jacinta, doña Estrella, en un momento de dignidad, de heroismo, podia haberse arrojado al pozo.
Siguió á Jacinta, cuyo bulto vió superando la tapia.
La superó á su vez.
Ella rodeaba la casa para buscar la parte del muro que daba al camino.

Jacinta, cuando hubo llegado al ángulo, no siguió rectamente hácia el muro, sino que dobló el ángulo, siguió á lo largo de la casa, llegó al pié de la ventana por donde el rey habia penetrado, se inclinó y recogió el laud, abandonado por el rey en el momento de saltar por la ventana.

Al alzarse Jacinta encontró la ventana cerrada.

Aplicó el oido y oyó unos ahogados sollozos.

—Sí, sí,—exclamó Jacinta;—llora por tu amor muerto, mi buena señora; pero á lo ménos no tienes que llorar por tu honra muerta; no tienes que estremecerte por la vida de un hijo que nacerá sin padre.

Jacinta se separó de la ventana y marchó hácia el muro.

En aquel momento le salvaba el rey.

Le salvó tambien Jacinta, y el rey y élla se encontraron en el camino.

CAPÍTULO VIII.

EN QUE SE SABE QUIÉN ERA JACINTA Y LO OBLIGADO Á ÉLLA QUE ESTABA EL REY.

—Deja allá tiritando de frio y dado á los diablos por los servicios que le obligas á prestar á ese bellaco de Álvar García,—dijo Jacinta,—y sígueme. ¿Qué has de hacer de la parte de noche que habias pensado emplear en tus nuevos amores? ¿Ni qué necesidad tienes de que tu buen servidor sepa que has sido vencido, que no podria ménos de creerlo así viéndote volver tan pronto? Y luégo, rey mio, que tú no sabes bien cuánto me ha embellecido la desgracia. ¡Ah! ¡Si tú supieras!... Á la mendiga fea, flaca, enferma, horrible, nadie la socorre, hay muy pocas almas caritativas; pero no hay caballero ni villano que no dé un maravedí de cobre, plata ú oro á la trovadora morena de ojos

lucientes y ondulante cabellera. ¡Ah! ¡Y cómo te vas á estremecer de amor cuando me veas á la luz de la hoguera que voy á encender para que no tiembles de frio!

Notaba Jacinta el temblor del rey, porque le tenía asida una mano.

Pero no temblaba el rey de frio.

Le estremecia el embate de las extrañas sensaciones que le agitaban.

Su mala ventura para con doña Estrella le irritaba, y le incitaba el encuentro de Jacinta.

Al ser abrazado por élla la habia sentido hermosa en la forma.

Sentia un no sé qué de ansioso por verla completamente.

Y como el rey no era malvado ni dejaba de ser generoso, ni á pesar de sus excesos habia muerto su conciencia; como Jacinta habia sido para él á veces un recuerdo doloroso que le habia hecho experimentar una fria sensacion de remordimiento, sentia un vago é inexplicable anhelo al encontrarla, al ver que podia reparar en alguna manera el mal que la habia hecho.

La siguió.

Jacinta descendió por la parte izquierda de la cuesta, y á poco entraron en una arboleda.

—Esto está muy oscuro, Pedro,—exclamó dulcemente Jacinta;—dame la mano; yo puedo ir á ciegas á mi albergue, que no está muy léjos; un albergue escondido entre la espesura; un pequeño

palacio donde no falta nada de lo poco que yo necesito. Mira, ya hemos llegado; inclina la cabeza, la puerta es baja. Espera, espera, rey mio. Pronto, muy pronto tendremos luz.

Poco despues se oyó el golpe de un eslabon y un pedernal.

Saltaron chispas.

Se vió un pequeño punto luminoso y opaco.

La yesca que ardia.

Luégo se oyó un soplo fuerte é insistente, y ardió una alegre llama prendida á la hojarasca puesta bajo un monton de leña en un pequeño hogar.

Don Pedro vió entónces á Jacinta arrodillada en el suelo, inclinada, soplando la hojarasca.

Cuando la llama hubo prendido bien, Jacinta se volvió y don Pedro la vió completamente iluminada por la luz del hogar.

Se le agitó violentamente el corazon.

Ante él estaba una mujer hermosísima, á la que favorecia su pintoresco y deslumbrante traje; una juglaresa.

Y para completar el efecto, tenía á sus piés el rico laud de madera de sándalo, de marfil, con incrustaciones de oro y plata.

Uno de los mejores laudes del rey, y que el rey habia llevado para hacerse sentir de doña Estrella.

Vestía Jacinta una caperuza del terciopelo rojo con orla dorada, que determinaba una especie de

diadema que afectaba la forma de una corona.

Sus cabellos naturalmente rizados, negros, negrísimos, la caian en ondas sobre el seno y sobre la espalda, luengos, profusos, admirables.

Una camisa de purísimo lino, descotada lo bastante para que se pudiese apreciar la belleza de su garganta, se ocultaba bajo un jubon más descotado; un jubon de seda de rico damasco color de rosa, cerrado por medio de ojetes con trencilla de oro.

En la garganta ostentaba un collar de gruesas cuentas doradas, de oro tambien, aunque esto pareciese extraño en aquella desdichada.

Además, cadenas de oro y plata de las que pendian algunos relicarios.

Las arracadas grandes, anchas, árabes, que se perdian, aunque no completamente, por entre el cabello, eran muy ricas.

Su falda era de damasco azul con bordaduras y franjas de plata.

Calzaba borceguíes altos del mismo terciopelo que la caperuza, cerrados con trencillas de oro, y sobre el justillo y hasta más abajo de las caderas, como abrigo, llevaba una veste de terciopelo leonado guarnecida de oro y de anchas mangas perdidas.

Tenía además las pequeñas y preciosas manos adornadas cada una por una media docena de cintillos que parecian riquísimos.

Si todo aquello que brillaba en Jacinta era fino,

Jacinta tenía sobre sí algunos miles de doblas.

Los diamantes de los relicarios y de algunos de los cintillos lanzaban de sí destellos fúlgidos.

Pero toda esta riqueza era nada en comparacion del valor de la hermosura de la jóven.

Su tez era suavísima y de un moreno denso, pero rosado, límpido.

Su frente serena y pura.

Las cejas negras, negrísimas, suavemente arqueadas.

La nariz pronunciada, pero sin exceso, robusta, determinando, no un defecto, sino un encanto.

Los ojos grandes, negrísimos, de una forma hechicera y con ese no sé qué de dulce y de vago, de expresivo, de profundo, de poderoso, que se encuentra generalmente en los ojos de los gitanos.

Las mejillas redondeadas y de una dulce inflexion.

La boca pequeña y acentuada con una expresion melancólica.

El contorno oval.

Un oyito en cada mejilla y otro en la barba.

La garganta larga, robusta y musculosa á la par.

Desarrollados los hombros, alto el seno.

El talle esbelto.

La forma de su contorno purísima y los piés pequeños.

El rey alentaba apénas contemplando á Jacinta, y casi la desconocia.

Sus quince años representaban una juventud resplandeciente.

Cuando el rey la conoció era una niña esbelta, bellísima.

La naturaleza aún no habia concluido su obra.

La maternidad la habia desarrollado.

Se notaba aquella maternidad, aunque de una manera leve.

Ardió un relámpago de pasion en los ojos del rey, y en aquellos momentos no se acordaba de doña Estrella, ni más ni ménos que si no la hubiera conocido.

La mirada de la gitana, fija en el rey, era profunda y misteriosa, y al mismo tiempo amante.

Pero con una expresion extraña.

En su boca aparecia una indicacion de sonrisa sarcástica y triste á la par.

El rey se sentia más y más trasportado á una especie de éxtasis por la contemplacion de aquella pobre niña, cuya suerte habia decidido un empeño suyo.

—Siéntate, rey mio,—dijo Jacinta, señalando al rey una gruesa piedra que habia cerca del hogar.—Yo no puedo ofrecerte cojines de oro y seda: las paredes de esta cabaña no se parecen á las altivas y riquísimas tapicerías de tus alcázares, ni sobre tu cabeza hay un techo de cedro y marfil. Todo esto es pobre, miserable; pero aquí habita el amor; aquí vive un alma, aquí reinas tú en un encendido pensamiento, y en tus opulen-

tus alcázares sólo te rodean el engaño, la miseria, la traicion y el crímen.

El rey se habia sentado maquinalmente, continuando en la absorta contemplacion de Jacinta, que al otro lado del hogar se habia sentado sobre un pequeño tapiz moruno, tan rico como su traje.

La cabaña era pequeña, bajo el techo, sostenida por unos cuantos palos, cerrada por tierra y bálago.

Á un lado se veia un humilde ajuar de cocina.

En un ángulo una especie de lecho pobre, pero limpio.

Y allá, en un entrante, un asno pequeño dormia al pié de su pesebre.

Los arreos abigarrados de este asno estaban colgados de una escarpia.

Sobre el lecho habia un Crucifijo, compuesto por una cruz de plata y un Cristo de marfil de una preciosa labor gótica.

Cerca se veia un laud, colgado tambien de la pared, rico, pero no tan rico como el del rey.

Últimamente, junto al lecho, y puesta la una sobre la otra, habia dos pequeñas cajas de madera labradas y pintadas con vivos y contrapuestos colores.

Todo allí representaba á una trovadora de reputacion, puesto que podia ostentar lujo.

Una bailarina, una juglaresa.

Jacinta tenía una profesion.

Vivia independiente y, al parecer, le iba bien con su oficio.

—Pero ¿cómo es,—dijo el rey,—que te encuentro así? Tú, en tu humildad, apareces rica, Jacinta. Sí, lo que aquí aparece dorado es oro; lo que en tus manos y en tu garganta brilla son diamantes.

—¡Ah! ¡los hombres, los hombres imbéciles que se dejan hechizar ó que se hechizan!—exclamó Jacinta.

Palideció el rey de celos y de soberbia.

¡Cómo! ¿Jacinta habia pertenecido á otro hombre? ¿Jacinta, que habia sido una prenda suya?

Y el rey se conmovia á este pensamiento, como si buenamente hubiera tenido un derecho sobre Jacinta, sobre la pobre gitana por él perdida, por él abandonada.

—La grandeza, rey mio,—dijo Jacinta, que apoyaba su codo en una rodilla, dejando ver desnudo un antebrazo delicioso y apoyando en la mano su mejilla,—la grandeza rey mio, está en el corazon; no la dan ni el nacimiento, ni la fortuna: tú eres una grandeza de los hombres, y yo soy una grandeza de Dios. No, no, yo no tengo mas que un alma; este alma no tiene mas que un amor, y este amor no puede mancharse. ¿Qué importa la muerte? La vida en la infamia es una muerte del alma, más terrible que la muerte del cuerpo. Yo he enloquecido, yo he cegado, yo me he olvidado de todo, lo he desafiado todo por tí; yo he llegado

por tí á ser expulsada de entre los mios, á ser maldecida por mis padres, abandonada á la vida errante; lanzada á la miseria, débil, sin fuerzas para salvarme de mi desgracia. Yo he llegado al hambre, á la agonía. Un ángel me salvó de la muerte, y yo seguí mi camino esperando otra nueva agonía; y un demonio horrible me salvó de la miseria. Pero yo soy pura, rey y señor.. Enloquecida caí en tus brazos; me abandonó tu crueldad; yo no puedo pertenecer dignamente á otro hombre, porque yo me considero tu esposa; esposa ante Dios, que no conoce reyes ni siervos: mientras tú vivas, yo no daré en el adulterio; cuando tú mueras, si te sobrevivo, te sobreviviré muy poco tiempo.

—¡Ah! ¡yo te amo!—exclamó fascinado el rey.

—¡Amor! ¡amor!—exclamó Jacinta, dejando ver de nuevo su sonrisa sarcástica y melancólica.—¡Amor! ¿Sabes tú acaso lo que es el amor? ¿Pueden sentir el amor las fieras? ¡Ah! No, no; las fieras no sienten mas que apetitos voraces; y luchan, despedazan por satisfacerlos; y luégo pasan, dejando tras sí un cadáver despedazado para ir en busca de otra nueva presa que despedazar. ¡Ah! ¿Y quién lo diria? Cuando tú sonríes, mi rey y señor, cuando tus ojos se encienden de deseo, pareces el arcángel del amor: embriagas, envenenas, enloqueces, fascinas como la serpiente. ¡Oh! ¡tan hermoso, tan hermoso y tan sin alma!

—¡Jacinta, Jacinta!—exclamó el rey,—te enga-

ñas. Tú me irritas, me desesperas, me lastimas juzgándome de tal modo.

—Sí, sin alma,—exclamó Jacinta,—sin alma. ¡Ah! ¡Si tuvieras alma! Tus hermanos, la manceba de tu padre, las mujeres que has amado, todo, todo ha caido ante tí; todo, hasta doña María de Padilla.

—¡Calla!—exclamó el rey con acento incisivo, en el que vibraba la cólera.

—¡Ah! ¡No, no!—exclamó Jacinta,—no tengo miedo, no le puedo tener; yo te hechizo, lo estoy viendo en tus ojos: tú lo desconoces; para tí soy una criatura nueva, estoy más bella, mucho más bella, ¿no es verdad? ¡Ah! Yo podria hacer de tí todo lo que quisiese. Te irrito, te trasporto, te domino.

—Y bien, sí,—exclamó el rey;—pero de la misma manera te fascino, te trasporto yo. Dejémonos de contestaciones enfadosas; yo no te abandoné: te perdí de vista; no supe lo que de tí habia sido.

—¡Ah! sí, sí, yo te busqué al verme arrojada de mi casa; pero si el rey pudo llegar en silencio, entre el misterio, entre las sombras de la noche, á la pobre vivienda de una desdichada gitana, encubierto, suponiendo un nombre que no tenía, engañándola, seduciéndola, esta misma gitana, descubierta su desdicha, maltratada, maldecida, arrojada de su hogar, va entre el silencio y las sombras de la noche á buscar al rey á su alcázar, y lo encuentra cerrado por puertas de hierro que

sus débiles manos no pueden franquear; y si tuviera fuerzas para ello, se encontraria con feroces guardas que de élla se mofarian, impidiéndola el paso, si les dijese: «Yo vengo á pedir al rey el alma y la honra que me ha robado». ¿Y cómo llegar de dia al rey? Se espera alentando apénas, agonizando de ansiedad; sale un servidor del rey, un servidor á quien se conoce porque ha acompañado al rey cuando el rey ocultaba su grandeza; se le suplica que lleve al rey un mensaje, y este servidor, este lobo se niega y se atreve á decir á la gitana hermosa. ¡Cuando te digo, mi rey y señor, que harias bien en que hiciesen caer la carne á azotes á ese tu lealísimo Álvar García! ¿Qué es una gitana abandonada por el rey? El miserable ballestero confidente del rey se cree en el caso de protegerla á cambio de la consumacion de su infamia.

—¡Vive Dios,—exclamó el rey,—que he de hacer ahorcar á ese judío de Alvar García!

—Harias mal; él te sirve bien; él se dejaria hacer pedazos por tí. En cuanto á lo demas, es como todos los servidores; procura aprovechar los desechos de su amo. Déjale, déjale en paz. Desarruga el entrecejo si quieres que yo crea que en algo me estimas aún. Continúa sirviéndote de Álvar García como hasta ahora; no quiero sangre en mis recuerdos; tú me complacerás, ¿no es verdad?

—Concedido,—dijo el rey;—pero Álvar García

no permanecerá á mi lado; le daré la tenencia de uno de mis castillos de la frontera de Granada que él desea; que no hallaria otro mejor pretexto para separarle de mí.

—Hé aquí la fortuna de los pícaros,—dijo Jacinta,—por resultado de una mala accion encuentran la satisfaccion de un deseo, un mejoramiento de fortuna. Pero no importa, yo le estoy agradecida. Si él no me hubiera cerrado el paso hasta tí, hasta tí hubiera llegado para recibir un desengaño cruel, que me hubiera matado. Prefiero la duda en que por él he vivido y vivo.

Partí, pasé, agonicé; me salvó doña Estrella. Dios la bendiga, Dios la cure del funesto amor que te tiene.

Llegué á Toledo y viví algunos dias con los pequeños dones que debiá á doña Estrella.

Vino de nuevo el hambre.

Mendigué.

Cantaba y danzaba en Zocodover, y la limosna bastaba para sustentarme.

Yo me hubiera dejado morir desesperada.

Yo me sentia madre, Pedro, y debia vivir para mi hijo.

El rey se inmutó.

Una inmensa mirada, una mirada de fuego de Jacinta le habia envuelto, le habia dominado, le habia absorbido, le habia electrizado, en una palabra.

Se levantó vacilante como un ebrio.

—Siéntate,—exclamó Jacinta;—siéntate y déjame continuar.

El rey se sentó de nuevo.

—Los bienes de la tierra, los diamantes, el oro, ¿qué son, para qué sirven? Para halagar la vanidad, para ensoberbecer, para dar aquello que se compra y se vende; pero todas las riquezas del mundo no valen un alma.

Un dia, un viejo, ya casi decrépito, miserable, sucio, repugnante, horrible, se acercó á mí y me dijo, haciendo resonar dentro de los bolsillos de su hopalanda algunas monedas de oro:

—Sígueme, muchacha.

Mi primer impulso fué enviarle al diablo.

Pero pensé en mi hijo.

Comprendí que yo podia fascinar á aquel reptil asqueroso, y le seguí y le fasciné.

Era un riquísimo joyero judío.

Habia vivido toda su vida solo.

Su avaricia llegaba hasta el punto de no dar ni áun el menor afecto á persona alguna.

Su madre, su padre, su esposa y su hija, su familia, su Dios, todo esto eran sus tesoros.

Pero Dios ha escrito que por miserable, por avaro, por insensible que un hombre sea, áme.

Y Jonás amó.

Amó, con una pasion más violenta que la con que habia amado al oro, á la pobre mendiga gitana, y me devoraba ansioso con sus pequeños ojos sórdidos.

Me dejaba ver por éllos toda su nauseabunda y horrible alma de demonio.

Y suplicante, de rodillas, con las manos juntas, la boca espumante y cavernosa, me decia agonizando:

—Ámame, porque yo muero; sé mi esposa y todos mis tesoros son tuyos.

Y yo pensaba en mi hijo y le sonreia.

Y él agonizaba y vagaba en derredor mio, como el lobo hambriento en torno del cerrado aprisco.

Un dia me llevó á una profunda cueva.

Para llegar á aquella cueva habia que franquear tres puertas, admirablemente disimuladas y admirablemente fuertes.

Tan enloquecido estaba por mí Jonás, que me dejó conocer la secreta entrada del lugar donde guardaba sus tesoros.

Abrió uno y otro gran cofre de hierro.

Oro, oro, por todas partes oro.

Me mostró collares de piedras, de diamantes, de carbunclos, de zafiros, de rubíes, joyas de toda especie, como si allí se hubiesen juntado los aderezos de todas las reinas del mundo.

—Y todo esto es tuyo,—me decia,—todo por tu amor.

¿Creerás, Pedro, que tengo remordimiento?

Yo no queria matarle.

Pero mi eterna y fascinadora sonrisa, la luz de mis ojos, mi canto, mi danza, mi laud le fueron hundiendo rápidamente en la tumba.

Aún no habia pasado un mes, y ya Jonás no podia abandonar el lecho.

—Jacinta,—me dijo,—tú no me amas, no puedes amarme; te parezco horrible; pero yo te amo; tú me matas, pero yo te amaré eternamente en la tumba; y bien, ya que no me ames, agradéceme lo que voy á hacer por tí; ve, ve, hija mia, y busca un escribano.

Hizo testamento en mi favor de todo lo que poseia, segun dijo, en la casa en que moria.

El escribano no sabía, no podia saber lo que valia aquella vieja casa medio derruida.

Murió.

Yo le sepulté honradamente y rogué por él á Dios.

Pedro, cuando el aragones te insulte, cuando el frances te provoque, cuando tus nobles te se revelen, no pidas para levantar ejércitos dinero á tus vasallos.

Lo que se encierra en la profunda cueva de mi casa de Toledo es tuyo.

—Tu amor, no quiero mas que tu amor,—exclamó el rey, aturdido.

—Mi amor es mio, y no más que mio,—contestó Jacinta;—te doy mis tesoros, pero no te doy mi amor. Mi amor para mi hijo; para tí, pero desde léjos, dentro de mí. ¡Ah! Qué, ¿crees tú que nada hay grande mas que un rey? ¿Crees tú que un rey, porque es rey, tiene derecho á tener más alma que un siervo? ¿Crees tú que yo puedo entre-

garte el tesoro de mi alma, para que le malgastes en un solo momento? ¡Ah, no! Mi alma pura, mi alma noble, descuidada en su inocencia, pudo ser seducida, engañada, perturbada, enloquecida, pero no perdida. ¡Ah, los reyes! ¡los reyes! los reyes creeis que todo lo que se hace por vosótros se os debe; es más, que todo lo que vuestros vasallos tienen es vuestro: no sólo la hacienda y la vida, sino lo que es más aún, la honra y el alma; por eso sois ingratos. Rey é ingratitud son una misma cosa. ¿Por qué ha de agradecerse el que se nos dé aquello que nos pertenece por derecho divino, que al fin somos la imágen de Dios sobre la tierra y por juro de heredad? Pues qué, ¿no es bastante para un vasallo el que el rey le diga: Vé á honrarte muriendo por mí, sé feliz muriendo por mí? ¿Cuándo una lanza te despedace las entrañas, muere sonriendo porque tienes la felicidad de morir como muere un vasallo leal, dejando á su familia este timbre rojo y horrible? Pues qué, ¿no es bastante para una vasalla la gran ventura de hallar gracia en los ojos del rey, y de que el rey la honre deshonrándola? ¿Por qué el rey ha de amar como si fuera una princesa, una igual suya, á la pobre criatura su esclava, á la que ha hecho la enorme gracia de descender hasta élla, de buscar en élla un deleite vil? ¿Y qué importa que esta vasalla porque tenga alma ame al rey? ¿Quién es élla para atreverse á amar al señor rey, su altivo amo, que la ha tomado como se toma una cosa cualquiera, y

como una cosa cualquiera la ha dejado para no volverse á acordar más de élla? ¿Por qué esta mujer, que no ha visto en el rey al rey, sino al hombre que la ha enamorado, aunque los celos la despedacen las entrañas, ha de dejar oir las quejas de sus celos, ni ha de llegar á la venganza que aconsejan el corazon despedazado y la ira por la honra perdida, por el hijo abandonado y sin nombre? ¡Ah! no, no; esta mujer es una insensata, una aleve, una traidora, una esclava que se subleva, que debe morir pendiente de una horca, de una cuerda, y quedar en élla para que con el pobre hijo que aún guarda en sus entrañas, hijo de rey, sangre real, sea devorada por los cuervos. ¡Ah! no, no; no me digas que me amas, Pedro, esto no puede ser: si tú amases á la pobre gitana juglaresa, si tú la volvieses su honra y la paz de su alma, si tú dieras un nombre legítimo á su hijo, dejarias de ser rey, serías una cosa indigna de tí mismo, darias ocasion á que tus vasallos te se sublevaran, avergonzados de tenerte por rey.

Si se tratara de una gran señora, de la hija de un soberbio rico-hombre, que pudiera hacerte la guerra alzándose con otros iguales suyos contra tí, y darte ó negarte dinero por su voto en las Córtes, sería distinto: te importaria poco que ese rico-hombre, como muchas veces sucede, fuese nieto de una bruja y de un ladron; al fin, habia llegado á ser tu primo, tu ilustre primo, y tus nobles no se quejarian, porque se sentirian honrados. Ahí

está doña Juana de Castro, que se llama reina.

—Y no la amo,—exclamó el rey,—fué la satisfaccion de un dia; fué un empeño de la soberbia. Pero á tí, Jacinta, te amo, te siento en mi alma.

—¡Alma! ¡alma! pues qué, ¿tienen los reyes alma? Y si la tienen, ¿el alma de los reyes es como el alma de los otros que Dios ha arrojado á la vida sujetos al afan, á la miseria y al trabajo?

—¡Ah! yo te amo, Jacinta,—exclamó el rey juntando las manos y dejando ver á la gitana su semblante pálido, y lo tembloroso de sus mejillas, y lo extraviado de sus miradas.

—¡Ah, sí!—exclamó Jacinta levantándose y asiendo un brazo del rey con una fuerza mayor que la que podia suponerse en su delicadeza y en sus pocos años;—las grandezas que Dios ha hecho son las grandezas mayores, las invencibles, las incontrastables, y la primera grandeza hija de Dios es la grandeza del amor. Así, porque Dios no hizo mas que almas, el rey y el mendigo son iguales ante Dios; Dios no ha hecho al rey para que sea el tirano que todo lo desprecie, el lobo carnicero que todo lo devore; Dios le ha hecho para ser el padre de sus vasallos, para que les dé el ejemplo de la virtud y de la justicia, para que los ame y los defienda, para que los lleve, cuando necesario sea, al combate y á la gloria por la patria; no para que, como mal pastor, se alimente de sus ovejas y satisfaga con éllas su gula. Dios ha hecho los jueces y los caudillos, pero no ha hecho los tiranos; los

tiranos los hace la soberbia y la maldad; los reyes tiranos y malvados son las criaturas más despreciables y más aborrecibles á los ojos de Dios; aquellos para los cuales no hay perdon posible, porque son réprobos, entregados á Satanas.

—¡Jacinta!—exclamó el rey, no en acento de cólera, sino en acento suplicante.

—¡Ah! ¡sí, sí!—exclamó Jacinta, siempre con un doble acento de amor y de queja, á pesar de lo enérgico de su razonamiento;—un poco más, y el tirano de los tiranos, la fiera indómita, el jamás humillado, el soberbio, caeria á los piés de la pobre gitana, como si élla fuera la reina y él el esclavo; y es que en la voz de la gitana sale el grito del corazon; es que en ese grito oyes el de la naturaleza, la voz del alma desolada, la voz de la madre desventurada, la voz del hijo sin padre, la voz de Dios, rey de reyes, justicia de las justicias, ira de las iras; es que á esa voz sobrehumana, á esa voz santa, á esa voz omnipotente, el rey tiembla, el rey se humilla, el rey hunde la frente en el polvo, porque el rey es polvo ante Dios; polvo, como las otras criaturas, cuando no es lodo podrido y nauseabundo.

Y el rey se habia ido doblegando, aquel terrible rey don Pedro, como si en efecto en la voz de la gitana hubiera oido la voz de Dios.

Y como era violento, encariñado con sus placeres, audaz, lanzado á todo, despreciador de todo, se alzó y dijo:

—Quien se ha casado con una hija de los Castros puede muy bien casarse con una gitana: él es siempre quien es. ¿Qué me importa que mis vasallos murmuren? Pues qué, ¿no me cómo yo todos los dias uno de mis nobles? Pues qué, ¿hace tanto que los furiosos toros despedazaron el cadáver del traidor Garcilaso? Pues qué, ¿no han caido ante mis ballesteros mis rebeldes hermanos y la infame concubina de mi padre? Pues qué, ¿no soy yo el señor absoluto? Pues qué, ¿mi voluntad no ennoblece, no ilustra, no levanta del polvo al humilde, así como hunde en el polvo á los soberbios?

Y la fisonomía del rey aparecia terrible.

De su boca espumante salian como un rugido sus palabras.

Estaba espantoso.

—Calla, no prosigas,—exclamó Jacinta;—el vago deseo que tenías de volverme á ver, la aventura en que me has encontrado, lo excitado que estabas por la hermosura de doña Estrella; la ocasion, el sitio, el encontrarme más bella que cuando me abandonaste; mi valentía al hablarte como habla el alma desgarrada, el alma desolada, al decirte la verdad en nombre de Dios, provocando tu cólera, todo esto te ha dominado, te ha embriagado, y te creó capaz de decirme: «Sé mi esposa».

Lo mismo has dicho á la desventurada doña Estrella.

Porque hay momentos en que la pasion te ciega,

en que tu voluntad á todo se sobrepone, en que, despreciándolo todo, de todo te sientes capaz.

Pero yo te amo, yo te amo más de lo que tú te amas á tí mismo: no conozco un hombre que á sí mismo se aborrezca tanto como tú, segun el daño que á tí mismo te haces; tú has provocado contra tí todas las iras y todas las tempestades: las de Dios y las de los hombres; has sido la muerte y el horror para todo aquello que has tocado; tú no has sido rebelde á tu padre porque á tu padre lo mató á tiempo la peste en el cerco de Gibraltar; tú no has mordido como una víbora las entrañas de tu madre porque tu madre ha huido espantada de tí; pero has matado á la manceba de tu padre, mataste en Sevilla á tu hermano don Fadrique, en Bilbao á tu primo don Juan, te abrevaste en la sangre de tu hermano don Tello, y alguna vez deben aparecerse en tus sueños las sombras de los niños infantes don Pedro y don Juan, tus hermanos, asesinados en Carmona cuando no tenian edad para pensar en la traicion.

Doña Blanca de Francia te dejará tal vez ver entre las sombras de la noche su semblante lívido por la ponzoña.

Doña María Coronel su semblante, desfigurado y ciego por la horrible quemadura del aceite hirviendo.

Doña Aldonza, su hermana, su vergüenza.

Doña María de Padilla, su dolor.

Y luégo, luégo esa larga procesion de sombras

rojas inmoladas por un leve capricho, por una sospecha, por una denuncia.

Tú eres la fiera, Pedro, la fiera que espanta á todo el mundo, contra la cual todo el mundo se vuelve y á la que acabarán por dar caza. Y tal vez por eso yo te amo, tal vez mi amor no es mas que compasion, compasion de las entrañas por el pobre loco terrible porque yo, Pedro, no te creo malvado, sino loco.

—Yo era bueno y me han hecho malo,—gritó el rey irguiéndose;—yo he recibido por amor traiciones; el que me ha halagado con la mano derecha, tenía oculto en la izquierda el puñal á las espaldas; yo no he exterminado mas que infames.

—Tal vez tengas razon,—exclamó Jacinta,—porque todos tus nobles son, sobre poco más ó ménos, como el rico-hombre de Alcalá; pero la fiera domesticada adquiere toda su ferocidad en el momento que paladea la sangre viva, y tú la has paladeado tanto, Pedro, que has contraido la embriaguez del exterminio, que ha venido á dar en la locura. ¡Ah! ¡la sangre se sube al corazon y á la cabeza, anega la conciencia, y el placer de beberla es el mayor de los placeres, es el placer del tigre! Cuando se ha llegado á esto, no hay remedio: sólo Dios puede curar la locura. Pero los hombres no se han juntado para hacer leyes, conviniéndose á sujetarse á éllás, sino para defenderse de los malos; tanto noble has matado, que contra tí los nobles se conjuran; buscan al

aragones, ruegan al frances, te buscan, te acechan, y tú te ves obligado á recorrer con algunos pocos leales las villas y las ciudades de tus reinos para que te den dinero y hombres con que salir al frente del torrente desbordado que te amenaza. ¿Y te atreves á proponerme hacerme tu esposa? ¡Ah! yo no te amaria si lo aceptara. Créeme, rey mio; pide al rey de Francia una princesa parienta suya, que él te la dará, no escarmentado por la desgracia de doña Blanca, y arrebata á tu hermano don Enrique la ayuda del frances; y no te digo que pidas á tu primo Pedro IV, el del Puñal, el otro lobo aragones, su hermana doña Constanza, la viuda del desventurado don Jaime de Mallorca, no, porque no te la daria, y si te la diera, porque así conviniese á su política, te mataria luégo, como mató á don Jaime.

—¿Á qué tanta historia,—exclamó don Pedro,—que no sé de dónde la has sacado, cuando no se trata mas que de la historia de nuestro corazon?

—Me importaba tanto todo lo que te atañia, Pedro, que en tres meses, yendo de villa en villa, de castillo en castillo, haciéndome admirar por mi laud, por mi canto, por mi lujo, por mi juventud y por mi hermosura, sonriendo á este baron, halagando á aquella castellana, he sabido todo cuanto necesitaba saber acerca de tí; ¿y para qué habia de haberme hecho juglaresa yo, que, por los tesoros de Jonás, soy más rica que tú y que todos los nobles señores juntos de tus reinos? Á las juglare-

sas se las recibe en todas partes, y éllos, los nobles, son muy fáciles con éllas, muy llanos, porque una juglaresa que no es hermosa, muy hermosa, y que no está llena de todos los atractivos, de todos los encantos, no sirve para juglaresa; se moriria de hambre. ¡Oh, sí! Hace tres meses que tras de tí voy: salias de una villa, y entraba yo en élla; te veia á lo léjos, sentia el olor de tu rastro, tras tí quedaban vivas las murmuraciones; á poco que se preguntase se oia más de lo que de tí hubiera querido oir una persona que como yo te amase, y lo he sabido todo, todo, siguiéndote siempre, estando algunas veces muy cerca de tí, oculta entre la multitud que acudia ansiosa á conocerte, te veia, y hé ahí, decia yo, á mi pobre Pedro atribulado, desconfiando hasta de sí mismo, rebuscando como un hambriento la lealtad de sus grandes vasallos y pidiendo á voces como un mendigo amor y dinero; hé ahí las consecuencias de su funesta locura, y se me deshacia el álma en lágrimas. ¡Ah! tú no me engañabas, Pedro; bajo la tranquilidad de tu semblante yo leia tu agonía, yo te veia receloso, temiendo que las compañías blancas de Beltran Duguesclin rebosaran de Aragon, donde ya se encuentran, y no te diesen tiempo para juntar un ejército que oponerlas. ¡Ah, sí! yo lo veia todo esto; muchas veces, sintiendo más dolor que otras en mi corazon por tí, estuve á punto de decirte: . . . .

—No mendigues más, el oro es todo, toma mis

tesoros, levanta una hueste innumerable, métete por las tierras de tu infame primo el rey de Aragon, salva luégo el Pirineo, y vete á hacer una visita á Paris al insensato Carlos V, obligale á que se vaya á pedir hospitalidad al austriaco ó al húngaro y sé rey.

—Acepto,—exclamó don Pedro,—pero yo no puedo tomar una limosna de la pobre gitana por mí deshonrada, por mí abandonada; no, imposible; yo no tomaré una sola dobla tuya, pero aceptaré el dote de mi esposa.

—¡Ah! no, no;—exclamó Jacinta en un transporte de amor, en un heroico arranque de sentimiento;—no, no; tu esposa del alma sí; un nombre para mi hijo, un nombre bastardo, sí; pero yo tu esposa, yo reina, no, nunca, jamás; llegaria un dia, y tal vez muy pronto, en que creerias que yo te habia comprado la corona, que yo no te amaba, que yo habia querido ser reina; no, no, yo no quiero que dudes de mi amor, Pedro, no; todo lo que yo tengo es tuyo, el alma, la vida, el oro; pero quiero tener las ménos dudas posibles en el alma; quiero tener algun motivo para creer que me amas, porque tu amor es el mayor de mis tesoros.

—¡Ah! ¡mi esposa, mi esposa!—exclamó el rey, —¿qué me importa nada?

Y el rey dijo esto con una tal elocuencia, con un tal acento de verdad, que á Jacinta la vagaron los ojos, sintió como si un aniquilamiento se apo-

derara de élla, y se sentó sin fuerzas en el rico tapiz de que poco ántes habia levantado.

No vió en él al rey, sino al amante.

Don Pedro se habia olvidado completamente de Estrella.

Doña María de Padilla se habia perdido para él en lo olvidado; sólo veia ante sí á aquella valiente jóven, á aquella desconocida heroina del amor.

Jacinta se repuso á duras penas, y en fuerza de voluntad, del vértigo que la habia acometido.

Se inclinó hácia el rey y le tendió los brazos.

—Tuya, tuya, tu esclava sin voluntad,—exclamó; —haz, señor, de tu esclava lo que mejor quisieres; pero mira, pronto, muy pronto deja á Madrid, corre á Toledo, prepara acémilas; allí en Zocodover están tu honor, tu corona, tu vida, porque allí están mis tesoros, que te harán fuerte; véngate, mata, destruye, ensangriéntate, sé rey: aterra al aragones, al frances, echa al mar á los moros de Granada, degüella á tu infame primo don Pedro el del Puñal, hazte rey de Aragon, de Cataluña, del Rosellon, de Francia; sí, que tú eres bravo, amado mio; sí, que con el oro se logra todo, hasta lo imposible, y yo iré junto á tí á caballo, armada, á la cincha de tu caballo, tu primer paje de lanza; sí, rey mio, mi señor; ¡Santa María y San Lázaro por Castilla! vas á ser el rey más grande de la tierra.

—Con mi reina,—exclamó don Pedro.

Y estrechó á la gitana en sus brazos y la besó en la frente....

—¡Ah! ¡en la frente, señor!—exclamó Jacinta.

—Sí, sí, yo no besaré en la boca á mi alma hasta que mi alma sea mi esposa.

Y el rey gimió.

Aquel gemido habia dejado sentir tanto á Jacinta, la habia revelado de tal manera el amor delirante que por élla al fin se habia apoderado del rey, que, no pudiendo resistir á tanta emocion, reclinó sobre el hombro del rey la cabeza y rompió á llorar.

—El dia no tardará,—dijo el rey;—aprovechemos el tiempo; al amanecer hemos de estar en nuestro alcázar de Madrid el rey y la reina; ¿no hay por aquí en el campo una ermita, un santuario, donde haya un religioso ermitaño?

—Sí,—dijo con voz desfallecida Jacinta,—la hermita de Nuestra Señora de la Veracruz está cerca, muy cerca, y del culto de esta ermita cuidan los religiosos franciscanos de Alcalá.

—En marcha, pues,—exclamó el rey.

Y se levantó.

—¿Lo quieres?—exclamó Jacinta mirando al rey de una manera suprema.

—Lo quiere Dios,—exclamó don Pedro;—yo seria tan miserable que habria de avergonzarme de mí mismo si no me hiciese digno de la grandeza que en tí veo.

—Oye, oye,—exclamó, como si agonizara de fe-

licidad Jacinta, y en voz tan baja que era casi imperceptible;—un profundo secreto, Pedro, un profundo secreto: el sacerdote que santificará nuestro amor le guardará, yo le guardaré tambien; guárdale tú. ¡Ah! no, no, que no vea el mundo en tí un exceso más; el mundo es injusto, el mundo desatiende el corazon, no le conoce; nada más que lo que resplandece, lo que brilla le deslumbra; lo que no brilla lo desprecia; yo no quiero que digan de tí lo que dirian tus ricos-hombres ó tus caballeros, ó tus hidalguillos, si les hicieras sufrir una reina gitana. Enloquecerian de soberbia y se volverian contra tí rabiosos: ¡ah! no, no; soy tan feliz que la felicidad me mata; ¿para qué necesito yo que me llamen reina, que doblen ante mí la rodilla? No, con tu corazon me basta y yo tengo tu corazon, sí; le tengo entero; nada me puede causar celos, lo están diciendo tus ojos, Pedro de mi alma, el temblor de tu voz, tu alma entera que de tí se exhala para mí: ¡ah! yo estoy loca de alegría.

—Y á mí me devora no sé qué horrible, qué insoportable impaciencia; vamos, vámos cuanto ántes á esa ermita de la Veracruz.

Y el rey rodeó la cintura de la gitana y ambos salieron de la cabaña.

De improviso una voz robusta y feroz exclamó entre la sombra de la arboleda:

—Ténganse los que vienen y digan quiénes son.

—¡Álvar García!—exclamó el rey.—¡Ah! ¡buen

sitio para castigar la audacia á que se atrevió contra tí!

—No,—exclamó Jacinta,—Álvar García te es tan leal como la espada al puño, y no estás tán rico de leales que puedas malgastarlos.

—Ténganse, digo, los que vienen,—repitió con doble ferocidad Álvar García,—ó me voy sobre éllos..

—El rey y la reina,—contestó don Pedro.

—¡Ah, señor!—exclamó Álvar García,—yo os buscaba desesperado; yo habia notado que habíais salido de la casa del hidalgo con una dama; yo saludo á vuestrá señoría, señora reina doña Estrella.

Álvar García no podia creer otra cosa.

Suponia, y con razon, que era doña Estrella la dama que acompañaba al rey, y á la que el rey llamaba reina.

Y como don Pedro habia dado el ejemplo de casarse con doña Juana de Castro, no extrañaba en manera alguna hubiera elegido para hacerla su esposa á doña Estrella.

De las tres esposas que habia tenido don Pedro á un tiempo sólo vivia ya, de edad madura, doña Juana de Castro, y todo el mundo la consideraba como repudiada por el rey.

—No es doña Estrella su señoría,—dijo el rey;—es Jacinta, la gitana.

—¡Ah!—exclamó el feroz ballestero.

Y dejó sentir en su exclamacion el terror.

Se dió por muerto.

Era muy posible que Jacinta hubiese revelado al rey que él, al verla por el rey abandonada, había querido hacerla su manceba.

En tal caso debia darse por perdido; se le habia caido el cielo encima á Álvar García.

—Rompe para adelante,—dijo el rey con el acento más natural del mundo, como si nada hubiera sabido del atrevimiento contra Jacinta del ballestero,—ó más bien vente detras; tú no conoces estos sitios: la reina nos guiará.

Álvar García siguió al rey y á Jacinta murmurando para sus adentros:

—¡Dios quiera que siempre su señoría la reina calle como ha callado hasta ahora! ¡Quién habia de pensarlo! En fin, cosas de mi señor; es mucho rey el rey don Pedro: en nada se pára, nada le detiene, y hace bien: ¿cuánto tiempo durará esta reina?

Tenía razon Álvar García.

De doña Blanca de Borbon se separó el rey apénas recibidas las bendiciones, y no volvió á verla.

Con doña Juana de Castro vivió tres dias.

Con la única que hizo vida durante algunos años fué con doña María de Padilla.

Jacinta y el rey marchaban deprisa, agarrados de la mano.

Á los diez minutos salieron de la arboleda, atravesaron la cuesta, pasando junto á la casa-

fuerte del hidalgo don Pedro, que estaba silenciosa, y luégo empezaron á trepar por la vertiente de la derecha, esto es, por la Veracruz.

Á poco descubrieron la masa confusa de un edificio.

Era aquella la ermita de la Veracruz.

Llegó á élla Jacinta, y el rey llamó con el pomo de su puñal.

Contestaron inmediatamente desde adentro.

Se comprendia que el religioso ermitaño estaba en oracion.

Preguntó quién llamaba.

—El rey,—respondió don Pedro.

La puerta se abrió inmediatamente, y apareció un anciano religioso francisco, demacrado, venerable, con una larga barba blanca que le llegaba á la cintura.

—Padre,—le dijo el rey, en tanto que el religioso le hacía un leal acatamiento;—vengo á pediros la bendicion de Dios para unirme á mi esposa, que es esta señora que veis.

—Lo que el rey hace,—contestó digna y severamente el religioso,—júzguelo Dios; lo que el rey manda debe obedecerlo el vasallo, cuando lo que el rey manda no es el crímen; yo obedezco, señor.

—¿Y no teneis en la ermita uno que con este mi ballestero sea testigo de estas nupcias?

—Sí, uno de mis hermanos de nuestra casa de San Francisco,—contestó el religioso;—un lego,

pero que hidalgo fué en el mundo, y que, como siervo de Dios, no es siervo de nadie, y puede ser testigo valedero.

—Abreviemos, padre, si os place,—dijo el rey, que no era muy reverente con frailes ni clérigos.

—Pasad, señor,—dijo el religioso abriendo una puertecilla;—humilde es este santuario, pero no por eso es ménos una santa casa de Dios. Yo os ruego espereis un momento á que me revista.

El rey y Jacinta pasaron seguidos de Álvar García, y se encontraron en la ermita, opacamente alumbrada por una lámpara que pendia ante el altar.

Á poco se presentó por la puerta en la sacristía el religioso franciscano, revestido para la santa ceremonia y acompañado del hermano lego.

Todas las formalidades se redujeron á tomar juramento al rey y á Jacinta de si eran libres.

Así se hacía ántes del Concilio de Trento, de lo cual provenian muchos inconvenientes, que aquel santo Concilio obvió.

Despues de esto, y arrodillados sobre las desnudas gradas del presbiterio el rey y Jacinta, empezó la misa nupcial.

Bajo la palabra del sacerdote el rey dió las arras, y puso el anillo, que era su sello real, á Jacinta.

El religioso los bendijo.

Terminada la misa, el rey dijo al religioso:

—Padre, extended la partida, pero sea partida

secreta, cuyo secreto os obligareis á guardar con juramento, so pena, si le quebrantáreis, de alta traicion y lesa majestad divina y humana.

—Yo juro guardar el secreto de estas nupcias, —contestó el religioso,—y rogaré todos los dias, en el momento supremo de la consagracion, por que estas nupcias sean para bien del rey.

El religioso extendió en un pergamino la partida nupcial; firmaron los testigos, jurando el secreto; sacó una copia de la partida el religioso y la entregó al rey.

—Tened por de presente,—dijo don Pedro,— y para el culto de esta santa imágen.

Y entregó al religioso su bolsa, que estaba bien repleta de cruzados de oro cendrado.

—Además,—dijo el rey,—yo mando para el engrandecimiento de este santuario y para el culto de esta Santa Señora mil maravedises de oro en cada un año.

—Y yo,—dijo Jacinta,—mando á la Santa Madre de Dios, Vírgen María Nuestra Señora, y á Nuestro Divino Redentor, que, niño, tiene en sus brazos, dos lámpares de oro cendrado de cien marcos cada una, dos coronas de oro y diamantes, dos alkaites (collares) de perlas de diez vueltas y gruesas como garbanzos, y dos mantos de oro, en accion de gracias por la felicidad que me han dado y por que ayuden en sus tribulaciones al rey mi señor.

Se asombraron los dos religiosos.

¿Quién era aquella gitana, que de tal manera prometia tesoros á la Santísima Vírgen y á su soberano Hijo? Tal vez una gran princesa disfrazada de gitana y encubierto el nombre; sin duda así lo exigia la política.

Ni podia creerse otra cosa.

El único que conocia la verdad de la situacion, y aparecia por ello asombrado, atónito y casi aterrado, era Álvar García.

Salieron, al fin, de la ermita.

—Adelántate,—dijo el rey al ballestero,—y con los caballos á lo alto de la cuesta.

El ballestero se perdió á poco entre la sombra.

CAPÍTULO IX.

ALGO MÁS SOBRE EL CARÁCTER DEL REY DON PEDRO.

La casa del hidalgo estaba oscura, silenciosa.

Al pasar junto á élla, sintió don Pedro algo de despecho.

El acto que acababa de consumar, esto es, su casamiento morganático con la gitana, hacía imposible su union con doña Estrella.

Y dirán nuestros lectores: ¿qué especie de señor era éste, que así se dejaba arrebatar por sus pasiones, y así se contrariaba á sí mismo, tejiendo y destejiendo á su voluntad la tela de sus deseos?

Pues éste era el rey don Pedro.

Alma volcánica.

Existencia exuberante.

Voluntad terrible, que queria subordinarlo to-

do, dominarlo todo, y que se encontraba con las grandes dificultades de las convenciones sociales.

Materia absorbente, que se saturaba de todo aquello con que se ponia en contacto y obraba con arreglo á la saturacion.

Espíritu móvil, que se engañaba constantemente á sí mismo, y que luchaba, rugiendo, con las mismas dificultades que se habia creado.

Locura fácil, que sobrevenia á poca que fuera la fuerza de una impresion.

¡Cuántas veces, sobrevenida la calma tras la cólera, la razon tras la locura, el rey don Pedro debió arrepentirse de la atrocidad que acababa de hacer!

Esto debió ser en gran manera despues del horrible asesinato en Carmona de los dos niños infantes, sus hermanos, aunque bastardos, reconocidos por el rey don Alfonso el onceno.

Cierto es que él aborrecia á aquella familia, y que el aborrecimiento y la ira producen la injusticia y encallecen la conciencia.

Pero aquellos infelices niños eran inocentes.

No habian llegado á la edad en que la ambicion aconseja la traicion.

Ya el tenerlos presos y maltratados era una crueldad.

Hay disculpa en la cruenta muerte inferida por el rey don Pedro á don Fadrique, maestre de Santiago, á su primo don Juan y á su hermano don

Tello; eran traidores reconocidos, como don Enrique de Trastamara.

Habian engañado una y otra vez á don Pedro. Una y otra vez le habian hecho traicion.

Habian hecho más odioso el aborrecimiento que le tenian, haciendo que aquel aborrecimiento tomase á veces la apariencia hipócrita del amor.

Terrible habia sido don Pedro con un centenar de sus grandes vasallos; sus ballesteros de maza estaban cansados de matar.

Pero si se estudia la historia de todos los reyes, se verá que todos han estado rodeados siempre de ambiciosos y de traidores, que han procurado anular el poder real y volverle en su provecho.

Particularmente en la Edad media, en que cada noble se creia un rey, cuando el rey era débil, se encontraba reducido á una situacion vergonzosa, dolorosa, acosado por todas partes por la humillacion, saqueadas las rentas reales, despedazado el reino por la ambicion de los grandes.

Pero aparece un don Jaime el Conquistador, leon humano, fiera con alma; siente desde muy jóven la tiranía de sus grandes vasallos, se revuelve por instinto contra éllos, y, niño aún, con un puñado de caballeros alancea al soberbio don Pedro Ahones, y con esta muerte bravamente hecha sobre un rico-hombre, mejor resguardado que el rey, empieza la roja aureola que tan terrible hizo á don Jaime el Conquistador.

Sobreviene don Pedro III, el Grande, y los nobles sienten la mano terrible del señor.

Nace luégo Pedro IV, que desbarata en Epila á la nobleza aragonesa, se ensangrienta en élla; ahorca, degüella, descuartiza; rompe en las Córtes de Zaragoza con su puñal el privilegio de la Union, privilegio anárquico con el cual no habia rey posible; hace tragar á algunos magnates el bronce fundido de la campana que los llamaba á junta, y con el terrible escarmiento de tanto noble despedazado hace un estado fuerte, prepotente y unido del reino de Aragon; una de las mayores y más fuertes monarquías de aquel tiempo.

Ya el piadoso don Fernando el Santo habia dado un ejemplo formidable de su crueldad católica cociendo á fuego lento en sus formidables calderas á los herejes albigenses, en virtud de lo cual los soberbios señores castellanos levantaron la pata, se pusieron atentos y se redujeron á un sistema de sumision y de órden lo más rígido del mundo, no fuese que el cocedor de herejes, que ya les habia tomado el gusto á aquellos cocimientos, siguiese halagando su paladar con cocimientos de nobles.

Alonso el Sabio y Sancho el Bravo se hacen respetar en fuerza de escarmientos; y siempre la ley del imperio, la fuerza.

Al débil se atreven todos.

Se abusa de él, se le desprecia.

Se le reduce á una situacion penosa, humillante, áun infamante.

La soberbia humana se satisface á costa del rey y á costa del reino, para el cual se multiplican los tiranos, insaciables é infames.

Hé aquí por qué todas las repúblicas han caido, por qué, á título de libertad, se rompe el principio unitario y autoritario por la multiplicidad de los tiranos.

Se ha hecho insoportable la situacion de los pueblos.

Por eso la historia, que siempre tiene algo de novela por lo conmovedor de sus altas situaciones dramáticas, se pone de parte de los inmolados, y olvidando la severidad de su crítica, hace que el lector se interese por pequeños tiranos, que han sucumbido bajo la fuerza ó la astucia de un tirano mayor.

Si se examinan bien los hechos de los grandes señores, de los grandes revolucionarios que han caido bajo la mano de los reyes terribles, se verá que casi siempre eran grandes infames, que libraban un duelo á muerte con el rey.

Por este lado, don Pedro es disculpable á todas luces.

Su padre le habia dejado una herencia de sangre.

Le habia abandonado.

Más que á él habia amado á sus hijos bastardos.

Habia vivido lo bastante para dejar crecidos á sus bastardos hijos y acostumbrados al mando que les dejaba la debilidad del amor de su padre.

Esto habia producido las coaliciones y las traiciones.

Y hay que tener en cuenta lo que eran los ricoshombres: pequeños reyes con derecho de vida ó muerte sobre sus vasallos.

Soberbios todos.

Rapaces todos.

Y todos casi de la misma estofa que el ricohombre de Alcalá.

Pero no se vierte sangre sin contraer el gusto por la sangre, sin la terrible sed del exterminio.

Don Pedro llevó hasta la locura sus últimas ejecuciones: particularmente aquellas á que se entregó despues de la muerte de doña María de Padilla, que indudablemente, por el prestigio que sobre él tenía, le contenia, revisten ya el carácter de una monomanía feroz.

Cualquier cosa, la más leve contradiccion, producia la cólera del rey y la señal de exterminio, que, ciegamente obedecida, producia inmediatamente un cadáver.

El terror cundia.

El rey era una fiera suelta.

Sus más leales vasallos se estremecian á la sola idea de que una intriga de corte, una calumnia, un error ó un momento de mal humor del rey hiciesen caer sobre éllos la muerte.

La naturaleza del rey don Pedro se habia irritado, y no podia sufrir nada que se opusiese á su voluntad.

Para él no habia barrera ni límite.

Lo superaba todo.

Allá iba donde su viciada voluntad le llevaba.

Y lo mismo que se dejaba arrastrar por la ferocidad, por la aficion á la sangre, se dejaba arrastrar por la voluptuosidad, por el amor á la mujer.

Era impresionable de una manera excesiva y habia en él grandeza.

Á veces perdonaba á un vasallo que le habia sido traidor, pero que, al verse sentenciado, habia tenido un arranque que habia impresionado al rey.

De la misma manera que acabamos de verle impresionado por el magnífico desarrollo de la hermosura de Jacinta y por su ruda valentía al hablarle.

Le hemos visto trasportado, tan generoso y grande, reconociendo los fueros del corazon y las imprescriptibles leyes de la naturaleza, llegando hasta el punto de hacer reina, aunque ocultando aquel acto bajo un profundo secreto, á una gitana.

Esto era muy del rey don Pedro.

Siempre su voluntad.

Siempre su soberbia, que se sobreponia á todo.

Siempre la satisfaccion de sus pasiones.

Siempre la protesta de hecho contra el órden social, contra las dificultades creadas por él.

Don Pedro era una naturaleza monstruosa.

La lucha constante, la constante victoria, sobre

todo lo que un hombre de razon hubiera considerado imposible.

Pero la movilidad del carácter del rey le hacía pasar rápidamente de un sentimiento á otro.

Mejor dicho:

Impresionado fuertemente, concentrada toda su actividad y toda su fuerza en una idea, todo lo olvidaba.

Lo sacrificaba todo á aquella idea.

Podia decirse que contraia una embriaguez.

Pero aquella embriaguez pasaba.

Se deshacia el encanto, y don Pedro volvia á la universalidad de sus afectos.

Esto es muy comun en el corazon humano.

Así en la embriaguez de sus pasiones dificulta un hombre su vida.

Se le hace penosa é insoportable.

Lo que no es comun es la tremenda energía del rey don Pedro, y aquella su manera de echarse, como vulgarmente se dice, el alma á la espalda, encogerse de hombros, y decir «No importa, adelante».

Y cada adelante del rey don Pedro era la preparacion de un nuevo horror.

Así es que, atenuada la impresion que en él habian causado la hermosura, la valentía y la elocuencia de sentimiento de Jacinta, al pasar junto á la casa de doña Estrella, volvió doña Estrella á influir sobre él.

Sintió un movimiento de despecho al ver que

habia creado una dificultad al unirse con Jacinta.

Pero dijo, como siempre: «Adelante, no importa».

¿Cómo habia de modificarse el rey?

Don Pedro no podia modificarse.

Don Pedro debia ser siempre el mismo.

Tenía á Jacinta.

¿Qué importaba?

¿Por qué no habia de tener tambien á doña Estrella?

Y aquel hombre habia ido á Alcalá á castigar la soberbia y los excesos del rico-hombre don Tello.

¿Y quién habia de castigar los excesos y la soberbia de don Pedro?

La lógica.

La necesidad.

Dios.

El que todo lo provoca, el que todo lo desprecia, el que todo lo acomete, debe sucumbir necesariamente ante el espíritu de conservacion de aquellos que se ven amenazados.

Dios resplandece siempre.

Dios ha hecho su obra perfecta.

Ninguna iniquidad ha quedado impune.

No se nos saquen á cuento los tiranos que han muerto de enfermedad natural en su lecho.

¡Quién sabe lo que han sufrido!

¡Quién sabe lo que han penado en el oscuro fondo de su conciencia!

No se contraría impunemente la justicia, que es la razon, lo conveniente, lo necesario.

Toda falta, todo pecado, todo crímen, ha llevado siempre adjunto su castigo relativo, preciso, indeclinable, inevitable.

¿Quién duda que el rey don Pedro, así como todos los tiranos, debió sufrir horribles diálogos con su conciencia, noches espantosas pobladas de espectros?

Procesiones de sombras rojas.

Apariciones terribles.

Don Pedro debió ver más de una vez el formidable espíritu de su padre el rey don Alonso sobreviniendo á pedirle cuenta de la sangre de sus dos hijos niños, inhumanamente sacrificados en Carmona.

Debió escuchar en el silencio de la noche el aullido de venganza de tantos como tan cruelmente y tan sin razon habia despedazado.

Y aquella su terrible locura debia ser hija de la asfixia causada por el vapor del lago de sangre en que se encontraba anegado.

Sin embargo, seguia sin vacilar su senda de horror.

Y seguia sucumbiendo á la tiranía de su *yo* satánico.

No sabemos por qué se llama á don Pedro el Cruel don Pedro el Justiciero, á no ser apelando á una cuestion de locucion.

Mañero se llamaba al que era mañoso.

Al hazañoso hazañero.

Podia llamarse tambien justiciero al ajusticiador, al que ajusticiaba con razon ó sin élla, por medio de sentencia valedera; y ya se sabe que en aquellos tiempos era valedero, legal, el mandato del rey.

De esta manera la palabra justiciero se une perfectamente con el calificativo cruel.

Pero ¿cómo llamar justiciero á un hombre atropellado que se dejaba arrastrar sin resistencia por todos los excesos de su voluntad despótica é irritada?

No parecia sino que el rey don Pedro se habia dicho:

—Yo soy señor, yo soy rey, para hacerlo todo á mi buen placer, con razon ó sin élla, pero siempre con la suprema razon de mi poder y mi voluntad.

Y como era monstruosamente valiente, porque era monstruosamente colérico, resulta un tirano único en la historia.

Porque no, nadie ha acometido jamás tales y tan bárbaros actos como el rey don Pedro.

De todo punto simpático para el pueblo, porque mató muchos nobles y porque en él habia mucho de magnífico, de caballeresco, de embriagador, tenía además la figura hermosa.

Era propenso á lo dulce, á lo poético.

Tenía mucho de artista y, por notables y múltiples rasgos suyos, era un gran político, desgraciadamente anulado por su insensata voluntariedad y por su terrible é inconsciente cólera.

Tal era el rey don Pedro, el personaje más discutido que puede darse.

Sombra gigantesca, mitad luz, mitad sombra, y que hubiera sido un gran rey de reconquista, otro don Jaime el Conquistador, si la ambicion y la rebeldía de sus hermanos y de sus grandes vasallos le hubiesen dejado tiempo para revolver contra el enemigo comun, contra el moro de Granada.

Además, Castilla estaba muy léjos de ser tan poderosa y tan extensa como Aragon, que poseia el condado de Barcelona, y Murcia, las Baleares y el Rosellon; nacion en gran parte marítima, en tanto que Castilla se encontraba enclavada en el centro de la Península en una extension infinitamente más reducida que la de Aragon.

Sea como quiera, don Pedro es una gran figura.

Lo que la falta no es por culpa suya, sino por las circunstancias que la rodearon.

Reinado corto además, porque don Pedro murió muy jóven, sin haber podido dominar á sus grandes vasallos rebeldes.

¡Quién sabe adónde hubiera llegado si en Montiel, en vez de encontrar el puñal fratricida de don Enrique, hubiera encontrado la victoria, si don Enrique hubiera sido el muerto!

Tal vez, y sin tal vez, la victoria de Montiel hubiera sido para don Pedro de Castilla lo que la victoria de Epila para su primo el rey de Aragon don Pedro IV, el del Puñal.

CAPÍTULO X.

DE CÓMO ENCONTRÓ ALVAR GARCÍA ALGO EN QUÉ ENTRETENERSE MIENTRAS QUE NO DE MUY BUEN HUMOR ESPERABA AL REY.

Llegaron adonde estaban los caballos, y Alvar García los sacó al camino.

Estaba éste de todo punto solitario.

En la casa del hidalgo don Pedro, del padre de Estrella, no se veia ni por un resquicio luz en el interior.

Si doña Estrella velaba, velaba entre las tinieblas; de otra manera, por las rendijas de las mal ajustadas maderas de la ventana de su aposento se hubiera visto luz.

Don Pedro tomó en sus brazos á Jacinta y la puso sobre su caballo.

Luégo montó él, reteniendo á la gitana en sus brazos.

Álvar García habia hincado la rodilla, se habia encorvado, y su hombro habia servido de estribo al breve pié de la gitana, estrémeciéndole, no de voluptuosidad, de miedo, porque él se acordaba de sus pretensiones respecto á Jacinta, y temia su venganza.

De la misma manera el hidalgo ballestero de maza habia servido de estribo al rey.

—Á caballo, Álvar García,—dijo don Pedro.

Y revolvió el caballo hácia Alcalá.

—Adelántate,—dijo el rey,—apodérate de la barca como al venir.

—Y esperad allí,—dijo Jacinta.

—¿Adónde, pues, vamos?—dijo el rey.

—Á mi cabaña,—contestó Jacinta.—¿Cómo puedo yo dejar allí mis dos laudes, el tuyo y el mio, mis trebejos, á que tengo tanto cariño, mis trajes, mis ropas de juglaresa, á las cuales he cobrado tambien una grande aficion, mi pobrecillo asno, que tanto me ama, y á más de esto cierta razonable cantidad en buenas doblas de oro cendrado que allí se encuentra; quiero además destruir la cabaña incendiándola, que no quiero que en élla entren otros, y tal vez influya sobre mí su mala fortuna, porque aquí durante algun tiempo quedaria algo de mi espíritu: si donde una criatura ha vivido y sufrido algun tiempo queda algo de su sér, algo de su pensamiento, algo de su alma, el fuego todo lo consume, todo lo purifica. Vamos, vamos hácia mi cabaña, Pedro.

El rey revolvió otra vez el caballo y, saliéndose del camino, ganó el sendero que conducia á la arboleda y á la cabaña.

Empezaba á hacerse la noche más clara.

Salia la luna.

Alvar García, entretanto, marchaba hácia el Henares, y murmuraba:

—Es necesario tener mucho cuidado; si yo hubiera podido adivinar..... Pero ¿quién habia de creer que el rey, que cuando desecha á una mujer no vuelve ni áun á acordarse de élla, habia de encontrarse con Jacinta, quiero decir, con su señoría la muy alta, muy poderosa y muy temida reina de Castilla doña Jacinta, la gitana? Debe de haber embrujado á mi amo. Pero ¿qué más brujería que sus ojos? ¿Quién los resiste? En fin, paciencia; Alvar García, mucho cuidado, hijo, mucho cuidado, no sea que tu bravo señor te eche, como una liebre á los podencos, para que con élla se entretengan, á tus compañeros, que no se detendrian gran cosa, que no se pararian en miramientos: qué, ¿no está ahí el ejemplo de Gutierre de Toledo, uno de los cabos más valientes de los ballesteros del rey, machacado á mazazos por los mismos ballesteros que poco ántes le obedecian, por una sola mirada del rey? Sin duda estoy en peligro. Pero, en fin, si el rey pensase arrojarme á mis camaradas, no hubiera yo sido testigo de su secreto casamiento. Élla debe haber guardado el secreto, y élla me defenderá, porque no querrá falte

uno de los testigos de su casamiento con el rey. Verdad es que yo he firmado, pero es fácil hacer pasar una firma por falsa: por haber muerto el señor Juan Fernandez de Hinestrosa, tio de doña María de Padilla, hay ahora quien niega la validez del casamiento secreto de doña María con el rey; y eso que el señor Juan Fernandez firmó con todas sus letras; y eso que confirmaron don Diego García de Padilla y gran número de prelados y ricos hombres; y luégo ¿quién sabe? yo soy un buen mozo; cosas más difíciles se han visto; las mujeres guardan más fidelidad á los amantes que á los maridos; la verdad es que si Jacinta no aceptó mi amor y mi amparo, yo no insistí mucho; y élla me miraba de un cierto modo con sus grandes y lucientes ojos: ¡bah, bah! soy demasiadamente receloso: tal vez por este casamiento llegue yo á una gran fortuna; ¡si élla me amparara!... ¿y por qué no ha de ampararme? Los vasallos leales van escaseando alrededor del rey.

Despues de pensar Álvar García en soplarle la esposa al rey, su señor, se atrevia á llamarse leal.

¿Y por qué no? Hay lealtades muy casuísticas; sobre todo amar aquello que ama la persona á quien debemos ser leales es sentir como él siente, identificarse con él, vivir en parte en su misma atmósfera.

Está visto que los reyes no tienen amigos.

Los que al lado de don Pedro continuaban era porque así convenia á sus intereses ó por hacer

valer de una manera extraordinaria sus servicios, aunque con gran riesgo; porque ya hemos dicho que don Pedro habia contraido la monomanía del exterminio, la cual se habia revelado de una manera terrible despues de la muerte de doña María de Padilla.

Álvar García llevaba á un medio trote su caballo; así lo permitia lo suave de la cuesta, y no contuvo lo rápido de su marcha sino poco ántes de llegar al rio, en que el declive se acentúa.

Llegó Álvar García á la cabaña del barquero, llamó y dijo en voz recia, agria é imponente:

—Ahí junto á la puerta os dejo otro maravedí de oro; haced como ántes: no salgais, ni mireis, ni áun escucheis.

—Estad tranquilo, señor caballero,—respondió una voz ruda desde adentro,—que yo no soy curioso, y además me encuentro muy bien en mi lecho.

—Pues dormid hasta que yo os despierte,—dijo Álvar García.

Y se fué á ponerse al abrigo de la cabaña por la parte en que no la batia un cierto vientecillo glacial que se habia levantado.

Echó pié á tierra, se envolvió en su tabardo y esperó.

Poco despues se oyeron al otro lado del rio unas voces descompasadas.

—¡Eh, barquero, barquero!—decian;—¡acudid con la barca!

—¿Quiénes diablos son éstos que quieren pasar á estas horas?—dijo Álvar García. Se oye rumor de alguna gente reunida y han relinchado dos caballos; con fueros habla el que habla: ¡si será el rico-hombre de Alcalá!

Se repitió el llamamiento con más fuerza.

El barquero no respondia, ni más ni ménos que como si hubiera estado muerto.

Álvar García puso las trabas á su caballo, dió la vuelta á la cabaña y dijo:

—Esperad, que allá va la barca; pero ántes digan quiénes son.

—¿Qué os importa á vos quién sea?—contestó acreciendo en soberbia su voz.

—Pues si no decís quién sois, no pasais, á no ser que vengais á nado, y no os envidio el pasmo que cogereis si os atreveis á eso.

—¡Mirad que puede pesaros!—contestó la voz con más soberbia aún; bien se conoce que vos no sois Alfon Perez, que, si él fuera, no se atreveria á desobedecerme, ó yo le ahorcaria.

—Hablad algo más llano, señor rico-hombre,—dijo Álvar García, que ya se habia quitado la enorme ballesta que llevaba á la espalda y la habia armado,—ú os envío á un amigo que no ha de daros mucho gusto.

—Disparad á ese insolente,—dijo el rico-hombre de Alcalá, que él era.

Apénas habia dicho el rico-hombre estas palabras cuando sonó seco, siniestro, el chasquido

de la ballesta de Álvar García, y se oyó el ronco zumbido de la jara.

Al mismo tiempo, y porque la luna ya habia salido y habia luz bastante para hacer puntería, el ballestero se dejó caer en tierra y se cubrió con las accidentaciones del terreno, armando de nuevo su ballesta.

Inmediatamente despues del disparo hecho por Álvar García se oyó una blasfemia.

La jara habia agarrado en el creston del bacinete de don Tello con una fuerza tal, tan inmoderada, que, no pudiendo levantarse el casco de sobre la cabeza del rico-hombre, á causa de las carrilleras, le causó un dolor agudísimo.

Porque como don Tello era extremadamente colérico, de cólera tenía abierta la boca y le temblaba la lengua entre los dientes, y, al cerrarse éstos de improviso por el violentísimo empuje de la jara, la cogieron enmedio, lo cual trasportó de furor á don Tello.

¿Era que el que habia disparado habia tirado muy alto, con el solo objeto de hacerle una enérgica é inequívoca advertencia, lo cual demostraba una maestría inaudita en el tiro de la ballesta, ó era que habia errado el golpe?

Sea como quiera, el rico-hombre habia sentido la injuria de que se disparase contra él en sus propios estados, y, á más de esto, un agudo dolor en la lengua, lo que debia irritarle, pues parecia que el cielo habia ayudado al disparo, yen-

do á lesionar con él la parte con que el rico-hombre expresaba su soberbia.

Ocho ó diez jaras habian pasado sobre Álvar García.

Éste, sin dejar su posicion en tierra, habiendo armado de nuevo la ballesta, disparó sobre uno de los que estaban á la derecha del rico-hombre, y, á pesar de que el que habia tomado por blanco Álvar García llevaba una fuerte loriga y una coracina, no le aprovecharon, porque la violenta jara, dándole enmedio del pecho, atravesó como si hubiera sido un papel la coracina, falseó la malla y su sangrienta punta salió por el otro lado.

Eran mucha cosa las ballestas de que estaban armados los ballesteros de maza del señor rey don Pedro.

Se pondera la fuerza de las nuevas armas de precision, y, sin embargo, alcanzaban, aunque á una distancia infinitamente menor, una mucho mayor fuerza aquellas magníficas ballestas toledanas.

Ayudaba además á esta fuerza lo diamantino del hierro de la jara.

El herido dió una gran voz de espanto, y cayó para no levantarse más.

—¡Juro á Dios que he de hacer despedazar á ese por cuatro potros!—exclamó el rico-hombre.

—¿Y así es como vos cumplís vuestras palabras?—dijo de improviso una voz á espaldas del rico-hombre.

Se habia oido un momento ántes ruido de precipitados pasos de caballos.

—¿Y quién os mete á vos, don Juan de Vargas, —exclamó el rico-hombre,—á pedirme cuenta de mis acciones?

—Vos sois un villano,—exclamó don Juan,—y vengo bien apercibido para impedir vuestra villanía.

—Ya se ve, traidor,—exclamó el rico-hombre,—que vos habeis puesto gente de la otra parte del rio; pero no os ha de valer vuestra industria, porque aquí mismo vais á perecer á mis manos.

—Anda y que se coman los unos á los otros,—exclamó Álvar García;—pero, bien mirado, ¿por qué no les he de hacer yo desde aquí aire? Éste es un entretenimiento como otro cualquiera.

Llevaba pendiente del talabarte Álvar García un carcaj ó portajaras en que habia como una docena y media de estas últimas, que eran muy delgadas y muy ligeras.

Álvar García podia muy bien atreverse á gastar una docena de éllas, y, sin dejar su posicion tendido en tierra, empezó á elegir desdichados; y decimos desdichados, porque allí adonde miraba Álvar García allí ponia la jara y se acababa un hombre.

CAPÍTULO XI.

EN QUE SE VE QUE ÁLVAR GARCÍA ERA UN BUEN MOZO DEL TODO.

Se habia trabado una refriega al otro lado del rio, entre el rico-hombre, con los ocho ó diez escuderos que le acompañaban, y don Juan de Vargas, con otros ocho ó diez que habia traido.

No fiándose mucho don Juan de Vargas de la palabra que le habia empeñado don Tello de no intentar nada respecto á doña Estrella mientras ambos no se vengasen del rey, habia sobornado, sin perder un momento, á uno de los criados del rico-hombre, á fin de que le avisase si salia de Alcalá con gente.

Encontrábase don Juan en una orgía, en que se consolaba del mal tercio que el rey le habia hecho con doña Estrella y de la injuria que habia

sufrido, cuando el servidor del rico-hombre, al que habia sobornado, fué á avisarle de que su señor se preparaba en el castillo para salir de la villa; que podia ser muy bien que su salida fuese en direccion á la Torre de Zulema, puesto que habia mandado á sus escuderos se proveyesen de una litera, cuya litera no tenía sin duda otro objeto que el de conducir á doña Estrella.

Saber esto don Juan, irse á la casa-fuerte que en la villa tenía, hacer que sus escuderos ensillasen sus rocines y salir con éllos fué obra de muy poco tiempo.

Pero ya el rico-hombre llevaba algo de delantera, de modo que llegó algunos minutos despues que él á la barca.

La pelea se habia librado inmediatamente.

Pero fuese que la suerte favoreciese á don Juan, ó que sus escuderos fuesen más bravos que los del rico-hombre; fuese porque las jaras de Álvar García, yendo á dar en el tumulto, ó, mejor dicho, en el trabado y movible grupo que formaban los combatientes, hiriesen, es decir, matasen sólo escuderos del rico-hombre, éste se vió reducido á cuatro jinetes, agobiado y arrollado contra el rio, en el cual hubo de meterse con su caballo, temeroso de una muerte segura.

Álvar García le veia perfectamente, y áun le reconocia, y hubiera podido acabar con él enviándole una jara; pero esto era ménos divertido que lo que se habia propuesto, y, á más de esto, no

queria privar al rey de hacer lo que mejor le pareciese con aquel soberbio rico-hombre.

Una vez dentro del rio don Tello, ninguno se atrevió á seguirle.

Por allí el Henares es profundo y traidor, y aunque un caballo es fuerte y se defiende bien en un remolino, casos se han dado en que un remolino ha sorbido á un jinete y á su caballo.

Era la noche muy fria y el agua debia causar espanto.

Por otra parte, con rendirse los vencidos, que no eran ni con mucho tan soberbios como su señor, estaba la cuestion terminada.

El caballo de don Tello era un buen corcel de batalla, grande y vigoroso, y no le arrastró en gran manera la corriente porque llegó á la otra orilla sólo á unos treinta pasos de la barca.

Entretanto Álvar García habia avanzado encorvado, ocultándose entre los brezos y las accidentaciones; se habia descolgado la maza de armas de la cintura, volviendo á ponerse á la espalda la ballesta, y cuando el corcel de don Tello ganó la orilla, saltó á su freno, le sujetó por él con la mano izquierda, y, alzando el brazo derecho, dió tal mazazo en un hombro al rico-hombre que le echó desapoderado del caballo abajo.

—¡Ah, traidor, infame!—exclamó don Tello,—¡y qué bien habias preparado tu alevosía!

—Vuesa merced, señor rico-hombre, se equivoca,—dijo Álvar García, mientras se llevaba al rico-

hombre como un tigre puede llevarse á un ternero; —ni yo sirvo alevosos, ni nada tengo que ver con ese otro con quien tan desgraciadamente os habeis combatido; en verdad; que yo le he ayudado sin querer, porque os he matado como quien se come guindas siete escuderos, que muertos me parece deben ser porque todos los del otro han cargado sobre los pocos que os he dejado.

Y seguia tirando del rico-hombre, pero cuidando de no estrangularle ni romperle con un movimiento brusco las vértebras cervicales.

En fin, le llevó adonde habia dejado su caballo, y, sacando de las alforjas aquella larga cadena de alambre recocido, con esposas á los extremos, que servía á los caballeros de la Edad media para llevar á la cola de sus caballos á los que se les daban á prision, le esposó y fué á pasar el otro extremo de la cadena á una anilla del borren posterior ó de la concha de la silla de batalla de su corcel.

El rico-hombre no habia podido levantarse del suelo ni moverse.

La mazada habia sido formidable.

Á más de esto, sentia en las extremidades inferiores de su cuerpo unas convulsiones violentísimas, á causa sin duda de la inmersion en las heladas aguas del Henares.

—¡Pues este caballero se divierte!—dijo Álvar García.

Y sacando una cajita de plata, la abrió y tomó de

élla un pedazo de pasta de adormidera, es decir, de opio, y se puso á mascarlo, costumbre que habia adquirido en Granada de los moros, adonde le habia enviado, con mensaje al rey, su amo el rey don Pedro.

De tal manera se habia acostumbrado al opio Alvar García, que para embriagarse, es decir, para dormirse, necesitaba una gran cantidad.

Don Juan, vencedor ya, porque don Tello habia huido y porque los últimos escuderos de éste se le habian rendido, daba voces llamando al barquero para que acudiese con la barca, ansioso de coger á don Tello y librarse de los peligros y de los inconvenientes en que pudiera meterle don Tello, matándole.

Don Juan no se habia apercibido, porque estaba ocupado con la rendicion de los últimos combatientes de don Tello, de que éste habia sido cogido, y continuaba llamando á voces al barquero, amenazándole y jurando por los cielos y la tierra.

Pero como si hubiera llamado á un poste.

Por su parte Alvar García, sentado en el suelo, abrigado del viento, mascando su opio, rebujado en su tabardo, teniendo de la mano su caballo y á distancia á don Tello, dejaba dar voces, y pensaba que en aquella ocasion don Pedro debia pasarlo mejor que él.

—Con tal que con la gloria no se le vaya á mi señor la memoria,—dijo Alvar García,—y no se esté por allí hasta que amanezca, todo irá bien.

No, pues si hemos de llegar á Madrid ántes del amanecer, ya está tardando su señoría.

Á todo esto, continuaba don Juan dando voces.

—¡Vive Dios! que ya me va incomodando ese,—dijo Alvar García.

Y se alzó, se quitó de la espalda la ballesta, salió á un ángulo de la cabaña, y vió al otro lado, á caballo, con las dos manos juntas, á manera de bocina, á los lados de la boca, á don Juan, que voceaba ya en perfecto estado de cólera, llamando al barquero.

Disparó Alvar García, é inmediatamente don Juan hizo un movimiento brusco y desmontó al contrario, es decir, por el lado derecho.

Consistia esto en que el divertidísimo Alvar García habia tirado sobre un calcañar de don Juan, y á pesar del zapato de hierro le habia clavado en el talon izquierdo la jara, con lo que habia hecho levantar la pata violentamente á nuestro hombre.

Fué á arrancarse don Juan la jara, pero como la punta era arpada, las puntas se agarraron á su carne y le hicieron dar un bramido de dolor.

Se necesitaba una operacion quirúrgica.

No habia medio de permanecer allí.

Hizo le metiesen en la litera que el rico-hombre habia llevado para trasportar á doña Estrella, y se fué, no á Alcalá, que estaba receloso por la fechoría que, impulsado por el amor, habia hecho á don Tello, sino á una pequeña casa fuerte que

tenía allí cerca, hácia el nacimiento del Henares, llevándose prisioneros á los cuatro escuderos que habian sobrevivido.

Todo lo que queria decir que tanto el rico-hombre como don Juan, su rival, habian echado muy mal lance.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO EL REY DON PEDRO SE LLEVÓ CONSIGO AL RICO-HOMBRE DE ALCALÁ.

Acababan de desaparecer entre la bruma por el otro lado contra la corriente del rio don Juan y sus escuderos con sus prisioneros, cuando se apercibió Álvar García de un poderoso rebuzno que venía de la parte de la cuesta; y era que el corcel de don Tello no era corcel, sino corcela; imprevision en la que no sabemos por qué habia dado el rico-hombre; que no es prudente ir con yeguas donde hay caballos.

Pero éste es un hecho que consta auténticamente en la historia.

El borrico de Jacinta habia venteado á la corcela, y la saludaba cumplida y amorosamente.

—Yo debia rebuznar tambien,—dijo Álvar Gar-

cía;—pero paciencia y barajar, y dejemos venir al tiempo, que mujeres hay muchas y reyes como mi amo no hay más que uno sólo en el mundo, y es necesario guardarle el aire.

Dicho esto se acercó al rico-hombre, y dijo dándole con el pié:

—Veamos si este da razon de sí.

Á don Tello se le habia pasado una gran parte del vértigo producido por el golpe de maza, y al sentir la punta del férreo zapato de Álvar García, saltó como un tigre; pero se encontró con las manos á la espalda, sujetas con fuertes esposas.

Estaba además terriblemente quebrantado.

Álvar García ni áun se dignó dirigirle la palabra.

Montó á caballo y arrancó.

Don Tello, por no ser arrastrado, tuvo que ponerse á la carrera.

Era un partido necesario; el mejor que podia tomar.

Su soberbia no tenía eleccion.

Cuando se ven esas largas cadenas con esposas á un extremo, cerradas por un candado, y se supone estas esposas en las manos de un cautivo, y sujeto el otro extremo de la cadena al arzon, y se supone además que, llevando á los cautivos de esta suerte, cayesen fuerzas superiores sobre los que los conducian obligándolos á apretar los acicates y á salir á escape, nos crispamos.

Aun cuando debe suponerse que uno de aque-

llos jinetes se apresuraria, si le importaba huir ligero, á soltar al preso, como esto no podia hacerse inmediatamente, hay que pensar con horror en los sufrimientos del cautivo.

El rico-hombre se plegó á las circunstancias, pero con gran pena, porque el mazazo del hombro le habia desguazado.

Á poco apareció el rey don Pedro á caballo, llevando ante sí á Jacinta y detras el asno, que seguia á su señora como hubiera podido seguirla un falderillo.

—¡Vive Dios!—esclamó el rey al llegar junto á él Álvar García,—¿qué diablo de reata es esa que traes?

—Señor, un cautivo;—contestó Álvar García;—y cualquiera que de improviso lo viera, y al contemplar la luz del incendio que ilumina la cuesta y á este rico-hombre á la cola de mi caballo, y allá en la orilla del rio unos cuantos muertos, creería que por estos sitios se habia dado una batalla.

En efecto, allá en lo alto de la cuesta por la ladera de la Veracruz, se levantaba una espesa columna de humo, y se veía una grande hoguera.

Era la cabaña de Jacinta, que ardia.

La jóven habia cargado en el jumento todo lo que habia podido cargar y puesto en unas alforjas, á la grupa del caballo del rey, un no liviano peso de oro en doblas de la banda, y despues habia puesto fuego á su cabaña.

—Pues si ha habido muertos,—dijo don Pedro,—chica ó grande, batalla ha habido; pero contadme eso, don Tello;—añadió dirigiéndose al rico-hombre,—que ya me parece que la tal batalla se habrá librado entre vos y aquel vuestro buen amigo don Juan.

—¡Matadme!—esclamó don Tello con acento desesperado;—y no me atormenteis más. Ya que la suerte os favorece, aprovechaos de sus favores.

—Yo haré de vos,—replicó el rey con desprecio,—lo que mejor me placiere y sus, y adelante, Álvar García, y á ver cómo conducimos á este, que á Madrid me lo llevo, y ni el podria correr lo suficiente para llegar á tiempo, ni se le ha de llevar arrastrando.

—Ahí está su corcel paciendo á su gusto,—dijo Álvar García, que no se habia enterado de si la cabalgadura del rico-hombre era caballo ó yegua.

Dicho esto, echó pié á tierra, desaferró de la concha la cadena, y aquí fué ella: el rico-hombre sacó fuerzas de flaqueza y se lanzó al ballestero, con la cabeza baja, de una manera inconsciente y frenética, porque nada podia hacer, impulsado por la cólera.

Ésta, y su desmedida soberbia, hacian en el rico-hombre el papel del valor.

Álvar García le echó la mano al cuello, y si don Pedro no se hubiera apresurado á decir: *No aprietes, tigre, que me hace falta*, don Tello hu-

biera muerto pocos minutos despues de estrantrangulacion.

Álvar García se contuvo mal de su grado, y hablando con el rico-hombre, le dijo ásperamente:

—Á ver si tenemos juicio. Venid, y montad á caballo.

Y cogió la yegua del rico-hombre, quitó á éste las esposas, y añadió con ménos aspereza:

—Montad, y no os entregueis á ninguna nueva locura porque saldríais muy mal librado de ella. Dejadme que os sujete como es debido.

Y con una cuerda de las que llevaban para ahorcar, que tambien ahorcaban los ballesteros de maza del rey don Pedro, á pesar de que eran hidalgos, le ató al borren trasero de la silla de batalla, le sujetó la mano derecha, solo le dejó libre la izquierda para que pudiera conducir la yegua, y además le despojó de la espuela derecha, y de la espada y del puñal de *misericordia* que llevaba al cinto.

La situacion del rico-hombre, era todo lo aflictiva que podia ser.

Tenía lesionada de una manera grave la mandíbula inferior, herida la lengua, de modo que hablaba tartajoso, y del descompuesto hombro izquierdo se le iba levantando inflamacion terrible.

Y luego, su soberbia, luchando con el miedo, porque se veia entre las garras de la fiera.

(1) Tuvo, sin embargo, bastantes fuerzas, ó mejor dicho, bastante soberbia para no implorar compasion, y rugiente, airado el ceño, y comprendiendo que no tenía más remedio que obedecer, montó en la yegua.

Don Pedro y Jacinta guardaban silencio.

Cuando don Tello estuvo montado, Álvar García montó tambien, y entónces el rey dijo lacónicamente:

—En marcha.

Y aplicando los acicates á su caballo, puso este al trote largo.

El ballestero lo imitó, y la yegua de don Tello siguió á la cabalgadura del ballestero, y detras de todos ellos el asno de Jacinta que era un fuerte animal acostumbrado á hacer largas caminatas, empezó á trotar tambien.

La cabalgata, como deben suponer nuestros lectores, se encaminó hácia la villa de Madrid.

---

(1) Véase el final de la obra.

CAPÍTULO XIII.

PADRE É HIJA.

La hermosísima Estrella, á solas ya con sus amorosos pensamientos, despues de asegurar perfectamente la puerta de su cámara, se arrodilló y se puso á orar con gran fervor.

¿Daba la doncella gracias al cielo por haberla librado de la incontinencia del rey don Pedro, ó pedia á Dios que la hiciese olvidar el candente recuerdo de aquel hombre á quien en mal hora habia conocido?...

Lo ignoramos.

Quizá ambas cosas á la vez.

Un rayo de la luna, que brillaba en el azul-oscuro del cielo, alumbraba la estancia abriéndose paso á través de una celosía.

Estrella parecia un ángel, y ángel era á decir verdad: ángel de pureza y de hermosura.

Largo rato duró su oracion, interrumpida á cada instante por entrecortados suspiros.

Por último se levantó, y despues de pasarse una de sus hermosas manos por la frente cual si pretendiese arrojar de ella un pensamiento enojoso, salió de nuevo de la cámara, encaminándose á las habitaciones de su padre.

Sigámosla.

Don Pedro de Sepúlveda dormia profundamente, soñando con mil planes de engrandecimiento.

Veia á su hija, rica-hembra, y la veia tambien felíz y contenta, enlazada con el poderoso señor de Alcalá; con aquel hombre, que orgulloso y soberbio hasta con el mismo rey, deponia su altivez á los piés de Estrella.

De pronto, despertó bruscamente.

Una mano se habia posado en su hombro.

Abrió los ojos, y á la luz de una pequeña lámpara que alumbraba á un crucifijo que habia en la pared del dormitorio, vió á Estrella.

El rostro de la jóven estaba sumamente pálido, y en sus ojos se veian las huellas de lágrimas recientes.

—¡Hija de mi corazon!—exclamó don Pedro incorporándose en el lecho.—¿Qué te ha sucedido?

—¡Padre!—respondió Estrella, despues de haber exhalado un nuevo suspiro.—¡De vos me amparo; á vos me acojo, para que me libreis de un nuevo peligro.

—No te comprendo;—afirmó el señor de Se-

púlveda, en cuya imaginacion aún no se habian desvanecido por completo los pesados vapores del sueño.

Estrella prosiguió:

—Oidme, padre amado; oidme, y estremeceos... En tanto que vos dormíais sosegadamente, mi honor, que tambien es vuestro honor, ha corrido un gran riesgo.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—La verdad, señor. Un hombre, al cual tenía por intachable caballero, pero que no es más que un esclavo de sus pasiones, penetró en mi cámara.

—¡Dios de misericordia!

—Sacando fuerzas de mi propia flaqueza, y protegida por la oscuridad, huí al patio. Mi perseguidor, me siguió hasta allí. ¿Os acordais de Jacinta, la juglaresa?

—Sí, sí; continúa.

—Pues gracias á esa mujer, á la cual en buen hora presté amparo y socorrí, teneis viva aún á vuestra hija. El hombre que intentaba deshonrarme, fué detenido por ella, en el momento en que desesperada iba á arrojarme al pozo que hay en el patio, prefiriendo la muerte al deshonor.

—¡Oh! ¡hija querida!

—Jacinta,—prosiguió Estrella con trémulo acento, en el cual un buen conocedor del corazon humano, hubiera adivinado unos celos terribles,—tiene no sé qué poderosa influencia sobre mi per-

seguidor. Despues de haberle dirigido la palabra con altanería, le obligó á seguirla, y entónces, ¡gracias al cielo! pude respirar y dar treguas á mi angustia.

—¡Por el Santo Cristo de los capuchinos de Illescas,—exclamó don Pedro,—juro que he de castigar duramente al villano que á tanto se atrevió! ¡Al infame que intentaba mancillar mi blason! ¡Bien has dicho, mi buena Estrella! ¡Tu honor es el mio, y doy gracias al cielo por haberme concedido una hija tan noble y tan honrada! Pero descuida, hija, descuida, que tu padre no es tan viejo todavía que no pueda esgrimir fácilmente un acero.

Estrella movió de un lado á otro la cabeza, y don Pedro añadió enarcando las cejas:

—¡Qué! ¿Lo dudas por ventura? ¿Crees que mi brazo no es bastante poderoso para vengar esa injuria?

—Líbreme Dios,—respondió Estrella,—de poner en duda vuestro esfuerzo. Sé que sois valeroso, padre mio, y que para vos, lo mismo que para mí, vale mucho más la honra que la existencia. ¡Pero el hombre que ha intentado ofenderme, está fuera del alcance de vuestra espada!

Al escuchar estas palabras, brotaron dos chispas de cólera en los ojos de don Pedro de Sepúlveda.

El anciano, lo mismo que todos los nobles de su época, estaba firmemente persuadido de que nadie podria resistirle con ventajas.

—¡Vive Dios,—exclamó con voz ronca y dando con dificultad salida á sus palabras,—que si otra persona que no fueses tú me hubiera dicho lo que acabo de oir, no tardaría en ir á avecindarse con el mismo demonio!

—No os enojeis, señor;—dijo la jóven.

—¿Y cómo no he de enojarme,—prosiguió don Pedro,—cuando me dices que soy impotente para intentar una justa venganza? ¿Es, por ventura, tan alto don Juan de Vargas, que segun presumo es el menguado que positivamente se introdujo en tu cámara, es tan esforzado y valeroso que se halle libre de la punta de mi espada? ¡No, por todos los santos del cielo! Aun cuando don Juan fuera el mismo jigante Goliat, con él embestiria á cuchilladas.

—Ved, padre mio,—replicó Estrella,—que estais equivocado. No fué don Juan el hombre que queria hacerme suya.

—Pues, ¿quién ha sido entónces?

—Don Lope Negramano. Y... ¿quereis saber, señor, cuál es su verdadero nombre?... Á decíroslo voy. No se llama don Lope, ni es ricohombre de Astúrias. Su nombre es don Pedro; don Pedro I, y es rey de Castilla.

Tan inesperada revelacion dejó lleno de asombro al padre de Estrella.

Con los ojos extraordinariamente abiertos y clavados en la jóven, trémulo, y como fuera de sí, ni aún pudo pronunciar una sola frase.

Estrella, en cambio, lanzó un sordo gemido, eco fiel de los sufrimientos de su alma.

La pobre jóven sufria en aquel momento lo que es indecible.

Sufria el doble martirio del amor contrariado y de los celos más feroces, pensando que el rey don Pedro, aquel hombre, que tan profundamente habia logrado impresionarla, era el amante de una villana; de una infeliz juglaresa.

Y ella habia salvado á aquella mujer.

Hay sufrimientos que apénas puede soportar el corazon humano.

Los celos, bastarda pasion que todo lo ennegrece, son un martirio horrendo; y Estrella, aun cuando era una jóven virtuosa y de ánimo esforzado y muy superior á sus pocos años, no podia ahogar los punzantes celos que despiadadamente destrozaban su enamorado corazon.

CAPÍTULO XIV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.—TUMULTO Y LÁGRIMAS EN ALCALÁ.

Estrella, que hasta entónces habia permanecido de pié, arrimada al lecho de su padre, se dejó caer en un sitial y cubriéndose los ojos con las manos, empezó á llorar amargamente.

Don Pedro de Sepúlveda, no pudo comprender, porque esto no era posible, el verdadero significado de aquellas lágrimas, y creyendo que Estrella lloraba por no poder vengarse del rey, le dijo con acento conmovido:

—Alienta, mi pobre Estrella, alienta. Hasta hoy he sido un vasallo leal, incapaz de traicion ni felonía; pero supuesto que el señor rey se entra por mi casa con nombre supuesto, y pretende robarme lo que más amo, yo le haré comprender que

no se atenta impunemente al honor de don Pedro de Sepúlveda, que es tan noble y vale tanto como él. Ya que no puedo vengarme del modo que se vengan los caballeros, combatiendo en lucha franca y leal, me pasaré al bando del bastardo don Enrique de Trastamara, y... ¡ay de don Pedro de Castilla el dia en que á verlo llegue en el campo de batalla! Entónces...

—¡Oh! ¡no!—exclamó Estrella dejando de llorar y separando las manos de su rostro.—¡No quiero que sobre nuestro honrado nombre, y áun cuando sea por una justa causa, caiga la mancha de la traicion!

—Y, ¿qué hacer entónces? Tú vales infinitamente más que yo, hija mia, y de tí me aconsejo en la ocasion presente. Habla, pues; díлo que debemos hacer.

—Ausentarnos de esta comarca;—respondió Estrella despues de haber vacilado un poco;—y volver á nuestra tranquila casita de Illescas. Allí todo era paz; allí nunca habia derramado lágrimas de amargura, en tanto que aquí hemos sufrido en muy poco tiempo amargos sinsabores. Á Illescas, padre mio, á Illescas. Creo que en el pacífico lugar en donde se meció mi cuna, volverá á disfrutar mi corazon de bienhechora calma.

—¿Y don Tello de Alvarado? ¿y don Juan de Vargas?—preguntó el anciano.—Ámbos te desean por esposa, y cualquiera de éllos es una buena alianza para nuestra casa. Unida á don Tello, por

ejemplo, el rey se veria precisado á desistir de su torpe seduccion.

—Ni don Tello me ama, replicó la doncella, ni yo amo á don Tello. El soberbio rico-hombre, dueño ya de mí, andando el tiempo, llegaria á tratarme como á una de sus vasallas; como á una villana, sin tener en consideracion ningun respeto divino ni humano. Respecto á don Juan de Vargas, os confesaré que es un hombre que ha llegado á hacérseme fuertemente repulsivo.

—¿Pues no estabas dispuesta á darle tu mano?

—¡Ay, padre mio! ¡A pesar de vuestros años no conoceis todavía el corazon de la mujer! Por más que yo no manifestaba repugnancia al proyectado enlace, no me hubiera casado nunca con don Juan, á ménos que vos me hubiéseis obligado á ello.

—¡Eso, nunca, mi amada Estrella! No pertenezco yo al número de esos padres tiranos que por miras de mezquina ambicion, sacrifican á sus hijas, dándolas por esposo un hombre que rechaza su alma; un hombre que ha de labrar su eterna desventura. Dices bien, hija mia: volveremos á Illescas, y allí elegirás el esposo que mejor cuadre á tus sentimientos. Hidalgos hay, gracias al cielo, de antiguo y noble solar, que se darán por muy contentos uniendo su suerte á la tuya.

Sonrióse Estrella con melancolía, y replicó:

—En tanto que vos vivais, no me casaré.

Estas palabras conmovieron profundamente á

don Pedro de Sepúlveda, y padre é hija se unieron en un estrechísimo abrazo.

El primero sentia crecer su paternal ternura, y la segunda experimentaba un dulce consuelo que calmaba en parte los pesares de su corazon angustiado.

Retiróse Estrella para dar lugar á que su padre se levantase, pues habian convenido en partir ántes de la salida de la aurora.

Todos los criados de la casa se pusieron en movimiento.

Dos viejos escuderos que mantenia á sueldo el señor de Sepúlveda, y que lo mismo que éste eran naturales de Illescas, empezaron á armar al caballero, pues en aquellos rudos tiempos nadie se ponia en camino sin llevar encima algunas libras de hierro.

Cuando más ocupados estaban en aquella faena, oyeron que sonaban á lo lejos gritos confusos, y poco despues oyeron tambien el metálico clamoreo de las campanas.

Aquellas campanas eran las de Alcalá, que tocaban á rebato.

Los vasallos de don Tello, grandes y chicos, se disponian á correr en busca de su señor para darle auxilio en caso necesario.

Todos sabian ya la tremenda lucha que don Tello habia sostenido á orillas del rio, con su tremendo rival don Juan de Vargas.

Sabian tambien que el primero habia quedado victorioso; pero, ¿cómo no habia vuelto á su castillo?...

No por cariño, y sí por temor, la desaparicion de su señor feudal, los tenía sumamente inquietos.

Si don Tello corria algun peligro, si no se apresuraban á volar en su socorro, se exponian á que el cruel rico-hombre diese mucho que hacer á sus dos verdugos señoriales, mandando ahorcar á la mitad de sus vasallos y haciendo azotar á la otra mitad, fuertemente amarrados á la picota.

Por lo tanto, todos corrian de un lado á otro, todos se armaban apresuradamente, y la campana del castillo y otras dos campanas más que habia en la iglesia principal de la villa, continuaban tañendo.

Blas de Villanueva, alcaide de la fortaleza, habia bajado á la villa, y látigo en mano lo mismo que si se tratase de animales y no de personas, repartia golpes á diestra y siniestra, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Presto, villanos! Dentro de media hora saldremos de la villa, y no quedarán en ella mas que los niños y las mujeres, como débiles é inútiles que son: hasta los viejos han de acompañarme. El que no pueda manejar una espada ó una lanza,

podrá disparar una ballesta. ¡Sus, villanos! Todo aquel que no se apresure á obedecerme, lo deslomo en nombre de mi señor el rico-hombre don Tello de Alvarado.

Estas y otras amenazas por el estilo, surtieron el efecto que apetecia Blas de Villanueva, y media hora despues salian por las puertas de Alcalá como hasta unos ciento cincuenta hombres, á cuyo frente iba el ceñudo alcaide, caballero en un escuálido rocin, pero armado de todas armas.

Detras de Villanueva, iba un escudero viejo y cariacontecido, porque lo habian obligado á dejar el lecho.

El escudero montaba una mula, vieja tambien, y llevaba en la diestra el estandarte del señor de la villa, en cuya enseña, á más del escudo, se veian pintadas dos calderas en prueba de que don Tello mantenia á su costa gente de guerra.

Al porta-estandarte seguian algunos hombres de armas; uno de éllos con un clarin, y multitud de hombres armados, los unos con picas, con lanzones los otros, y el resto con ballestas, mazas y espadas.

Toda esta gente, que hubiera huido á la desbanda delante de una veintena de ballesteros de maza del rey don Pedro, caminaba en buen órden, pero mirando á un lado y á otro, cual si temiese el encuentro de un enemigo formidable y desconocido.

Al tumulto, que durante media hora ó poco

[illegible] en la [illegible] [illegible] de silencio.

Luego aquel silencio se turbó, y un [illegible] son de gemidos y lamentos [illegible] en las calles de la villa.

Eran las mujeres y los chiquillos, que lloraban sus desdichas creyendo que se volverian á ver [illegible] á los [illegible] de su [illegible], que á son de clarin [illegible] en nombre de don Tello.

[illegible] ya se hallaba [illegible] lejos de sus dominios, y sus vasallos no podian prestarle socorro alguno.

El [illegible], el [illegible] rico-hombre, se hallaba entre las garras del [illegible], ó mejor dicho, en poder del terrible rey don Pedro, y caminaba [illegible] de su grado hácia la villa de Madrid, sin conocer aún la suerte que le estaba reservada.

Tocante á los hidalgos y caballeros que vivian en Alcalá, y que lo mismo que don Juan de Vargas, no dependian del rico-hombre, se dejaron estar muy sosegadamente en sus casas-fuertes, importándoseles un comino que el diablo cargase ó no con don Tello de Alvarado.

CAPÍTULO XV.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

—Al escuchar el padre de Estrella, el toque de rebato, envió á uno de los dos escuderos que le armaban, á averiguar lo que significaban aquellos terroríficos tañidos.

El servidor partió y su compañero continuó armando al anciano.

Trascurrió algun tiempo.

Un vivaracho pajecillo que se llamaba Gonzalo,—don Pedro desde que era rico, tambien tenía pajes,—entró en el aposento en donde estaba armándose su dueño, y con su voz infantil en la que se notaba un ligero temblor, hijo quizá del miedo, dijo:

—¡Señor! la arboleda que se halla cercana al camino hondo, está ardiendo.

Don Pedro á quien en aquel momento sujetaba el escudero las hebillas de la coraza, hizo un gesto de desagrado, y se fué hácia una ventana y la abrió de par en par.

Desde allí, se veia el resplandor de un gran incendio.

La choza de Jacinta ardia por sus cuatro costados, y ardian tambien algunos árboles secos y multitud de ramas muertas de las que habia amontonadas en la arboleda.

Para comprender el avinagrado gesto de don Pedro de Sepúlveda, bastará, conque digamos á nuestros lectores que la arboleda era de su pertenencia; una rica selva de las varias que habia heredado de su primo don Gaspar.

—¡El demonio anda suelto esta noche por estos contornos!—gritó el buen señor dando con el pié en el suelo, y contemplando con vista airada el incendio que por momentos iba tomando mayor incremento.—¿Quién ha puesto fuego á mi robledal?... ¿Quién ha sido el malvado que así se atreve?... Vamos, ¿no hay quien dé respuesta á mis preguntas?

—¡Señor!... yo no sé...—tartamudeó el pajecillo.

Luego añadió:

—Dormia, y fueron á despertarme de órden vuestra, diciéndome que me levantase, pues íbamos á ponernos inmediatamente en camino. Obedecí, y al cruzar por la galería que mira hácia el

robledal, me llamó la atencion el resplandor del incendio. Yo no sé, lo juro por Dios y por los santos, quién ha puesto fuego...

—¡Silencio!—gritó de nuevo don Pedro, interrumpiendo al pajecillo.—¡Basta ya de protestas!

Calló el niño atemorizado, y en aquel momento entró Estrella y poco despues el escudero que habia salido algunos momentos ántes, y que llegaba atemorizado y casi ahogándose.

—¿Qué sucede?—le preguntó don Pedro.

—Sucede, señor,—repuso el anciano alentando apénas,—que los vasallos del rico-hombre don Tello han salido de la villa, armados hasta los dientes, y al parecer con no muy sanas intenciones. Segun la direccion que han tomado se dirigen hácia aquí. Yo los he visto desde la *Cuesta del romeral.* Sus armaduras y las puntas de sus lanzas, brillan á la luz de la luna, espesas como un campo de trigo. Caminan en buen órden, y pendon al viento al son del clarin. ¡Oid, mi señor, oid!...

En efecto; el agudo son de un clarin llegaba hasta allí algo apagado por la distancia.

—¿Qué intentará esa gente?

—No sabré decíroslo, señor don Pedro. Lo que sí os diré, porque Jaime el pastor me lo ha asegurado, es, que esta noche, y no hace aún una hora, hubo lucha y tremolina en las orillas del rio, en donde aún se ven tendidos algunos muertos.

—¿Lucha? ¿Tremolina?

—Parece ser, que el rico-hombre don Tello y don Juan de Vargas, pelearon con fiereza el uno contra el otro y al frente de sus escuderos.

—¡Cuando digo que ésta noche anda suelto el diablo,—exclamó don Pedro de Sepúlveda,—me parece que no me equivoco! Vargas y el de Alvarado han venido al fin á las manos, y se muerden el uno al otro cual si fueran perros rabiosos. Eso, á mí, nada me importa. Lo que me importa,—añadió, dirigiendo una melancólica mirada hácia el robledal que continuaba ardiendo,—son mis hermosos árboles que valian un tesoro. ¡Por Nuestra Señora de la Veracruz, juro que si algun dia llego á saber quién les ha puesto fuego, he de hacer un ejemplar castigo con el incendiario, aun cuando se ampare del mismo legado del Padre Santo!

—Cuanto más pronto abandonemos estos lugares,—dijo Estrella,—será mucho mejor. El corazon me anuncia que de no hacerlo, nos van á suceder nuevas desgracias.

—Ántes,—replicó el señor de Sepúlveda,—es necesario averiguar lo qué pretenden esas turbas gritadoras, que por momentos se van acercando.

Acercábanse, en efecto, los vasallos del rico-hombre, y de cuando en cuando se oian las notas marciales del clarin, que dominaban los gritos de la multitud que iba en busca de su turbulento dueño y señor.

Momentos más tarde, aquélla multitud se de-

tenía frente á la casa-fuerte del padre de Estrella.

Don Pedro, frunciendo el entrecejo, volvió á asomarse á la ventana, y con fuerte voz que dominó el tumulto que armaban los recien llegados, preguntó:

—¿Quién sois, y qué buscais?

El alcaide del castillo de don Tello, respondió con no ménos aspereza:

—Somos fieles y leales servidores del muy alto, muy noble y muy poderoso señor don Tello de Alvarado, y venimos en su busca.

—¿Y qué tengo que ver yo,—preguntó de nuevo el anciano caballero, creciendo en altivez,—con vuestro señor? ¿Sé, por ventura, en dónde se encuentra?... Retiraos en hora mala, y buscadlo en otra parte.

Tales palabras, produjeron un agudo clamoreo entre la apiñada multitud, y el alcaide, despues de imponer silencio con la voz y el gesto, prosiguió:

—Aquí hemos venido á buscarle, y de aquí no nos marcharemos sin él á fuer de leales vasallos suyos que somos.

—¡Vive Dios!

—No monte en cólera el señor de Sepúlveda, y sepa que no ignoramos que nuestro rico-hombre ha venido aquí, hoy, durante las primeras horas de la noche. Por consiguiente, aquí debe estar, y si aquí no se halla, aquí es en donde pueden darnos razon de su paradero. Si no fuera

porque tememos que le haya sucedido un desaguisado no andaríamos tan á deshora por estos campos en vez de estar cómodamente roncando en nuestros lechos. Así, pues, tened la bondad de contestar á mi pregunta, en la inteligencia de que estoy decidido á llevaros preso al castillo, y con vos irán presas tambien todas las demas personas, así hembras como varones que haya en esta morada. Vuestra vida, me responderá de la vida del rico-hombre, mi muy amado y poderoso señor.

Ciego por la cólera, don Pedro de Sepúlveda, empezó á proferir denuestos y amenazas contra el alcaide, pero este sin hacer caso alguno de éllas mandó derribar la puerta de la casa, y la puerta cayó con estruendo á los golpes de hacha.

Bien hubiera querido don Pedro rechazar la fuerza con la fuerza, pero esto hubiera sido una reprensible temeridad, indisculpable en él. Los que en su casa entraban á mano airada, eran muchos. Por consiguiente, aun cuando habia desenvainado el acero, volvió el acero á la vaina, atendiendo á la reflexion y á los repetidos ruegos de Estrella.

Hechos prisioneros ésta y su padre, fueron conducidos en dos literas á Alcalá.

Con las debidas consideraciones, pero sin cejar un punto en su propósito, el alcaide los encerró en una de las mejores cámaras del castillo, creyendo que don Pedro sabia el paradero del rico-hombre de Alcalá.

El señor de Sepúlveda, estaba sombrío, y Estrella melancólica y resignada.

Como dice el refran, *el hombre propone y Dios dispone.*

Don Pedro y su hija habian determinado alejarse inmediatamente de Alcalá, pero no habian podido llevar á cabo su propósito.

En el castillo los dejaremos por ahora, para dirigirnos al antiguo alcázar de la tambien antigua villa de Madrid.

CAPÍTULO XVI.

PRISIONERO Y ENFERMO.

El rey don Pedro habia entrado en Madrid, cuando aún las estrellas centelleaban en el cielo.

Durante el camino, don Pedro, que se creia perdidamente enamorado de Jacinta, de la mujer que era ya su esposa, no habia cesado de murmurar á su oido dulces y tiernas frases de amor.

Tambien don Tello habia pronunciado algunas palabras, pero estas eran otras tantas interjecciones y sordas amenazas; algunas, de las cuales habian llegado á oidos de Álvar García.

—¡Reportaos, vive Dios!—le dijo este en voz baja,—y mirad como hablais porque habeis caido en poder del monarca de Castilla, y su alteza es hombre capaz de mandar que os degüellen vivo, ó de darme tranquilamente órden de que os cuelgue de un árbol.

—¿Ahorcarme, á mí?

—Otros, tan altos como vos he ahorcado yo, y áun cuando fuérais más caballero que el mismo señor Santiago, el Santo que se venera en Compostela, os digo que os mandará colgar si la idea de hacerlo se le mete entre ceja y ceja. Y callemos ya, señor rico-hombre, porque su alteza no tiene nada de sordo: os lo advierto caritativamente.

La conversacion habia cesado entre ámbos, pero don Tello continuó refunfuñando, primero porque sus dolores eran cada vez mas vivos, y segundo porque durante aquella noche tan aciaga para él habia experimentado contrariedades; habia sufrido golpes, y estaba cubierto de humillacion, cosas todas ellas que no habia experimentado hasta entónces.

Su infinita soberbia, la gran opinion que habia formado de sí mismo, creyéndose un hombre muy superior á los demas hombres, no permitian que su imaginacion calenturienta descansase un solo instante.

Revolviendo en ella cien y cien proyectos de venganza, juraba á Dios y á todas las santas y santos del paraiso, que iria á engrosar, tan luego como se viese libre, las filas del conde de Trastamara; el batallador infante Enrique, que algunos años despues habia de subir al trono merced á la repugnante traicion de Beltran Duguesclin.

Su orgullo no le permitia pensar que el rey po-

dia quitarle la vida en castigo de sus desacatos.

¿Cómo habia de atreverse don Pedro á tanto?

¿No era él, el rico-hombre de Alcalá, el personaje mas importante de Castilla?

Si no lo era, al ménos lo pensaba así, olvidando que don Pedro I no se paraba en barras, como decirse suele, cuando el furor se posesionaba de su alma.

La pequeña cabalgata, como hemos dicho ya, llegó á Madrid cuando la noche no habia desaparecido todavía.

Los ballesteros del rey don Pedro, que daban la guardia en las puertas exteriores del alcázar, estaban muy acostumbrados á la vida aventurera y á las excentricidades de su señor, para que les causase la menor extrañeza el verlo llegar acompañado de una hermosa hembra, y de un prisionero al cual lo mismo que si fuera un mono, llevaba fuertemente atado Álvar García.

Don Pedro y Jacinta subieron á la cámara real, y Álvar condujo al rico-hombre á un aposento retirado, en el cual habia un tísico lecho, y algunos otros muebles.

Don Tello de Alvarado empezó á sentir un horrible dolor de cabeza, dolor que reunido á los otros dolores de que ya hemos hablado, le producia un malestar insoportable.

—Si teneis ganas de dormir,—le dijo Álvar García con su acento brusco de costumbre,—acostaos. Ahí teneis un buen lecho.

No esperó el rico-hombre á que le repitiesen estas palabras, y exhalando una especie de rugido, y despues de despojarse trabajosamente de la coraza, se dejó caer sobre el lecho.

Momentos más tarde deliraba, pronunciando palabras incoherentes.

Álvar García que se habia sentado en un ancho sitial de madera y que ya empezaba á entregarse á las dulzuras del sueño le oyó gritar y revolverse en el lecho.

—¡Callad, vive Cristo!—le dijo el ballestero,—y dejadme dormir con dos mil de á caballo!

Pero don Tello no obedeció este mandato, y continuó gritando y pronunciando entre dientes frases ininteligibles.

—¡Ese hombre está verdaderamente enfermo!—murmuró Álvar, levantándose del sitial y acercándose al lecho.

Aun cuando de carácter áspero, no era el ballestero de maza, hombre ageno á los humanitarios sentimientos, y dulcificando algun tanto lo desabrido de su acento, le preguntó á su prisionero:

—¿Qué teneis?...

—Alzad el puente levadizo;—gritó don Tello, que creia estar en su fuerte castillo, dando órdenes á sus hombres de armas.—Alzad el puente, y preparad vuestras buenas ballestas de Toledo. Á

ballestazos recibirémos á los que vienen á librar al rey.

—¡Este hombre delira!—pensó Álvar García.

—¡No le librarán, no!—prosiguió el rico-hombre.—¡Ha caido en mis manos, y áun cuando se reunieran para salvarle todas las fuerzas que haya en Castilla, los robustos muros de mi fortaleza sabrán guardar la presa importante que debo á mi buena fortuna! ¡Ah, rey don Pedro, rey don Pedro! ¡Tú no sabias, al buscarme camorra, que yo era tan rey como tú; pero un rey mucho más poderoso; más valiente, y que al cabo habias de ser mi cautivo! ¡Y no te soltaré, no, aun cuando me dieses todos los tesoros del mundo! ¡Mucho más que los tesoros, vale para mí el sabroso placer de la venganza satisfecha! ¡En el subterráneo en donde te tengo encerrado, vivirás sufriendo, Dios sabe cuántos años; alimentado únicamente por duro y negro pan, y por agua cenagosa! ¡Ya veremos si tu altivez resiste mucho tiempo al género de vida á que te destino! ¡No resistirás, porque no es posible que resistas! ¡Cuando humillado y suplicante, humilde como el miserable can que no sabe hacer uso de sus dientes para morder la mano que le castiga, te veas, clavados en mí los casi apagados ojos; cuando de tu boca salgan palabras de mansedumbre, para implorar mi compasion, entónces, maldito rey, verás crecer mi furor, y acabarás de saber quién es el rico-hombre de Alcalá!

Álvar García posó su mano en la frente de don Tello.

Aquella frente ardia.

—¡Que apaguen esas luces!—gritó el rico-hombre, á quien á no dudarlo, le hacia ver la calentura infinidad de lucecitas.

Álvar movió de un lado á otro la cabeza é hizo un gesto.

La respiracion de don Tello se iba haciendo cada vez más fatigosa.

Despues de un momento de indecision, el ballestero salió del aposento, y cerró la puerta por la parte de afuera, con doble vuelta de llave.

El delirio de don Tello tomó distinto rumbo.

En aquel momento el rico-hombre, hablaba de Estrella, y creyendo hallarse en presencia de la hermosa jóven, le dirigia palabras de ternura mezcladas con altivas frases y duras recriminaciones.

El desdichado, á pesar de la calentura que le consumia, no podia olvidar á la doncella, ni olvidaba tampoco los celos punzantes que le habia hecho sufrir su ántes amigo, y entónces su enemigo irreconciliable, el caballero don Juan de Vargas.

Oyóse de nuevo el ruido que hacia la llave en la cerradura y la puerta se abrió.

Dos hombres entraron.

Uno de ellos, como debe suponerse, era Álvar García.

El otro, un anciano de venerable aspecto y de

luenga y crecida barba, blanca como la nieve de las montañas.

Vestia una larga hopalanda de color ceniciento, y llevaba en la cabeza una especie de tocado, blanco tambien; tocado medio egipcio, medio árabe, que daba á conocer en él á un individuo de la raza hebrea.

Hebreo era efectivamente; el hebreo Abraham Matitia, médico de su alteza el rey de Castilla, que le apreciaba infinito.

Abraham Matitia, además de ser médico, era astrólogo y algo brujo, segun el decir de las gentes.

Acercóse el anciano al lecho del enfermo, despues de coger una pequeña lámpara de barro que ardia sobre una mesa, y de la cual nos hemos olvidado de hacer mencion.

Á favor de la luz que despedia la lámpara se puso á examinarle.

El rostro de don Tello de Alvarado estaba teñido del color de la escarlata, y sus ojos, medio cerrados, aparecian en la parte que estaba descubierta, surcados por estrías sanguinolentas.

Abraham tocó suavemente con la yema de sus dedos, ámbas sienes del enfermo, despues le puso la mano sobre el pecho, y contó las fuertes pul-

aciones de su corazon, y por último le levantó los párpados y se puso á examinar detenidamente sus ojos.

Aquellos ojos, tan luego como el médico dejó de tocarlos, volvieron á cerrarse, pero mucho más fuertemente que ántes.

Quedóse largo rato pensativo Abraham Matitía, cruzadas las manos sobre el pecho é inclinada sobre este la cabeza.

Álvar García no se atrevia á interrumpirle en su meditacion.

El rudo ballestero, el soldado feroz, respetaba al hombre de ciencia, por más que aquel hombre perteneciese á la despreciada raza judía.

¿No le respetaba tambien el rey don Pedro?...

Despues de algunos momentos, durante los cuales no se oyeron en el aposento más ruidos que los que producian el chisporroteo de la lámpara, y la anhelante respiracion y los gemidos del enfermo, el anciano médico alzó lentamente la cabeza, y clavando en Álvar García uua mirada que muy bien pudiéramos llamar inquisitorial, le preguntó:

—¿Habeis dicho, señor Álvar García, que su alteza tiene gran interés en la conservacion de la vida de este caballero?

—Así es, respetable Abraham;—respondió el ballestero haciendo al mismo tiempo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Entónces,—añadió el médico,—será necesa-

rio que haga todo lo posible por arrancarle de las garras de la muerte. La fiebre es ardiente; violenta; y no sé si podré conseguirlo, porque el poder y la sabiduría del hombre son muy limitados. Sin embargo, repito que haré todo lo posible por salvarle, y si Jehová no ha dispuesto que el ángel de la muerte ponga término á sus dias, quizá consiga... En fin, ya veremos. Por de pronto es necesario despojarle de las piezas de armadura que tiene puestas, y taparlo bien con una manta. Yo, entre tanto, prepararé una pocion calmante, para cortar ó aminorar, al ménos, su horrorosa calentura.

CAPÍTULO XVII.

UNA DESGRACIA INESPERADA.—CONSEJOS DE UNA MORIBUNDA.

Durante muchos dias, estuvo el rico-hombre don Tello, luchando entre la muerte y la vida.

Don Pedro apénas se acordaba de él, ni de los revueltos asuntos de su reino, pues toda su atencion la absorbia Jacinta, de la cual se habia enamorado al fin; enamorado como no lo habia estado jamás.

Esto consistia en que la ex-juglaresa estaba más bella cada dia.

Además, aquella mujer poseia grandes secretos de voluptuosidad, muy á propósito para fijar al voluble y sensual monarca de Castilla.

Jacinta se conceptuaba la mujer más dichosa de la tierra, y creia que brillaria eternamente su hermosa luna de miel.

Á pesar de no ser ambiciosa, sentia alhagado su amor propio considerando que era la reina de Castilla, tan reina como lo habian sido doña María de Padilla y doña Blanca de Francia.

Tambien contribuia á aumentar su felicidad, el hijo de su alma; aquel hijo que ya empezaba á bullir en sus entrañas, y que por su union con el rey llegaria á ser un príncipe, cuando abriese los ojos á la luz del dia.

Pero, ¡ay! ¡bien hacen en llamar á este mundo triste valle de lágrimas!

¡Cuando el infeliz mortal cree más asegurada la dicha; cuando todo sonrie en derredor suyo, entónces se presenta una desgracia impensada ó la inevitable muerte, qne desvanece con mano implacable todas sus esperanzas!

Decimos esto, porque Jacinta se puso repentinamente enferma.

En un principio, su enfermedad no fué más que una levísima indisposicion; pero ésta fué tomando cuerpo, proporciones tan alarmantes, que Abraham Matitia, al cual interrogaba el rey á cada instante, dijo que la jóven estaba en peligro de perder la vida.

Este pronóstico, hizo que don Pedro alzase los ojos al cielo, no con humildad é implorando compasion, si no fulminantes y cual si pretendiese amenazar á Aquel que todo lo puede.

Don Pedro habia visto morir á muchas personas, y jamás se habia condolido su corazon, has-

ta el extremo de derramar una lágrima; pero sólo al pensar que la muerte podia arrebatarle de un sólo golpe á su amada Jacinta, á su ídolo, y al hijo que llevaba en su seno, lágrimas de dolor y de colérica desesperacion asomaban á sus ojos.

Era necesaria toda su dureza de alma; todo el poder que tenía sobre sí mismo, para qüe el pesar que le oprimia el alma, no estallase en gritos, sollozos y lágrimas.

Sus cortesanos, sus ballesteros y sus más íntimos servidores, lo veian vagar sombrío y silencioso cual si fuese un fantasma, por las galerías y salones del alcázar.

Apénas comia, apénas tomaba algun descanso. Su conciencia acusadora, le gritaba á cada insante que habia hecho mucho daño á la humanidad, y que Dios queria castigarle en esta vida privándole de la esposa que amaba y del hijo que habia ambicionado siempre, y que no habia podido darle ninguna de las infinitas mujeres á quienes su insaciable intemperancia habia hecho suyas.

—¿Qué será de mí,—se preguntaba á sí mismo, rugiente y desesperado;—¿qué será de mí, si Jacinta llega á espirar?...

Amaneció un dia en que la bella ex-juglaresa, ya estenuada por la enfermedad, pero hermosa todavía, se sintió tan mal, que quiso recibir los auxilios espirituales.

Don Pedro no se opuso á éllo, pero las nubes

que cubrian su frente crecieron en extension y fueron cada vez más sombrías.

El limosnero mayor del alcázar, confesó á Jacinta, y luego le dió la Sagrada Comunion.

Despues, la enferma se sintió más aliviada de su dolencia, y en el alma insondable del rey don Pedro brilló un dulce rayo de esperanza.

Don Pedro hubiera sido humanitario; se hubiera sentido inclinado hasta abrir los brazos al hermano bastardo que mantenía la guerra civil en sus pueblos, disputándole el trono, si Jacinta se hubiera puesto buena; pero la mejoría de la jóven fué tan pasajera, como la luz de un relámpago.

La enfermedad creció de nuevo, tomó proporciones tan alarmantes, que Abraham Matitia á quien el rey hizo por la milésima vez esta pregunta:

—¿Y bien?...—contestó con apesarado acento,

—¡Señor rey! ¡Jehová todo lo puede, y el hombre se equivoca fácilmente en sus juicios!

Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—¡Sin embargo, su alteza mi reina y señora, se encuentra tan á las puertas de la muerte, que si el Señor no hace un verdadero milagro, ántes de ponerse el sol habrá exhalado el último suspiro!...

De los labios del rey salió una blasfemia horrorosa, y el médico hebreo no se atrevió á añadir una sola palabra más.

Abraham Matitia, era un gran médico; un médico superior á su siglo, y no se equivocaba al decir que Jacinta espiraria pronto.

Como habia previsto, y en el momento en que el sol caminaba hácia su ocaso, la enferma tuvo un nuevo momento de lucidez; eso que vulgarmente suele llamarse la mejoría de la muerte.

El rey don Pedro, con la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzados los brazos, estaba más sombrío que nunca.

—¡Pedro! ¡esposo mio!—exclamó la jóven con voz muy débil, y volviendo trabajosamente la cabeza hácia el monarca de Castilla.—¡En el momento supremo en que mi alma está próxima á desprenderse de esta grosera envoltura que se llama cuerpo, conozco cuánto me amas!

¡Ojalá que pudiera vivir aún algunos años, para pagarte con el más ardiente amor, ese inextimable cariño de que te soy deudora!

Pero eso no es posible; conozco que la muerte implacable y fiera, se halla ya á la cabecera de mi lecho, dispuesta á cortar el hilo de mi vida!

¡Cómo ha de ser! ¡Cúmplase la voluntad del Altísimo!...

Moriria completamente tranquila, porque la conciencia no me acusa de haber cometido delito alguno, si por tí no fuera; si no temiese como temo que vas á entregarte á la más viva desesperacion, cuando yo haya dejado de existir!

¡Oh! ¡Pedro mio!

¡Acata los decretos del Señor; inclina tu cabeza, y no cometas actos de crueldad y de desesperacion!

Don Pedro lanzó un sordo rugido, y Jacinta, despues de una breve pausa, prosiguió de esta manera:

—¡Por amor hácia mí, por amor hácia el ángel que llevo en mis entrañas, y que no llegará á ver la luz del dia, te suplico encarecidamente que moderes la impetuosidad de tu carácter!

Eres bueno en el fondo, eres noble, y no te costará gran trabajo seguir los primeros impulsos de tu corazon.

Perdona á tu hermano el de Trastamara; perdona tambien á tus vasallos rebeldes, y Dios en recompensa, hará glorioso tu reinado, y dará paz y sosiego á tu corazon.

Calló por segunda vez Jacinta despues de pronunciar estas palabras.

Por las pálidas mejillas del rey corrian abundantes lágrimas; lágrimas silenciosas y ardientes como la abrasadora lava de un volcan.

Tambien lloraba sollozando, el viejo médico hebreo, que de pié, cerca del lecho de la moribunda, sentia en el fondo de su alma un agudo pesar por no poder arrebatarle á la muerte aquella mujer tan sensible y tan hermosa.

Jacinta exhaló un débil gemido.

En aquel momento empezaba su agonía, que no debia ser muy larga ni muy dolorosa.

Antes de que los últimos resplandores del sol dejasen de dorar las elevadas cumbres de la sierra que está cercana á Madrid, se estremeció con violencia, lanzó un nuevo gemido, y por último quedó inmóvil.

Acababa de espirar: el triste pronóstico de Abraham Matitia, se habia cumplido.

Del pecho de don Pedro *el Cruel*, partió un grito horroroso; un grito que nada tenía de humano; y luego aquel hombre tan rudo en los campos de batalla, tan sanguinario, tan implacable en sus venganzas, se precipitó sobre el cadáver y dió rienda suelta á las lágrimas que hervian en su corazon, y que desde este corrian á sus ojos.

Compasion causaba el monarca, cuyo triste destino era ver morir en torno suyo á los séres á quienes mas amaba; á los séres que hubieran podido dulcificar en parte su condicion áspera y feroz.

El desdichado continuaba sollozando, y de sus labios salian tambien frases de dolor, gritos roncos, palabras inarticuladas.

Sin dejar de abrazar al cadáver, y tan luego como pasaron los primeros instantes de frenética afliccion, se arrodilló.

En aquel momento Abraham Matitia, murmuró tímidamente esta sola palabra, con acento compasivo:

—¡Señor!...

Alzó don Pedro la cabeza, y clavando en el he-

breo sus grandes ojos, más fieros que nunca en aquel instante, pero todavía humedecidos por las lágrimas, gritó con voz ronca:

—¡Vete! ¡Deseo estár solo!...

Abraham Matitia obedeció; saliendo de puntillas de la cámara mortuoria, cubierta ya enteramente con las negras sombras de la noche.

Negras sombras se revolvian tambien en el alma del rey, el cual en aquellos momentos de supremo dolor se irritaba contra el cielo, y hubiera destruido completamente á la tierra si le hubiera sido posible disponer del rayo y de las tempestades.

CAPÍTULO XVIII.

SOBERBIA CONTRA SOBERBIA.

Desde el fallecimiento de Jacinta, la cual fué enterrada en el panteon del alcázar, al lado de las infantas y reinas de Castilla que allí dormian el eterno sueño de la muerte, el rey don Pedro se volvió más y más sombrío y se hizo mucho ménos comunicativo de lo que era ántes.

En su corazon, rudamente herido, habia quedado grabada la hechicera imágen de su última esposa, la mujer que quizá le habia querido más sincera y desinteresadamente.

Dolores hay tan terribles, tan espontáneos, que sólo el tiempo puede calmar su violencia.

¿Qué sería de la triste humanidad, si el tiempo no se encargase de cicatrizar las heridas del corazon?...

Lo que en un principio es un dolor agudo, in-

soportable, va convirtiéndose poco á poco en profunda melancolía, que andando el tiempo casi llega á desaparecer de nuestra mente.

Sin embargo, el rey don Pedro *el Cruel*, debia conservar hasta los últimos instantes de su vida, un vivo recuerdo de Jacinta.

Bien es verdad que sus dias estaban tambien contados, pues el drama cruento de Montiel, el fratricidio horrible de don Enrique, debia tener lugar dentro de poco tiempo.

¡Desgraciado rey don Pedro!...

¡Todo le era contrario; todo conspiraba contra él para amargar su existencia!

Una mañana, Álvar García, viendo que se disponía á partir para Sevilla, se atrevió á recordarle que el rico-hombre de Alcalá estaba prisionero en el alcázar.

—Ya me habia olvidado de ese necio;—dijo el rey.—Condúcelo á mi presencia.

Momentos despues don Tello de Alvarado se hallaba en la cámara del monarca, el cual sentado en un ancho sitial y apoyado el codo sobre una mesa, clavaba en el rico-hombre su mirada de águila.

Don Tello, repuesto completamente de su enfermedad, estaba fosco; y en su frente altanera, y en su mirada chispeante y encendida se echaba de ver algo de la sorda irritacion que se albergaba en su pecho.

—Hánme asegurado,—dijo el rey sin dejar de

mirar á su altanero vasallo,—que habeis estado algo enfermo.

¿Es eso verdad?

Don Tello contestó afirmativamente, pero no con la palabra sino haciendo un movimiento de cabeza.

Revolvióse el rey de Castilla en su sitial, pero conteniéndose todavía, preguntó de nuevo:

—¿Qué? ¿Habeis perdido la voz?

—No tal;—gritó con áspero acento el rico-hombre.—No he perdido la voz, ni quiera Dios que la pierda; pues hoy más que nunca la necesito para decir por toda Castilla, la manera indigna con que he sido tratado en este palacio.

Yo, rico-hombre; yo, hidalgo de los buenos, me he visto maniatado lo mismo que si fuera un villano, un criminal, y...

—Reportaos, ¡vive Dios!

—Reportarme quisiera, pero la indignacion...

—Decid más bien la soberbia.

—No me permite poner freno á mis palabras. Yo, el descendiente de cien nobles; yo, el rico-hombre, por todos temido y respetado, sería indigno de la noble sangre que corre por mis venas si no protestase en alta voz del infame tratamiento de que he sido víctima.

Pálido el rey don Pedro como un cadáver, se levantó del sitial, y acercándose pausadamente á don Tello de Alvarado, se puso á contemplarlo de hito en hito.

No se intimidó don Tello ante aquella mirada amenazadora, y prosiguió de este modo:

—La nobleza tiene sus fueros; un noble es tanto como el rey, y á veces más que el rey mismo.

Escritas tengo en pergaminos, con letras de oro y azul, las preeminencias de que disfruta mi noble casa.

Nobleza antigua; de la más antigua de Castilla...

La cólera del monarca estalló en aquel momento, y estalló de un modo terrible.

Su mano airada se alzóh asta la altura del rostro de don Tello, y cayó pesadamente sobre él hiriéndole hasta hacerle sangre, que el ricohombre empezó á derramar por boca y narices. (1)

La gran soberbia del señor de Alcalá, se habia estrellado contra otra soberbia más indomable, más poderosa.

La violencia del golpe, dió en tierra con el señor de horca y cuchillo.

En la puerta de la cámara, cubierta con una pesada cortina de cuero de Córdoba; cortina rica en dibujos y en colores, se oia un sordo murmullo.

---

(1) Histórico.

El murmullo lo producian los cortesanos y ballesteros de maza del rey don Pedro, que preveyendo una catástrofe hablaban en voz baja, comentando el suceso que acababa de tener lugar.

Ronco gemido salió del pecho del mísero don Tello.

Quiso levantarse, pero el pié del monarca se posó rudamente sobre su pecho, manteniéndolo en tan humilde postura.

—¡Aquí, mis caballeros!—gritó don Pedro enfurecido.—¡Aquí, Álvar García, Juan Diente, Arés de Sandoval!...

Los magnates de la córte, y los tres ballesteros que habia nombrado el rey, entraron precipitadamente en la cámara.

Don Tello de Alvarado hacía desesperados esfuerzos, para librarse del pié que le oprimia; del pié que pesaba sobre él lo mismo que si fuera el de un coloso.

—¡Ved aquí,—añadió el rey,—al rico-hombre de Alcalá, al indomable señor que no tiene en su casa silla para el monarca; que hace apalear á los receptores de tributos, y amenaza con la horca á los ministros de justicia!

Ved ahí al miserable, que acompañado de otro hombre ruin, intentó asesinarme en Alcalá.

Perro rabioso, tendido á los piés de su señor, se revuelve en vano, y ruge, y echa por la boca espumarajos de cólera.

¡Ah! ¡menguado!

De nada han de valerte tus bravatas y tu impotente cólera.

La soberbia de que hacias alarde, ha venido á estrellarse contra una roca, y esa roca soy yo, yo que me siento inclinado á aplastarte con el pié.

CAPÍTULO XIX.

EN EL CUAL SE VE QUE EL RICO-HOMBRE NO SE ARREDRABA ANTE LAS AMENAZAS, NI QUERIA ACEPTAR LA COMPASION.

El acento del rey don Pedro era atronador, tremendo, y los más alentados se estremecian temiendo que la vida del rico-hombre estaba en peligro.

No se equivocaban.

El furor del rey llegaba hasta el paroxismo.

Y cuando don Pedro perdia la razon, cuando fuera de sí se veia contrariado, entónces era uno de los tantos déspotas con diadema que, desde los más remotos tiempos hasta los modernos siglos han tiranizado al mundo.

Su voluntad, entónces era ley, pero ley de la cual no habia apelacion; ley que se cumplia con

todo el rigor y crueldad de los tiempos feudales.

Los que han comparado á Neron al rey don Pedro I de Castilla, no iban tan descaminados.

Uno y otro fueron crueles con exceso; uno y otro ardian en el fuego impuro de la sensualidad, y uno y otro, en fin, tiranizaron á sus pueblos dejando escrito su nombre en la historia de la humanidad, con sangre y lágrimas.

Pocos años hace se ha publicado un grueso volúmen, cuyo título era:

«*Vindicacion de la vida de don Pedro el Cruel.*»

El libro estaba muy bien escrito, es cierto, pero mal puede vindicarse la memoria de un tirano; del hombre que no conocia más ley que su capricho, y que se recreaba viendo correr la sangre de sus semejantes.

Muchas veces *las justicias del rey don Pedro*, tenían razon de ser, porque hacian pesar todo su rigor sobre vasallos rebeldes; pero, tambien es verdad que, si aquellos vasallos se habian rebelado, era por vengarse de inicuos atropellos.

Bien conocida es la historia de aquel monarca, que habiendo hecho matar á sus hermanos, murió tambien herido por el puñal de un hermano suyo.

No nos detendremos por lo tanto pretendiendo probar la verdad de nuestros asertos.

—¡Víbora maldita!—prosiguió el rey abrasando con la lumbre de sus iracundas miradas al rico-

hombre de Alcalá que apenas podia respirar.—¡Te tengo aquí bajo mi planta, y no sé qué me detiene que no te aplasto para escarmiento de insolentes y traidores!...

Ved aquí, añadió dirigiéndose á sus caballeros, á lo que ha quedado reducido el orgullo de este miserable; de este menguado que ni áun me consideraba como á igual suyo.

Así caerán ante el rey don Pedro todos los que se alcen en rebelion, todos los que pretendan burlar sus mandatos.

Quiero, sin embargo, ser misericordioso...

—¡Rico-hombre de Alcalá, levántate!...

Don Pedro separó al decir esto, su pié del cuello del señor de Alvarado, y este se levantó mohino y sombrío.

La fuerza y el poder estaban de parte del rey, pero el alma de don Tello era del mismo temple; tenía igual ferocidad que la de don Pedro *el Cruel.*

Por sus instintos indomables más bien parecian hermanos, que señor y vasallo.

—Quiero ser misericordioso,—repitió don Pedro, hablando con el rico-hombre.—Has cometido desacatos contra mí, en la persona de mis gentes de justicia, y sin embargo, te perdono.

Pero ha de ser á condicion de que te humilles; de que reconozcas mi poder, y me rindas el debido vasallaje.

—¡Jamás!—gritó impetuosamente don Tello,—dando rienda suelta á su reconcentrado furor.

—¡Desdichado! ¿Qué dices?

—¡Jamás me humillaré,—prosiguió el rico-hombre,—ante el que me ha humillado á mí; ante el que desconoce los fueros de la nobleza!

¡Desde este momento, rey don Pedro, os declaro una guerra sin treguas ni descanso!

¡Podeis mandar que me den muerte, porque si vivo me dejais, tan luego como me vea en libertad armaré á mis vasallos y con éllos iré á unirme á los que pelean bajo el mando de vuestro hermano, para ser uno de los infinitos ricos-hombres y barones que desean vuestra caida!

Don Pedro estaba lívido, escuchando estas palabras, y su robusto pecho se alzaba y se deprimia, expresando de este modo el furor que en él tenía cabida.

No se intimidó el de Alvarado por esto, y creciendo en ira, prosiguió:

—Mucho ántes de conoceros, ya os odiaba, porque el corazon me decia que érais un tirano, un déspota.

Hoy, al conoceros, crece mi odio hácia vos, y... ¡Matadme, repito!... ¡Moriré maldiciéndoos!

Calló el rico-hombre, y á sus apóstrofes sucedió largo rato de silencio.

Todos esperaban que don Pedro estallase al fin, pero no sucedió así.

Don Pedro se dirigió con tranquilidad terrible; y decimos terrible porque era el preludio de una

sangrienta determinacion, hácia una mesa que habia en la cámara.

La mesa tenía una cubierta de veludillo carmesí, en la cual se veian bordados leones y castillos.

Extendidos sobre élla habia algunos pergaminos sellados, y habia tambien un tintero de metal que tenía la forma de un torreón almenado.

Sentóse don Pedro, mojó una pluma en la tinta, y se puso á escribir con rapidez nerviosa, en uno de los pergaminos que cogió al acaso.

Ninguno de los que se hallaban en la cámara, se atrevia á hacer el menor movimiento.

Puede decirse que aquellos hombres que infinidad de veces habian expuesto su vida sin temblar, en rudos encuentros y escaramuzas, apenas respiraban.

Á ninguno de ellos podia ocultársele lo que escribia el rey.

Tampoco se le ocultaba al rico-hombre, héroe de esta verídica historia, pero en honor suyo debemos decir que no se arrepentia de sus palabras; de haber excitado hasta el último extremo el tremendo furor del monarca castellano.

CAPÍTULO XX.

TRÁJICO FIN DE DON TELLO DE ALVARADO.

—Cuando el rey hubo dejado de escribir, se levantó del sitial blasonado que ante la mesa habia, y teniendo el pergamino en la mano, dijo con un acento que no revelaba el tempestuoso estado de su alma:

—Álvar García, acércate.

El ballestero de maza, se apresuró á obedecer.

—Ese hombre,—continuó don Pedro señalando al de Alvarado,—tiene que dejar de existir ántes del medio dia de mañana.

Ármate, hazte acompañar de treinta hombres de armas, y parte con él á Alcalá.

En este pergamino sellado y firmado por mí, encontrarás las necesarias instrucciones.

—¿Me permitís, señor, que lo lea en vuestra presencia?

—¡Léelo!—contestó el rey.

Álvar García para el cual no eran indescifrables los escritos de don Pedro, se puso á leer el contenido del pergamino.

Cuando lo hubo leido desde la cruz á la fecha, añadió con acento respetuoso:

—Vuestra Alteza me perdone, si me atrevo á dirigirle una nueva pregunta. Pero soy cristiano...

—Bien, ¿y qué?

—Que en este pergamino no se dice si se ha de confesar ó no el rico-hombre.

—Confiese en buen hora,—dijo el rey,—si así lo desea.

Limosnero habrá en su castillo, y si no, clérigos tendrá la villa de Alcalá, que puedan ayudarle á bien morir despues de haberle absuelto de sus culpas.

Y sin más dilacion, Álvar García, parte ya y quítame de delante á ese... menguado, porque sólo de verlo se me ennegrece el alma.

Inclinóse profundamente el ballestero, y salió de la cámara llevándose al rico-hombre, que ántes de salir exclamó:

—¡Llévente los diablos, rey maldito, y permita Dios que perezcas miserablemente á manos de tus enemigos!

. . . .

Á la mañana siguiente, poco ántes de que saliese el sol, los habitantes de la villa de Alcalá contemplaban con mudo terror un espectáculo extraño.

Sobre la plataforma de la torre del homenaje, de la fortaleza de don Tello; fortaleza que dominaba completamente á la villa, se veia un sacerdote, el cual con un Crucifijo en la mano, hablaba en alta voz al rico-hombre, que con los brazos atados á la espalda parecia escuchar con atencion sus palabras.

Detras del sacerdote habia un hombre de aventajada estatura, y vestido de encarnado desde los piés hasta el cuello.

Aquel hombre era el verdugo; uno de los dos verdugos de don Tello, y tenía en sus manos una cuerda bastante gruesa y muy larga.

Por último: próximo á aquel grupo, se destacaba un ballestero armado de todas armas, y en cuya túnica corta y sobre el pecho, brillaban un leon y un castillo de metal pulimentado.

El ballestero, como ya habrán adivinado nuestros lectores, se llamaba Álvar García.

Los hombres de armas que consigo habia llevado á Alcalá, el encargado de hacer cumplir la justicia del rey don Pedro, se extendian en ala frente al castillo, y dando á este la espalda.

Los habitantes de la villa, miraban y guardaban el más profundo silencio.

Turbó éste, desapaciblemente, la ronca voz de

maese Lúcas, pregonero de la villa, que pronunció con mucha pausa estas palabras.

—«Leales moradores de Alcalá, lo mismo nobles que pecheros, sabed: El muy alto y muy poderoso señor Rey don Pedro, Rey de Castilla, de Leon, de Astúrias y de Galicia, ha mandado que su vasallo y rico-hombre don Tello de Alvarado, señor feudal de esta villa, sufra la pena de muerte por desacatos á la autoridad real.

»Manda asimismo el Señor Rey, que don Tello muera; no degollado como noble, sí ahorcado como villano, pendiente por el cuello de una de las almenas de su castillo, el cual será demolido hasta sus cimientos.

»Igualmente ordena Su Alteza el Rey, que los bienes de don Tello de Alvarado sean incorporados á la corona de Castilla, y que los pecheros que estaban sujetos á su jurisdiccion y vasallaje, queden desde hoy libres de toda obediencia, excepto aquella de que son deudores á su rey y legítimo señor.

»Todo aquel que intente oponerse á la ejecucion de lo dispuesto por su Alteza, será declarado reo de alta traicion, y castigado como tal.

»Quien tal hizo que tal pague...

»Cúmplase lo mandado por el rey.»

. . . .

Calló el pregonero, y se oyeron las vibrantes notas de un clarin.

Despues el verdugo ayudado por otros hombres

que se habian presentado en la plataforma de la torre, se acercó al rico-hombre y le echó al cuello la cuerda que tenía en la mano.

Hizo el señor de Alvarado un movimiento de marcada repulsion, y los dos hombres y el verdugo lo agarraron por los brazos.

Como don Tello los tenía atados, solo pudo oponer una débil resistencia.

Despues lo llevaron hasta las almenas, y levantándolo en alto, lo descolgaron.

Los espectadores de aquella terrible escena prorumpieron en un grito de espanto.

Aun cuando los vasallos del rico-hombre no sentian hácia éste cariño alguno á causa de su carácter brutal y de las tropelías que con éllos cometia, sin embargo, experimentaron en aquel instante un sentimiento de dolorosa compasion.

Por mala que sea la humanidad, no es posible ver morir, sin sentir una tierna conmiseracion, á un ser lleno de vida y robustez.

Don Tello de Alvarado, pendiente á lo largo del muro, se agitaba en espantosas convulsiones.

No fué larga su agonía.

Despues de breves instantes espiró.

Su cuerpo ya sin vida, empezó á oscilar; primero con alguna violencia, luego más débilmente, y por último quedó inmóvil, cual si estuviera clavado al muro.

Los habitantes de Alcalá, estaban aterrados, y ni aún se atrevian á hacerse observaciones en voz baja, contentándose con mirarse los unos á los otros.

Los soldados del monarca de Castilla, les imponian un respeto que tenía muchos puntos de contacto con el miedo.

—Es mucho hombre el rey don Pedro; pensaban algunos, y mucho debe valer cuando se atrevió á mandar hacer tan terrible justicia en el ricohombre, que ni temia á Dios ni al diablo.

En el instante mismo en que don Tello era ahorcado, en una de las esquinas de la misma torre del homenaje, Álvar García clavó el morado estandarte de Castilla.

Aquello era lo mismo que dar á entender que el fiero monarca, tomaba posesion de la villa de Alcalá. Los ex-vasallos del señor de Alvarado, no dejaron de alegrarse en el fondo de sus almas, de aquel cambio de servidumbre.

Señor por señor, valia mucho más para ellos depender directamente del rey, que experimentaba grandes simpatias por el pueblo y que odiaba á la nobleza, que de un tiranuelo cruel como el rico-hombre que tan brutalmente los habia tratado siempre.

Una voz robusta que gritaba: «¡Viva el rey de

Castilla!» despertó el entusiasmo del pueblo, que gritó tambien á su vez:

—¡Viva!...

El que primero habia victoreado al leon castellano, era Blas de Villanueva, el antiguo alcaide de la fortaleza de don Tello de Alvarado.

Teniendo presente aquello de que *á rey muerto, rey puesto*, deseaba ponerse en buen lugar con el nuevo señor de Alcalá.

Hay que advertir que Blas de Villanueva, habia sido siempre el más favorecido por don Tello; una especie de favorito de aquel voluntarioso y despótico señor de horca y cuchillo.

Así son, generalmente, casi todos los favoritos de los grandes de la tierra.

La noche anterior, cuando Álvar García habia entrado en la villa en son de guerra y en nombre del rey, Blas de Villanueva que comprendió inmediatamente que don Tello estaba perdido, léjos de hacer la menor resistencia se apresuró á entregarle al ballestero de maza, las llaves y el mando del castillo confiado á su lealtad.

CAPÍTULO XXI.

EN EL CUAL SE HABLA DE DOS BODAS Y DE UN VALEROSO CAUDILLO.

Tal y conforme acabamos de referirlo, fué el mísero fin del rico-hombre de Alcalá.

Enterrado pobremente en el cementerio general de la villa, en su losa mortuoria, grabaron por disposicion del monarca, estas palabras:

«*Aquí yacen las cenizas de don Tello de Alvarado, ahorcado públicamente por traidor.*»

Nadie se atrevió á borrar aquel padron de ignominia que pesaba sobre las cenizas del orgulloso y opulento señor de Alcalá.

El tiempo, mucho más humanitario que los hombres, lo borró al cabo de algunos años.

Dueño ya el padre de Estrella de poder dirigirse á donde mejor le acomodase, salió de la villa acompañado de su hija, y con algunos escuderos de toda su confianza tomó el camino de Illescas.

Ignoramos si Estrella fué dichosa ó si conservó eternamente en la memoria el amoroso recuerdo de don Pedro.

Lo único que podemos decir es, que un año despues se casó con un jóven de hidalga cuna, pero pobre, cuyo nombre era Pablo de Castrogeriz.

Pablo idolatraba á su esposa, Pablo era de arrogante presencia, y nada tenía de extraño que la impresionable Estrella llegase á ser feliz.

Otro de los personajes de nuestra historia, el enamorado don Juan de Vargas, quedó inconsolable con la pérdida de Estrella.

Ésta era su vida, su alegría, y al perderla para siempre le pareció que Alcalá era un sombrío páramo, un tristísimo cementerio.

Poco á poco fué consolándose, sin embargo, y como la idea del matrimonio se habia posesionado de su mente, se casó tambien con la rica heredera de un noble, hombre de tan esclarecida alcurnia como la suya.

La hija del noble se llamaba Aurora, y en el mismo momento de encaminarse al templo para hacer dueño de su mano al señor de Vargas, se la oyó murmurar en voz baja despues de haber exhalado un profundo suspiro:

—¡Lástima es que el hombre que va á ser mi esposo, cojee del pié izquierdo! ¡Sin ese defecto, sería un gallardo caballero!

Como no habrán olvidado nuestros lectores, Álvar García le habia herido con una jara en el talon izquierdo.

Curado de la herida por una especie de cirujano y gran herbolario, que habia en Alcalá, el curandero no pudo evitar que don Juan de Vargas quedase cojo.

Aurora podia decir, y con razon, que sabia de qué pié cojeaba su marido.

Este segundo matrimonio tuvo un niño, el cual recibió en las pilas bautismales el nombre de Álvaro.

Álvaro de Vargas, andando el tiempo, fué un valeroso caudillo que llegó á ser el terror de la morisma.

Sus altos hechos de armas, se relatan en las crónicas de aquella época, y el historiador Lopez de Ayala, lo cita más de una vez en sus obras.

CAPÍTULO XXII.

ÚLTIMAS JUSTICIAS DEL REY DE CASTILLA.—SEVERAS PALABRAS DE UN HISTORIADOR.

Desde Madrid, se dirigió el rey don Pedro á Sevilla, ciudad de su predileccion en donde tenía establecida su córte.

No le era posible olvidar el candente recuerdo de Estrella, y nunca como entónces mereció el nombre de *Cruel*, con el cual es conocido en la historia.

Un pobre fraile que le salió al encuentro, atreviéndose á amenazarle con la cólera divina si no se enmendaba, fué quemado vivo de órden suya.

En todas partes creia ver enemigos y traidores, y su suspicacia le hizo pensar que el fraile era un partidario de su hermano el de Trastamara.

Aterrados, ó llenos de indignacion los nobles

que le eran adictos, se apresuraban á reunirse á don Enrique; pues con el rey don Pedro, como dice un escritor contemporáneo, no habia vida que estuviese segura, ni honra de mujer bella que no peligrase.

De condicion impetuosa y áspera por naturaleza, las contrariedades de la vida hicieron de él un tirano sanguinario.

España entera estaba consternada con sus crueldades á las cuales daba el nombre de *justicias* y un sin número de poblaciones importantes, se apresuraron á alzar pendones por don Enrique.

Tan apurado se vió el rey, tan á punto de caer en manos de su hermano bastardo, que despues de una reñida y sangrienta batalla tuvo que huir al antiguo reino de Galicia, en cuyos pueblos, siempre leales, contaba con muchos y valerosos partidarios.

En Monterey celebró *consejo*, que duró tres semanas.

Discutióse en él si era posible ó no sostener la guerra, pero algunos magnates, entre ellos el arzobispo don Suero, señor de Santiago, fueron de opinion que don Pedro debia cederle el trono á su hermano, en vista de que la mayor parte del reino se habia declarado en favor del bastardo.

No perdonó el vengativo monarca á los que, valerosa y lealmente se atrevieron á darle este consejo, y el conde de Andrade, el dean de la catedral, cinco caballeros de la órden de Santiago,

y hasta el mismo arzobispo don Suero, perecie ron pocos dias despues por mandato suyo, á manos de sus indómitos y terribles ballesteros de maza.

Los que aún permanecian á su lado, entre ellos el leal y célebre Men Rodriguez de Sanabria, le aconsejaban horrorizados que hiciece cesar la fiera matanza, pues con esto solo conseguia hacerse cada vez más odioso é imposible.

Pero el prudente y humanitario consejo era despreciado por don Pedro I, y aquel monarca, á quien su época turbulenta y su carácter feroz y vengativo convirtieron en una especie de fiera, continuaba cometiendo atrocidades.

Loco de furor, porque no podia acostumbrarse á la pérdida de su corona, dejaba tras sí un largo rastro de sangre y lágrimas.

Decimos que dejaba, porque iba á embarcarse en el puerto de la Coruña á fin de pasar á Bayona.

Allí le esperaban el rey de Navarra y el príncipe de Gales, famoso bajo el nombre de *Príncipe Negro*.

Ambos le habian prometido auxiliarle con hombres y dinero, y don Pedro habia ofrecido en cambio la mitad de su reino.

El príncipe de Gales, contaba con el señorío de Vizcaya.

Podia don Pedro levantar nuevos ejércitos, y luchar como un héroe, pero como le faltaba el amor

de sus vasallos que es el más firme apoyo de un monarca, no podia conquistar el trono que habia perdido más bien por su crueldad que por la ambicion de su hermano.

El padre Mariana, historiador famoso, lanza entre otras estas injuriosas palabras á la memoria de don Pedro:

»Mas á tí, rey atroz, ó por decir mejor bestia inhumana y fiera, la ira é indignacion de Dios te espera: tu cruel cabeza con esta sangre inocente (1), queda señalada para la venganza.

»De esas rabiosas entrañas se hará á aquel justo, y contra tí severo Dios, un agradable y suave sacrificio.

»La alma inculpable y limpia de tu esposa, más dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, de dia y de noche, la asombrará y perseguirá de tal guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razon y cordura de tu locura y desatino, te aparten ni enfrenen para que fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos buenos é inocentes tienes quitadas.»

Apesar de las razones que Mariana tenía para

(1) Se refiere á la muerte de doña Blanca.

apostrofar tan duramente al rey don Pedro, preciso es confesar, sin embargo, que hizo mal tomando el nombre de Dios, para convertirlo en una de aquellas atroces divinidades de los druidas, á las cuales se sacrificaban séres humanos.

CAPÍTULO XXIII.

SACRÍLEGA MUERTE DE UN ARZOBISPO.

Por lo raro del suceso, referiremos la muerte del arzobispo don Suero, de la cual hay que culpar al hijo de Alfonso XI.

Como hemos dicho ya, el arzobispo era de parecer que don Pedro dejase en pacífica posesion del trono á su hermano don Enrique.

Disimuló el rey su encono, y no se atrevió á atentar contra la vida del arzobispo porque éste era poderoso y tenía caballeros, vasallos y hombres de armas en su ciudad de Santiago.

Entró don Pedro en Compostela, y continuó disimulando.

Sin embargo, un vivo deseo de venganza continuaba inquietándole, y revolvia en su imagina-

cion cien proyectos sanguinarios para deshacerse de don Suero.

La casualidad vino en su ayuda.

Don Suero era un prelado de aquélla época; un prelado turbulento, que lo mismo empuñaba el lanzon de batalla que el báculo pastoral.

Aficionado á los galanteos, habia deshonrado á la hija de un noble anciano, y éste, en un momento de ira desesperada habia dado muerte á la víctima del libidinoso señor de Santiago.

Un hermano de la desdichada jóven, aprovechando la llegada del rey á la ciudad, se presentó al monarca y le pidió justicia contra el arzobispo.

Don Pedro, vió, como decirse suele, el cielo abierto, y autorizó por escrito á su *vasallo noble* Fernan Perez,—que así se llamaba el hermano de la doncella deshonrada,—para que tomase en el arzobispo una justa y cumplida venganza.

Algunos dias despues, tuvieron lugar las fiestas del Santo Apóstol Santiago.

El arzobispo, despues de haber verificado la antigua ceremonia de derribar *la puerta Santa*, salió procesionalmente de la catedral, llevando al Señor Sacramentado en las manos.

Era una hermosísima mañana de verano.

La multitud de campanas de la catedral, repicaban alegremente, tronaban *los artificios* de pólvora en las altas torres de la magestuosa basílica, y los clarines de guerra de los hombres de armas del arzobispado y las trompas de los caballeros de

Santiago saludaban con notas marciales al Rey de reyes, al Señor de cielos y tierra que llevaba en sus manos el prelado santiagués.

Continuó la procesion su acostumbrado camino, y al llegar á una angosta calle en la cual vivia un noble, se detuvo para cantar un villancico.

En el momento en que don Suero iba á depositar el Sacramento sobre un altar portátil cubierto de flores, un caballero armado de todas armas y cubierto el rostro con la visera del casco, se aproximó á él puñal *de misericordia* en mano.

Rápido como el pensamiento alzó el puñal matador, y el arzobispo cayó herido de muerte exhalando un profundo gemido, y pronunciando estas palabras:

—¡Mi asesino es Fernan Perez!...

El Santísimo que llevaba en las manos rodó por el suelo.

Arremolinóse el gentío, y sonaron mil gritos de consternacion.

El sacrílego homicida, que era efectivamente Fernan Perez, no se intimidó, y arrojando el puñal y desenvainando la espada, se abrió paso repartiendo á diestra y siniestra tremendas cuchilladas.

Mal lo hubiera pasado, sin embargo, si el rey don Pedro, que se habia excusado de asistir á la procesion, no se hubiera presentado en aquel momento, acompañado de sus ballesteros, á la entrada de la calle en donde habia tenido lugar la sangrienta catástrofe.

El muribundo arzobispo clavó los ojos en el rey, y exclamó con voz débil:

—¡Me mató Fernan Perez, pero éste no fué más que un mero instrumento!... ¡El verdadero asesino es el rey don Pedro!...

Dicho esto espiró.

Fernan Perez, merced á la presencia del monarca, pudo salvarse, y montando en un caballo que cerca de allí le tenía preparado su escudero, huyó al *Castillo de la Rocha* cuyas ruinas se ven aún ádos leguas de la ciudad.

Aquel castillo fué mandado demoler, años despues, por don Enrique *el de las Mercedes.*

Satisfecho de su venganza, el rey, se retiró del lugar de la catástrofe sonriéndose con satánico gozo.

La calle en donde murió el arzobispo, quedó inutilizada desde entónces para el tránsito.

En uno y otro extremo de ella se eleva una alta tapia, y en la piedra sobre la cual cayó el Sagrario, se ve toscamente grabado un Sacramento que recuerda aquel hecho atroz.

Excomulgado Fernan Perez acudió á Su Santidad para que alzase el terrible anatema que pesaba sobre su cabeza.

Pero el pontífice no quiso acceder á su demanda.

Entónces, llena el alma de remordimientos, se fué á Palestina, en donde acabó sus dias haciendo vida de ermitaño.

De tan extraordinario y dramático acontecimiento, hay escritas algunas historias y romances, entre ellos algunos bastante notables.

De estas obras solo citaremos una que lleva por título: *Monografías de Santiago*.

CONCLUSION.

Ántes de llegar á Bayona, don Pedro y los que con él iban, estuvieron á punto de naufragar.

Su estrella se habia eclipsado, ó mejor dicho, brillaba con siniestros fulgores.

Vuelto á España, se encendió de nuevo la guerra, cuya terminacion debia serle tan fatal en los campos de Montiel.

Su crueldad, sus injusticias, no disculpan el horrendo crímen de don Enrique, ni la infame conducta del condestable Beltran Duguesclin, jefe de las bandas de malhechores franceses que habian venido á afirmar en el trono al conde de Trastamara.

Bien conocido es de todos aquel suceso, pero sin embargo lo describiremos brevemente.

Don Pedro estaba sitiado en el castillo de Montiel.

Un corto número de hombres de armas y de

caballeros fieles á su causa, le acompañaba en aquel apurado trance.

Uno de los caballeros, Men Rodriguez de Sanabria, salió del castillo para tratar con Beltran Duguesclin de la fuga del rey.

Beltran, mediante una crecida suma, prometió protejer la fuga.

Cerró completamente la noche, y el rey confiado en la palabra del condestable francés, abandonó el último asilo que poseía en su reino.

Atravesó parte del campamento de su hermano, acompañado de Beltran Duguesclin, y ya en las últimas líneas de tiendas, el condestable le rogó que entrase en una de éllas.

No sospechó el vencido monarca la inícua traicion y entró descuidado en la tienda.

En ella le esperaba el conde de Trastamara.

Al verlo don Pedro, echó mano á su espada, y don Enrique hizo lo mismo.

El odio que los dos hermanos se profesaban, se manifestó en las injuriosas frases que el uno al otro se dirigieron en aquel momento.

Trabóse la fratricida lucha.

Los que acompañaban á don Pedro, intentaron ponerse de parte de éste, pero fueron inmediatamente desarmados por el crecido número de caballeros, así españoles como franceses que acudieron á la tienda.

Entre tanto, combatian con fiero encarnizamiento los dos hermanos.

Si robusto y aventajado en el manejo de las armas era el rey don Pedro, no lo era ménos el conde de Trastamara, y así fué que la lucha se prolongó sin ventajas para ninguno de los dos.

Al cabo de cierto tiempo, comenzó á notarse sin embargo, que don Enrique contestaba con entorpecimiento y con marcadas muestras de terror, á los redoblados golpes de su hermano.

Los impasibles testigos de la lucha se dirigian unos á otros inquietas miradas.

¡Ay de ellos si hubiera quedado vencedor el legítimo monarca de Castilla!...

....

De pronto sonó un grito horrible.

Habíalo exhalado don Enrique al tiempo de caer pesadamente en tierra.

No estaba herido, y su hermano despues de arrojar la espada, desenvainó el puñal que llevaba al cinto, y se precipitó sobre él rugiente como un leon furioso.

Allí, en aquel mismo momento hubieran acabado las hazañas del de Tratamara; pues ya don Pedro se disponia á clavarle el puñal en la garganta, pero Beltran Duguesclin agarró por los brazos al monarca castellano, pronunciando estas palabras que llegaron á hacerse célebres en España:

«*No quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.*»

Don Enrique se rehizo, y aprovechando el mo-

mento en que don Pedro forcejeaba con el condestable desenvainó á su vez el puñal y lo enterró en el cuello de su hermano.

Este cayó de espaldas, lanzando un grito ronco, de agonía.

Levantóse el fratricida, pálido y cubierto de sangre, exclamando con gozo feroz:

—¡Ya soy rey!...

—¡Castilla por don Enrique! gritó Beltran Duguesclin.

—¡Castilla por don Enrique! repitieron los que habian presenciado la lucha horrenda, y aquel grito, aquella aclamacion ruidosa, fué contestada en todo el campamento.

Don Enrique colocó la corona en su cabeza, pero la ensangrentada sombra de su hermano no le permitió disfrutar tranquilamente de las dulzuras del trono.

FIN.

NOTA. Motivos agenos al buen crédito de la casa editorial que publica esta obra, han impedido ponerla á la venta en la época marcada en los prospectos impresos con anticipacion.

No habiendo terminado el señor Fernandez y Gonzalez El Rico-hombre de Alcalá, el editor se ha visto en la dura precision de encargar el final de la novela á otro autor, tambien muy apreciado del público.

Por consiguiente, desde la llamada que va inserta en la página 181, la obra no está escrita por el señor Fernandez y Gonzalez.

ÍNDICE.

Páginas

Páginas

Pequeño Eucologio romano. Exceptuando el oficio diurno, que no va incluido, este devocionario es igual al Eucologio romano de la grande edicion.

Diamante divino, ó sea Semana Santa, con todos los divinos oficios, devocionario y ordinario de la misa. Los hay en toda clase de encuadernaciones, desde 8 reales á 40, y en terciopelo, con cuatro cantoneras y broche, á 26 reales, y con ocho cantoneras, cruz en la tapa, etc., 32 rs.

Iris del cristiano. Letra gorda, con oraciones de misa, confesion y comunion, Semana Santa, etc., etc., á los mismos precios que el Diamante divino.

Tesoro divino. Un tomito de unas 300 páginas, conteniendo ejercicio cuotidiano, á 4 y 5 rs. en pasta y tafilete.

Llave del Paraiso. Devocionario selecto que contiene los ejercicios para mañana y noche, oraciones para la misa, confesion y comunion, á 20 rs.

Semana Santa, en latin y castellano, con ámplias explicaciones de las ceremonias de ella, por el Doctor D. Pedro M. de Torrecilla.

Semana Santa, en latin y castellano, con notas aclaratorias de las ceremonias de ella. Contiene además varias meditaciones para cada dia, etc., etc., por Don José Sayol y Echevarría, presbítero.

Semana Santa, completa y en letra más pequeña, en varias clases, desde 14 rs. en adelante.

Oraciones y meditaciones para asistir con devocion y respeto al santo sacrificio de la misa, por D. J. A. Lavalle.

Minguet. Meditaciones para la santa misa y otras oraciones, aumentado con varias oraciones; en tafilete, á 3 y 4 rs.

Cantos del cristianismo. Devocionario poético de la infancia y álbum religioso, recopilado de los mejores autores contemporáneos y aprobado por la autoridad eclesiástica: un tomo en 12.°, 6 reales en rústica y 8 en relieve.

El Pan nuestro de cada dia. Devocionario completísimo, por D. Juan Martí y Cantó: un tomo en 8.°, 22 rs. en tafilete y relieve.

Áncora del cristiano, 6 rs.

Idem de salvacion, 7 rs.

Camino recto, tafilete, 6 rs.

Devocionario poético por D. Miguel Agustin Príncipe, con algunas composiciones de D. Ramon Satorres y otros autores prévia la competente aprobacion eclesiástica. Los hay de varios precios, desde 18 rs. en adelante.

Misal romano, traducido al español conforme al que usa la Iglesia, segun el decreto del sagrado Concilio Tridentino y arreglado para el mejor uso de los fieles.

Manual del cristiano, etc., etc., arreglado por D. J. Pulido y Espinosa, dos tomos en 8.°, 16 reales, rústica.

Manual para la misa, segunda edicion, Barcelona, tafilete, 14 rs.

Manual del cristiano en Semana Santa, un tomo; 6 rs.

Manual de piedad, para el uso de las educandas y de las personas devotas del Sagrado Corazon de Jesús, bajo la censura del muy ilustre Dr. D. José Morgades y Gili, presbítero, Barcelona, 1863, tafilete, 34 rs.

Manuel de pieté á l'usage des élèves du Sacré-Cœur, nouvelle édition, tiré sur cuivre, tafilete, cortes dorados, chagrin de París.

Nouveau-manuel de pieté ou exercices pratiques de la vie chrétienne d'aprés la direction spirituelle de Saint François de Sales; tafilete, corte dorado, á 30 reales.

Paroissien romain, contenant les offices de touts les dimanches et des principaux fêtes de l'année, en latin et en français. Nueva edicion.

Paroissien romain, contenant les offices des dimanches, les messes et les vèpres des principaux fêtes de l'année, con letra grande para vista cansada, tafilete, corte dorado, desde 16 reales en adelante, Tours, 1865.

Otra edicion, en letra mas pequeña, á los mismos precios, idem.

Manual de meditaciones, compuesto por el P. Tomás de Villacastin, precedido de dos diálogos sobre la oracion, un tomo, pasta, 7 rs.

Imitacion de Cristo por el V. Tomás de Kempis; van añadidos los avisos y dictámenes de espíritu y perfeccion, etc., Un tomo, con láminas, 8 rs.

Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, meditada segun los cuatro evangelistas; obra escrita en italiano por Marchetti, y publicada en Roma con singular aceptacion. Un tomo en rústica, 6 rs., y holandesa fina, 8.

Visitas al Santísimo Sacramento y á María Santísima para todos los dias del mes.

Cristos en plástique con peana y para colgar á la cabecera de la cama; desde 10 á 24 rs.

Idem de bronce de varios tamaños, desde 4 á 16 rs.

Albums para retratos, para fotografías, etc., etc., los hay de varios precios segun su tamaño y gran lujo, desde 12 rs.; para 20 retratos en bonitas y elegantes encuadernaciones, y para 50, 100 y 200 retratos.

Decalcomanía, nuevo método para decorar por uno mismo y adornar toda clase de objetos en cristal, loza, marfil, maderas finas, velas, etc., etc.

Marcos para retratos de fotografías; petacas, carteras, etc., de varias clases, desde 4 rs. en adelante.

Estampitas de las mejores fábricas de París y Barcelona, con preciosas imágenes propias para registros de libros, regalos y premios para colegios.

Registros de cintas para devocionarios, desde 5 á 24 rs.

Rosarios. En toda clase de engarces y precios, desde 2 á 500 reales.

Broches de metal para libros, dorados y plateados, etc.; desde 4 reales en adelante, segun su clase.

Cristos de marfil con su pililla de nácar, peana de marfil, etc.; los hay de varios precios segun su tamaño, portamonedas y targeteros, etc., etc., de todas clases y precios.

BIBLIOTECA INSTRUCTIVA.

Los incendiarios, interesantísima novela, con seis bonitas láminas litografiadas. Traducida de la quinta edicion francesa, 16 rs.

Historia de las misiones en el Japon y Paraguay, con aprobacion del excelentísimo é ilustrísimo señor arzobispo de Cuba, con seis láminas en acero, 16 rs.

Hipatía ó los últimos esfuerzos del paganismo en Alejandría, novela histórica del siglo V, con siete láminas grabadas en acero, 22 rs.

Calixta, bosquejo de la Iglesia en el siglo III, novela histórica, con cuatro láminas en acero, 15 rs.

Monte San Lorenzo, novela histórica y del género de Fabiola, con la aprobacion de la censura eclesiástica; dos tomos con diez preciosas láminas grabadas en acero, á 15 rs. cada tomo, 30 rs.

Alfredo ó la unidad católica en España, por el P. Pedro Salgado, sacerdote escolapio. Obra dedicada al excelentísimo señor D. Lorenzo Barili, nuncio de Su Santidad en España; ilustrada con seis precios grabados, á 15 rs.

Mujer cristiana, obra interesantísima para todas las clases de la sociedad y buena educacion de las madres de familia, traducida y anotada por D. José Vicente y Caravantes, doctor en derecho civil y canónico. Forma un tomo en 8.º mayor, con cuatro preciosas láminas en acero, á 20 rs.

Amantes de Teruel, novela original histórica, escrita bajo el seudónimo de Renato Castel Leon, y con un prólogo por el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustrada con doce láminas. Edicion de lujo en 4.º, á 38 rs.

Quijote de la Academia española. Habiendo adquirido esta casa, en virtud de un contrato con la Real Academia Española, todas las existencias de la cuarta y última edicion del *Quijote* de Cervantes publicada en 1819 por aquella ilustre corporacion, con nume-

sas notas é importantes adicio-
es, ilustrada con 21 láminas y
apas que nadie ha podido repro-
icir, por ser propiedad de la
cademia, tenemos el gusto de
recer al público dicha riquísima
licion bajo las condiciones si-
uientes:

El *Quijote* consta de cuatro abul-
tados volúmenes, y un tomo V, de igual tamaño, contiene la vida de Miguel Cervantes, escrita por el académico D. Martin Fernandez de Navarrete.

Véndense los cinco tomos al precio de 50 rs.; el tomo V, ó sea la *Vida de Cervantes*, se vende tambien por separado, al precio de 10 rs.

LEYENDAS NACIONALES.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.—Se publican estas obras en un tomo, 8.º mayor, de elegante impresion y papel superior, de 272 páginas, al ínfimo precio, para los suscritores, de 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Ultramar, ½ peso fuerte.

OBRAS PUBLICADAS

DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

La Cruz de Quirós, 6 rs. en Madrid, 8 en provincias.

La piel de la Justicia, 6 reales id. id., 8 id. id.

Doña María Coronel, 4 reales id. id., 5 id. id.

El Ángel de la Patria, 4 reales id. id., 5 id. id.

El Rico hombre de Alcalá, 4 rs. id. id., 5 id. id.

Los Farsantes, 4 rs.

Los Tenorios de hoy, 4 id.

Las Cuatro Barras de Sangre, 4 rs.

La Candela de San Jaime, 4 id.

El Pozo de los Suspiros, 4 id.

El Rey hambriento, 4 id.

Las Calderas del Rey Don Jaime, 4 id.

Doña María la Brava, 4 id.

Los Pichones y los sietemesinos, 4 id.

Las Monedas falsas, 4 id.

PARA PUBLICARSE DEL MISMO AUTOR.

El Rey de Andalucía.

Don Miguel de Mañara.

Puntos de suscricion.—MADRID, librería de S. Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm. 31.

PROVINCIAS. En las principales librerías ó mandando el importe de dos tomos adelantados, en libranzas ó sellos de Correos, pero en este último caso certificando la carta.

OBRAS DE SURTIDO EN LA MISMA LIBRERÍA.

Casares. Manual de química general, con aplicacion á la industria, y con especialidad á la agricultura, por D. Antonio Casares, catedrático de término y decano de la facultad de ciencias en la Universidad de Santiago.—Tercera edicion.—Madrid, 1872, dos tomos con láminas, 36 rs.

Chomel. Elementos de patología general, traducido de la quinta y última edicion francesa, y anotado por D. Rogelio Casas de Batista.—Madrid, 1874, un tomo en 8.º mayor, 24 rs.

Chelius. Tratado completo de cirugía ó de patología clíniea y quirúrgica, traducido del francés conforme á la cuarta y última edicion alemana, adicionado con notas y el *Tratado de las enfermedades de los ojos*, y acompañado de un Atlas con mas de 400 figuras, por D. José Rodrigo.—Madrid, 1870, dos tomos en 4.º, 60 reales.

Diaz Benito. Tratado completo de cirujía menor ó elementos de cirugía, manual práctico indispensable á los médicos, cirujanos, ministrantes y practicantes de los hospitales que deseen estar al corriente de los descubrimientos de la época, obra adornada para su mejor inteligencia con 268 figuras intercaladas en el texto, por el doctor D. José Diaz Benito y Angulo. Madrid, 1874, un tomo en 8.º mayor, 32 rs.

Fabre y D'huc. Tratado elemental de las enfermedades de la mujer y el niño, tercera edicion, notablemente reformada y adicionada por D. Rogelio Casas de Batista.—Madrid, 1872, un tomo en 8.º mayor, 32 rs.

Londe. Elementos de higiene privada y pública, tercera edicion española, traducida de la última francesa por D. Rogelio Casas de Batista.—Madrid, 1872, dos tomos en 8.º mayor, 40 rs.

Levy. Tratado de higiene pública, traducido por D. José Rodrigo, un tomo en 8.º mayor, 14 reales.

Malgaigne. Manual de medicina operatoria, traducido de la sétima y última edicion francesa, y aumentado con algunos procedimientos, é ilustrado con un Atlas de doce láminas, por D. Maximino Teijeiro, doctor en medicina y cirugía y catedrático de la facultad de medicina de la Universidad de Santiago.—Madrid, 1867, dos tomos en 8.º mayor, 40 rs.

Moreau. Tratado práctico de los partos, quinta edicion española, traducida de la última francesa, y notablemente corregida y adicionada con los adelantos más

modernos consignados en las obras de Scanzoni, Chailly-Honoré, Cazeaux, Hyernoux, Joulin y otros, por D. Rogelio Casas de Batista.—Madrid, 1872, un tomo en 8.° mayor, de 1000 páginas, con un Atlas, 42 rs.

Ortego y Navas. Elementos de anatomía general ó histología comparada, segunda edicion corregida.—Madrid, 1874, un tomo en 8.° mayor con láminas, 26 rs.

Petrequin. Tratado de anatomía topográfica médico-quirúrgica, considerada especialmente en sus aplicaciones á la patología, á la medicina legal, á la obstetricia y á la medicina operatoria, traducido de la segunda y última edicion, completamente refundida y aumentada con toda la parte de anatomía general, por D. Maximino Teijeiro.—Madrid, 1869, un tomo en 4.°, 40 rs.

Valleix. Guia del médico práctico, resúmen general de patología interna y de terapéutica aplicadas, quinta edicion revisada, aumentada y que contiene la exposicion de los trabajos más recientes por P. Lorain, tercera edicion española, traducida por los doctores D. J. Montero Rios, D. Rogelio Casas de Batista y don Maximino Teijeiro.-Madrid, 1871-1873, cinco tomos en 4.° de más de 1100 páginas cada uno, y con infinidad de láminas intercaladas en el texto, 240 rs.

Lecciones de economía política, por D. Santiago Diego Madrazo, catedrático de la asignatura en la Universidad central, 1874-1876, 3 tomos, 84 rs.

Olivares Biec, Novísimo manual del estudiante de Derecho, ó sea resúmen de todas las asignaturas necesarias para presentarse al exámen del grado de Licenciado en Derecho civil y canónico, extractado de las obras y manuales más acreditados, por D. Vicente Olivares Biec, doctor en Derecho civil y canónico, y profesor auxiliar que ha sido de la Universidad Central.—Madrid, 1873, un tomo en 4.°, 30 rs.

Walter. Derecho eclesiástico universal, traducido al español con arreglo á la octava edicion alemana, por D. J. M. B., tercera edicion española, corregida y anotada con arreglo á la disciplina española, por el presbítero doctor D. Juan Perez Angulo.—Madrid, 1871, dos tomos en 8.° mayor, 40 reales.

Hermenéutica Sacra. Seu introductio in omnes et singulgos libros sacros veteris et novi fœderis, in usum prælectionum publicarum Seminarii leodionsis. Auctore J. H. Jansens. Editio IV Hispana.—Madrid, 1868, un tomo en 4.°, 16 rs.

Theron. Catecismo razonado-histórico y dogmático, redactado segun los Catecismos de Aymé, Fleuri y otros, y dispuestos

bajo un nuevo plan para el uso de los colegios y escuelas de ambos sexos, y para los ejercicios doctrinales de las parroquias, por el Abad Therou, traducido al castellano y adicionado por Manuel A. Carreño y Manuel Urbanejas, un tomo en 8. , 4 rs.

Compendio de taquigrafía ó arte de escribir siguiendo la rapidez de la palabra, ajustado al método del inventor, D. Francisco de Paula Martí, por D. Leopoldo Suit y Aguero, abogado del ilustre colegio de esta corte.—Esta obra se halla de venta al precío de 10 reales, en Madrid.—En provincias 12 rs., franco de porte.

Diccionario de Legislacion y Jurisprudencia, por Escriche: nueva edicion arreglada á la legislacion del dia, por los Sres. D. José Vicente y Caravantes y D. Leon Galindo de Vera. Constará toda la obra de 4 tomos; se ha publicado el primero y segundo tomo y nueve entregas del tercero, que forman un total de 35 entregas á 10 rs. una en Madrid y 12 en provincias. Toda la obra tendrá próximamente unas 50 entregas.

Bourdon. Elementos de aritmética, traducida por D. Lope Gisbert, catedrático de matemáticas en el Instituto de Múrcia, tercera edicion española, corregida con arreglo á la última edicion francesa.—Madrid, 1871, un tomo en 8.º mayor, 16 rs.

Vincent. Curso de geometría elemental, por A. F. H. Vincent, revisado por el autor y M. Bourdon, traducido de la última edicion francesa por D. Lope Gisbert, catedrático de matemáticas en el Instituto de Múrcia.-Madrid, 1871, un tomo en 8.º mayor con láminas, 30 rs.

Los pedidos de estas obras han de venir acompañados de su importe, con más 2 rs. por tomo del franqueo y 4 reales más si van certificados.

IMPRENTA DE T. FORTANET.

3

